


BUENA CHICA

JANA ASTON

SERIE BUENA CHICA 1

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

BUENA CHICA

Jana Aston

Serie Buena chica 1

Traducción de Sonia Tanco

Principal Chic



BUENA CHICA

V.1: Marzo, 2018

Título original: *Good Girl*

© Jana Aston, 2018

© de la traducción, Sonia Tanco, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: Viorel Sima - Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-60-7

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

BUENA CHICA

Romper las reglas nunca fue tan divertido

Lydia no puede dejar de pensar en Rhys, un hombre atractivo, *sexy* y divertido... que también es su nuevo jefe.

Siempre ha hecho lo que debía y, aunque no tiene mucha experiencia, está dispuesta a todo para conquistar a Rhys.

Incluso subastar su virginidad. Sí, no es el plan más sensato y Lydia tiene mil razones para no hacerlo, pero también podría salir bien... ¿no?

Jana Aston regresa con su novela más loca y divertida

«*Sexy*, divertidísima y muy dulce. Me ha encantado.»

Meghan March, autora *best seller*

«Acabo de terminar *Buena chica*. Jana, por favor, no dejes de escribir historias como esta.»

Kendall Ryan, autora *best seller*

Capítulo 1

Lydia

—No vamos a salir de este bar hasta que hayas besado a alguien —dice Payton como si estuviéramos en mitad de una conversación sobre el tema. No es el caso. Aun así, asiento, porque es mi mejor amiga y estoy acostumbrada a sus arrebatos.

—O sea, ¿en cuanto bese a alguien nos podemos ir?

Dejo el vaso sobre la barra del bar y me remuevo un poco en el asiento, como si examinara la habitación en busca de opciones. En realidad no lo hago, pero no me importa seguirle el juego.

—Sí. Cuando, como mínimo, hayas besado a alguien nos podremos ir.

—¿Besado como mínimo? —Me vuelvo hacia ella riéndome—. ¿Hasta dónde quieres que llegue? ¿En un bar? ¿Con un desconocido?

Me río porque la conversación es ridícula, pero aun así... la idea me atrae. La idea de poder escoger a cualquier hombre de este bar y pedirle que me bese. O tal vez que me meta mano en la entrada. Puede que tome el control de la situación y me empuje contra la pared. O que me ponga la rodilla entre los muslos mientras me recorre la mandíbula a besos antes de besarme en los labios.

Sí, ha sido demasiado específico.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y desvío la mirada de Payton para posarla en los dos hombres que hay sentados a su lado. Llevo

toda la noche observándolos con discreción. Uno de ellos tiene acento británico. Está borracho y obsesionado con una mujer con la que acaba de romper. O ha sido ella la que ha roto con él; no estoy segura y no me importa. Mi objeto de deseo es el otro hombre.

El otro hombre es perfecto.

Es tan perfecto que no puedo ni mirarlo directamente, de ahí las miradas discretas. Sin duda está fuera de mi alcance. Tiene el pelo despeinado, oscuro y un poco ondulado. Lleva un corte perfecto y sé que si lo acariciara estaría suave y no cubierto de productos para el pelo pegajosos. Tiene barba, recortada como si no pudiera decidirse entre dejársela sin afeitar un par de días o tener una barba espesa. Sus ojos son de un marrón tan oscuro que, cada vez que se cruzan con los míos, me tiemblan las piernas. Tiene los antebrazos bronceados y musculosos. Serán el objeto de mis fantasías durante el próximo mes como mínimo.

Se frota la yema del pulgar con la del índice mientras su amigo habla, pero no como si estuviera nervioso. Lo hace despacio, como si fuera algo que hace cuando piensa, o quizá algo que hace mientras escucha. Tiene las uñas cortas y bien cuidadas. Si me baso en sus manos, diría que trabaja en una oficina, pero, si me baso en la parte que puedo ver de su cuerpo, apostararía que le gusta ir al gimnasio.

Vuelve a pasarse el índice por el pulgar despacio y ¡oh, por Dios!, me estoy imaginando algo completamente distinto ahora mismo.

Tengo que echar un polvo.

—Tienes que echar un polvo —dice Payton en el momento exacto en el que el hombre levanta la mirada de la barra y me mira a los ojos.

Me muero de la vergüenza, pero Payton no se da cuenta de que me acabo de morir, así que sigue parloteando sobre encontrarme a alguien a quien besar antes de que nos vayamos. La mirada de Mister Perfecto sigue clavada en la mía.

—Yo mismo —interviene.

Madre mía. Un momento, ¿me está hablando a mí? ¿Está pasando de verdad? Seguro que no lo he oído bien. Ha sido un malentendido. Le habla a alguien que hay detrás de mí o al camarero o al británico borracho. Echo un vistazo rápido por encima del hombro para ver quién hay detrás de mí. No hay nadie.

—Yo mismo —repite, y por un momento mi cerebro sufre un cortocircuito.

Claro que sí, eso es lo que estoy pensando. Claro que sí. ¿Dónde lo hacemos? No quiero hacerlo aquí mismo, sería raro. No creo que deba ir a su casa; es un completo desconocido. Podría venir él a la mía. Sí. Payton podría irse a Target o algo por el estilo y darnos privacidad. Me pregunto si le importará que tenga una cama individual. Sabía que tendría que haberme comprado una más grande, pero era más cara. Además, la habitación es pequeña y necesitaba espacio para la máquina de coser. Joder, está pasando. Un hombre tan atractivo que cuesta mirarlo directamente quiere acostarse conmigo. Parpadeo y él termina de hablar con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Yo mismo te daré un beso.

Oh.

Claro. Cómo se iba a pillar tanto por mí, una chica cualquiera de un bar, hasta el punto de querer acostarse conmigo basándose nada más en que mi amiga ha dicho que tengo que echar un polvo. Qué tontería. Soy idiota. Como si eso fuera posible.

—Acepta —responde Payton por mí y me obliga a bajarme del taburete. De verdad, incluso me da un empujoncito parecido al que imagino que les dan las madres a sus hijos en la puerta del colegio el primer día de clase.

El hombre se da la vuelta sobre el taburete y veo que me observa de arriba abajo ahora que estoy de pie. Cuando me recorre las piernas desnudas lentamente con la mirada, quiero matar a Payton por haberme arrastrado a este bar. Nos hemos pasado todo el fin de semana con la mudanza al piso nuevo y pensaba que salíamos a cenar unas hamburguesas, así que llevo unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes. Tendría que haber sido más precavida. Cuando hemos salido del apartamento, Payton ha insistido en echar un vistazo al ambiente local y aquí estoy, en pantalones cortos, con las huesudas rodillas al aire, delante de un hombre que parece el dueño del mundo mientras me escanea.

Doblo una rodilla y doy golpecitos en el suelo con la punta de los pies mientras me pregunto si ha cambiado de idea, pero entonces se pone de pie. Doy por hecho que recorrerá la distancia que nos separa y me besará aquí mismo, delante de todo el mundo, pero no lo hace. En lugar de eso, se detiene delante de mí. Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos

porque es unos treinta centímetros más alto que yo. Como mucho, la parte de arriba de mi cabeza le llega a la altura de los hombros.

Lleva vaqueros, mocasines y una camisa remangada hasta los codos. Sospecho que sus zapatos cuestan más que cualquiera de mis pertenencias. En realidad, es probable que ocurra lo mismo con los pantalones y la camisa. Estoy conteniendo las ganas de guardarme las manos en los bolsillos traseros y retorcerme bajo su mirada cuando se dirige a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Lydia.

—Lydia —repite él mirándome fijamente. Oírle decir mi nombre ha debido de tener el efecto de unos preliminares, porque parece el corazón está a punto de salirse del pecho. Su voz es grave y suave, autoritaria e increíblemente *sexy*—. Aquí no —afirma y me coge de la mano.

Noto el calor de su mano sobre la mía y el simple contacto físico hace que se me ponga la piel de gallina. Se mueve y me guía de la mano hasta el otro lado de la barra.

—Brady, voy a usar tu despacho un minuto —le anuncia a alguien que hay detrás de la barra. No se detiene a esperar la respuesta y, un instante después, estamos solos.

Lo primero en lo que me fijo es en que el despacho es más bonito de lo que hubiera esperado en un bar. Delante de mí hay un gran escritorio ordenado con un portátil cerrado encima y un único bolígrafo al lado. Arrimado a la pared hay un sofá de cuero moderno pero desgastado.

Lo segundo que noto es el silencio. No me había parecido que en el bar hubiera un ruido excesivo, pero al otro lado de la puerta cerrada me doy cuenta de lo tranquilo que se está sin el tintineo de los cubitos y el ruido sordo de las botellas. Lo único que se oye es nuestra respiración y el eco de los latidos de mi corazón, que resuena en mis oídos.

Es lo único que me da tiempo a observar, porque se gira para mirarme y me levanta la barbilla con la yema del dedo. Vale, otra observación: huele muy bien. Huele a alguien sobre quien querría tumbarme y colocar la cabeza en su pecho, mientras juguetea con mis mechones de pelo. Sé que técnicamente eso no es un olor, pero créeme. Huele a ropa limpia, a picante y a masculinidad. Quiero abalanzarme sobre él.

Con ojos entornados, pasa la mirada de mis ojos a mis labios y viceversa

con confianza y tranquilidad. No me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que me recuerda que respire. Tiene una expresión entre excitada y divertida.

Respiro hondo y me humedezco los labios con la lengua. Me resisto a dar saltitos de alegría, aunque me cuesta. Hay un atisbo de sonrisa en sus labios cuando me sujeta la mandíbula con una mano y me coge de la cintura con la otra. Noto la mano tan cálida a través de la fina tela de la camiseta que es casi como si me estuviera tocando directamente. Entonces inclina la cabeza hacia mí y me besa.

Con suavidad.

La mano que tiene sobre mi cintura se queda donde está. Me sujeta con dedos firmes, seguros. Es un ancla innecesaria, porque no me voy a ir a ninguna parte, pero me gusta. Apoyo las palmas de las manos sobre su pecho y disfruto del tacto de la tela bajo las yemas de los dedos. De la firmeza, los músculos y el calor de su cuerpo.

Sus labios abandonan los míos, pero solo lo suficiente para ladear la cabeza un milímetro antes de volver a presionarlos contra mi boca. Me roza la mejilla con el pulgar y yo murmuro o gimo como respuesta, no sé muy bien cuál de los dos, pero me recompensa con otro beso suave mientras me separa los labios con los suyos. La barba me araña la piel, lo cual solo consigue excitarme todavía más. El suave roce hace que centre toda mi atención en sus labios, en su fuerza, en el poder del efecto que causa en mí. Me mordisquea el labio inferior y después vuelve a besarme con más firmeza. Nuestras lenguas se encuentran, me flaquean las rodillas y se me acelera el corazón.

Cuando se separa, tiene que sujetarme, porque me he apoyado tanto en él que me hubiera caído sin su ayuda. Me he quedado sin aliento, como si acabara de dar la vuelta al edificio corriendo. Salvo por que ha tenido que pasarse el pulgar por el labio inferior, él no parece afectado. Retrocede y vuelve a examinarme despacio de la cabeza a los pies. Yo me pregunto qué ve. ¿Ve a una mujer por la que se siente atraído? ¿O a una chica a la que ha besado como favor? Se le ve mucho más tranquilo de lo que yo me siento.

—Buena chica. Ya has conseguido tu beso, ahora ya puedes irte a casa.

Capítulo 2

Lydia

El fin de semana se va en desmontar cajas de cartón de la mudanza y transportarlas con la carretilla al contenedor de reciclaje de nuestro bloque de pisos. En viajes a Target para comprar diversos suministros y a WinCo a por comida. En descubrir el restaurante Del Taco por primera vez y probar casi todo lo que había en el menú que costara un dólar o menos. Todo eso mientras repito el beso en mi mente una y otra vez.

Mañana empiezo mi primer trabajo. Bueno, no es mi primer trabajo, claro. He tenido otros trabajos, muchísimos. Empleos de verano, de después de clase y de media jornada.

Pero mañana empiezo mi primer trabajo después de haberme graduado, un empleo a jornada completa. Es una ocasión importante, ¿no? Supone un antes y un después. Es el primer día de mi vida adulta.

Y estoy igual de sorprendida que los demás de que sea en Las Vegas.

En un casino.

Pero resulta que los casinos tienen muchos puestos de trabajo, en especial los casinos de lujo nuevos que todavía no han abierto. Para cuando abra las puertas a finales de este mes, el Windsor habrá dado empleo a cinco mil personas, y yo soy una de ellas.

Me gradué en recursos humanos porque me encanta ayudar a las personas y se me da bien. A Payton también le gusta ayudar a los demás, pero ella se especializó en *marketing*, porque no existe un grado para organizar fiestas en

la Universidad Estatal de Luisiana. Lo dice ella, no yo. Le gusta ayudar a las personas a pasárselo bien, mientras que a mí me gusta ayudar a los demás con otras cosas, como a que se aseguren de pagar los impuestos a tiempo. De pequeña era esa niña que rellenaba todos los renglones de formulario para pedir las galletas de las Exploradoras y que dibujaba con cuidado la X en el centro de la columna para que no hubiera ninguna confusión entre un pedido de galletas de mantequilla de cacahuete y otro de galletas de chocolate y menta. Era una niña muy divertida, está claro.

No conocí a Payton hasta la universidad, pero una vez me contó que la habían expulsado de las Exploradoras por algo relacionado con un timo y unas insignias. Nunca me contó la historia completa, porque admití sin querer que había permanecido en las Exploradoras hasta acabar el instituto y se rio tanto que no atinó a cruzar las piernas y se cayó.

Ahora intento reservarme esa información para mí misma. O sea, no fue algo que compartiera por voluntad propia, más bien se me escapó una vez cuando mencionó algo relacionado con las Exploradoras. Para mí, llenaron el vacío maternal que sentía al haber crecido sin ninguna otra mujer en casa. Sea como sea, fui la mejor del grupo. Vendí trescientas sesenta cajas de galletas el último año.

No te preocupes, es un dato que no le cuento a nadie.

La cuestión es que me gusta cumplir las normas. Me gusta prestar atención a todos los detalles, por lo que el departamento de recursos humanos es perfecto para mí. Los dos últimos veranos he estado de prácticas, así que no soy del todo una novata. Es un empleo básico, por supuesto, pero estoy entusiasmada por haber encontrado trabajo de lo mío.

Cuando surgió la idea de mudarnos a Las Vegas, creo que Payton nos imaginaba viviendo en un edificio del Strip, pero conseguí convencerla de que no era realista para dos chicas que deben, aproximadamente, una década de préstamos de estudio cada una, así que optamos por vivir en Henderson, también conocido como las afueras. Nuestro apartamento es estupendo. Tenemos gimnasio, piscina, un parque para perros y una pista de petanca. No tengo perro y no conozco a nadie que juegue a la petanca —ni siquiera sé lo que es, en realidad— pero es agradable tenerlos. El agente inmobiliario estaba muy emocionado cuando nos lo enseñó. Además, Del Taco está tan cerca que podría ir andando hasta allí si quisiera. Probablemente no querré

hacerlo cuando estemos a casi cuarenta grados, pero quizá en otoño sí. Y lo más importante: está a unos veinte minutos en coche del trabajo y, para ser un piso compartido de dos habitaciones, el precio es razonable.

Payton también trabajará en el Windsor. Ambas tuvimos la suerte de conseguir el trabajo en una feria de empleo que celebraron en nuestro campus durante el último curso. Crecí en uno de los estados del cinturón bíblico, Tennessee, y fui al colegio en otro, Luisiana, así que nunca imaginé que me mudaría a la ciudad del pecado, pero aquí estoy. De momento, es como cualquier otro lugar. Normal. Bonito. Además, en Nevada se pagan menos impuestos, así que puedo pagar el préstamo estudiantil mucho más rápido. Salgo ganando.

Mi mente divaga al viernes por la noche. Al bar. A aquel hombre.

«Buena chica».

¿Por qué me gustó tanto que aquel hombre me llamara buena chica? Aquel hombre. Así es como tengo que recordar al hombre más atractivo al que he besado nunca, o que probablemente besaré en toda mi vida, porque no le pregunté su nombre. Genial, ¿verdad? El momento oportuno y educado para haber conseguido esa información hubiera sido cuando él me preguntó el mío. No obstante, ¿se lo pregunté? No. Me distrajo tanto la idea de que iba a besarme que no se me ocurrió preguntarle cómo se llamaba.

Es egoísta, ¿verdad? Me centré tanto en que sus labios rozaran los míos que ni siquiera le pregunté su nombre. Tampoco es que importe. Me besó como si no hubiera mañana y después se libró de mí, ¿no? Sus palabras jadeantes resuenan en mi mente una y otra vez. «Buena chica. Ahora ya puedes irte a casa». Fueron palabras condescendientes, aunque el tono de voz con el que las dijo no lo era. Era áspero. Grave. Ronco. Muy *sexy*.

Estoy harta de ser buena. Con ese hombre solo me interesa ser buena de rodillas, rodeándole el pene con los labios mientras me dice lo mucho que le gusta. «Buena chica», murmuraría, y a mí me gustaría. O por lo menos me gusta en mi imaginación. Me gusta mucho. Hay algo muy atractivo en que te llamen buena cuando estás siendo muy muy mala. O cuando piensas en ser mala, como en mi caso.

Debo de ser la virgen más zorra del país. Soy una aspirante a zorra, algo un poco triste, ¿no?

Me pasé toda la universidad esperando enamorarme del chico perfecto.

No, es mentira. No soy una ilusa. El hombre perfecto no existe. Lo sé, de verdad. Pero esperaba enamorarme de alguien que valiera la pena. Con el que mereciera la pena perder la virginidad. ¿Qué? No esperaríais que me abriera de piernas en el instituto. Estaba muy ocupada con las galletas y todo eso. No quiero alardear ni nada por el estilo, pero aquellas galletas me consiguieron un viaje a Costa Rica. Claro que se trataba de dos semanas de servicios comunitarios, así que no fueron precisamente unas vacaciones en la playa, pero bueno.

En cualquier caso, en el instituto no me interesaban los chicos. Sé que para muchos el instituto consiste en rebelarse y en escabullirse para ir a fiestas, pero a mí no me interesaba. Las fiestas me parecían peligrosas. En ellas ocurren cosas malas. Como tener que socializar. O que los menores de edad beban alcohol. Ambas cosas dan miedo. Solo ocurren cosas buenas cuando estudias, trabajas mucho y dedicas tu tiempo a ayudar a los demás.

Seguir siendo virgen al graduarme de la universidad no entraba en mis planes. Ni por asomo. Mi nivel de santurronería tiene sus límites. Esperaba haber ganado la insignia de perder la virginidad antes de la graduación.

Me veía a mí misma como el tipo de chica que se casa con su novio de la universidad dos meses después de la graduación.

Pero no ocurrió así.

No me veía como el tipo de chica que se sentiría atraída por un desconocido en un bar. Nunca. Pero ese hombre ha despertado algo en mí. Deseo, supongo. No fue solo el beso, fue él. Me había pasado toda la noche observándolo, imaginando descontroladamente todo lo que podía hacerme. Las cosas que quería que me hiciera.

Como ya he dicho, aspirante a zorra. ¿Quién pasa tanto tiempo imaginándose que un hombre desconocido en un bar la pervierte?

* * *

El lunes por la mañana entro en el aparcamiento del Windsor con el estómago lleno de mariposas emocionadas por mi primer día de trabajo. Payton llegará por su cuenta porque está en un grupo de orientación distinto y no estábamos seguras de si terminaríamos a la misma hora.

Por lo tanto, estoy sola, igual que una adulta de verdad, que es lo que soy.

Soy adulta. Sonríó tanto que tengo que mordirme el interior de la mejilla para controlarme. Aunque tampoco es necesario; estoy sola en el coche, así que nadie puede verme sonreír como una idiota.

Tamborileo en el volante con las yemas de los dedos mientras sigo las señales que me guían hasta las plazas de aparcamiento para empleados. El complejo abre en menos de un mes y los nuevos empleados empezarán a trabajar en masa durante las próximas cuatro semanas. A mí me han contratado para trabajar entre bambalinas, lo que significa que no estaré de cara al público, con los clientes. Desapareceré en la sección corporativa del complejo en la que nadie piensa. Recursos humanos, el departamento jurídico, *marketing*, informática, contabilidad... son puestos internos, ocultos para los demás.

Encuentro un hueco libre, aparco y vuelvo a revisarme el pintalabios en el retrovisor. Después cierro el coche y apunto mentalmente dónde he aparcado para encontrar el coche después del trabajo.

Vale, ha llegado el momento. Primer día, allá voy. Se me pasa por la cabeza que va a ser un año lleno de primeras veces. Mi primer apartamento de adulta. Mi primer trabajo. Mi primer pago del préstamo de estudios.

Y estoy segurísima, convencidísima, de que voy a perder la virginidad antes de que acabe el año, así que será una primera vez muy importante que tachar de mi lista de propósitos.

No es que no haya tenido oportunidades de hacerlo antes, es solo que no me interesaba. Crecí con dos padres liberales en una ciudad conservadora y, en cierto modo, estaba atrapada entre esos dos mundos. Además, tampoco me corría mucha prisa. En el penúltimo año de carrera salí con un chico —que no me gustaba tanto— durante más tiempo del que debería porque me gustaba su gato. Y no, no es un eufemismo para referirme a algo más interesante. Era un gato de verdad. Un gato negro enorme, de pelo largo, patas blancas y un dedo de más que se llamaba señor McGee, y al que yo quería mucho.

Al chico no tanto.

No digo que fuera razonable o lógico, pero qué le vamos a hacer.

Seguía esperando algo, ¿sabes? Algo que me diera ganas de arrancarme las bragas, pero esas ganas nunca llegaron. No importa. Este será el año en que me las arranque. ¿O más bien el año en que me las baje? Probablemente no me arrancaré mis propias bragas, ¿no? No, sería raro. Seguro que me las

bajaré. Estoy dispuesta a que un hombre me las arranque, pero nunca he llevado ropa interior de la que se rompe en pedazos ante la fuerza de un hombre.

Mierda. Necesito ropa interior nueva.

Si este va a ser mi año, voy a necesitar ropa interior apropiada para cuando ocurra. Nota mental: comprarme ropa íntima nueva cuando cobre mi primer sueldo. ¡Otra primera experiencia! ¡Mi primer sueldo adulto! ¡Qué bien!

Entro al edificio por la puerta de empleados, convencida de que estoy a punto de embarcarme en el mejor año de mi vida.

Una hora más tarde, estoy segura de ello.

Capítulo 3

Lydia

Lo veo durante la visita guiada por el complejo. Aquel hombre. El hombre al que besé la otra noche, pero cuyo nombre desconozco. Es tan perfecto como recordaba. Hace que se me acelere el corazón y que el pulso me vaya más rápido de lo que recordaba. Joder, creo que trabaja aquí. Lo que básicamente quiere decir que me voy a acostar con él, ¿no? Sí. Va a ocurrir. Está escrito. Es el destino.

Si él está interesado, claro. Me besó, así que puede que esté interesado en acostarse conmigo. Creo. No estoy muy segura de cómo funciona todo esto para los tíos. Obviamente, he besado a hombres con los que no quería acostarme, pero creo que los hombres son mucho menos exigentes que las mujeres. ¿No es así? Dios, espero que sea mucho menos exigente que yo, porque creo que es el hombre indicado.

El indicado para acostarme con él, no el hombre de mi vida. No, por supuesto que no. No estoy tan loca como para haber planeado casarme y tener hijos con un tío al que no conozco basándome solo en un beso perfecto. Todavía quiero enamorarme del hombre perfecto, sea quién sea, y vivir juntos y felices para siempre. Es solo que no sé cuándo va a llegar. ¿Qué pasa si cumplo los treinta antes de que aparezca? No debería esperar a tener treinta años para experimentar lo que es el sexo.

Así que no, no tengo en mente casarme con él. Solo quiero darle mi virginidad, porque, basándome en el beso perfecto que me dio, creo que se le

daría muy bien desflorar. Porque siento algo cada vez que lo veo. Algo desconocido para mí, pero que clasificaría como lujuria desenfrenada. Deseo. Un estímulo, por así decirlo.

Desflorar. Qué palabra tan ridícula. Nota mental: no utilizarla cuando le pida que se acueste conmigo.

—Creo que he visto a aquel hombre —le digo a Payton cuando la veo en la cafetería para empleados a la hora de la comida.

Y con cafetería me refiero a la cafetería más de postín en la que he estado nunca. Hay una barra de ensaladas, un puesto de bocadillos, uno de pizza y una selección de platos calientes que parece que cambian todos los días, a juzgar por el menú impreso. ¡Y es gratis! Qué locura. Las ventajas para empleados son de primera categoría, es parte de lo que me atrajo de este trabajo. Bueno, me atrajo más el plan de seguro médico que la comida gratis, pero sigue siendo una ventaja superguay. Todo el personal tiene acceso a la cafetería. Los que trabajan de cara al público y los que no, da igual. El director general y el personal de limpieza utilizarán la misma cafetería, algo que me parece increíble e igualitario y todo eso. Es un espacio enorme, más parecido a un bufé que a una cafetería, algo necesario, ya que deberá acoger a todos los empleados cuando la plantilla esté completa.

—¿Qué hombre? —me pregunta Payton antes de darle un gran bocado a un trozo de pizza. A pesar de comer como un chico de instituto, es diminuta.

—El del bar. El de la otra noche.

—¿Qué dices? —Deja caer la pizza en el plato y esboza una sonrisa que haría que el gato de Cheshire estuviera orgulloso—. ¿Aquí? —me pregunta y arquea una ceja, encantada por el posible entretenimiento que le causará esta situación.

—Aquí, claro. No he estado en ningún sitio hoy excepto aquí.

Corto la pechuga de pollo de la ensalada en trozos pequeños antes de pinchar uno con el tenedor, asegurándome de incluir una porción perfecta de lechuga y aliño.

—¿Trabaja aquí? ¿Has hablado con él?

—Eso creo y no. Lo he visto cuando caminaba por el vestíbulo del hotel con mi grupo de orientación. Es guay poder estar aquí antes de que abran, ¿verdad?

En realidad es superguay. ¿Has estado alguna vez en un casino de Las

Vegas después del cierre? No. No has estado, porque cuando abren, están abiertos las veinticuatro horas del día, trescientos sesenta y cinco días al año. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de ver un sitio como este antes de que abra? Apuesto a que no mucha.

El vestíbulo era un ir y venir de actividad. Había obreros subidos en andamios que ajustaban la iluminación mientras otros alicataban una fuente decorativa del tamaño de una piscina pequeña. Había repartidores entregando paquetes en las tiendas del vestíbulo mientras otro grupo desmontaba cajas de cartón vacías y las tiraba.

Ocurría lo mismo en el casino. Las mesas de juego estaban colocadas en su sitio, aunque vacías. Las máquinas tragaperras estaban encendidas, pero en silencio, y no había trabajadores en toda la planta, salvo en un bar en el centro que todavía estaba en construcción.

Olía a pintura fresca y a moqueta nueva, pero también a algo más. Olía a primer día. A posibilidad, a energía sin explotar y a la promesa de una aventura inminente.

Era sorprendentemente guay.

—Lydia, céntrate. —Payton agita el hielo de su copa antes de dar un trago —. ¡Quiero detalles!

—Lo he visto en el vestíbulo. ¿Trabajaré aquí? —le respondo, pero es más una pregunta que una afirmación, porque no tengo ni idea—. Estaba junto a la puerta de entrada con un par de tíos más. Miraban una tableta y señalaban varios puntos del techo del vestíbulo. ¡Ah! ¿A lo mejor trabaja en seguridad o algo así? Mierda, no lo sé, pero parecía encajar aquí. Supongo que es posible que sea el contratista y no vuelva a cruzarme con él.

Arrugo la nariz y me encojo de hombros. Sería una pena que haya sido mi única oportunidad y la haya desperdiciado. Incluso si trabaja aquí, ¿volveré a cruzarme con él? Este lugar equivale a una ciudad pequeña. Hay miles de empleados. Habrá muchas personas a las que veré pocas veces, si las veo alguna vez.

Capítulo 4

Lydia

No vuelvo a verlo ese día, ni el siguiente. Pero practico. Con que practico me refiero a que tengo conversaciones imaginarias con él para estar lista para una de verdad cuando lo vuelva a ver. «Ey, ¿te acuerdas de mí?», me digo a mí misma en el espejo mientras me seco el pelo por la mañana. «Oh, ¡eres tú! ¿Trabajas aquí? ¡Yo sí!». Lo repito mientras conduzco hacia el trabajo una y otra vez hasta que suena natural. Si estoy en un semáforo, añado a la mezcla un encogimiento de hombros y un gesto con la mano. «Ey, tío, ¿te puedes creer que no me quedé con tu nombre?».

La verdad es que tengo que practicar esta última. Es una pena que tenga que llamarle «ey» durante mis ensayos generales imaginarios, pero no me queda otra. He pensado en inventarme un nombre hasta que descubra cómo se llama, pero no quiero encariñarme con el nombre equivocado. ¿Y si le llamo Sam como sustituto temporal pero el nombre se almacena en algún lugar de mi mente y le llamo Sam por accidente en mitad del acto sexual? ¿Te imaginas?

Yo sí me lo imagino. De hecho me lo imaginé y no podría haber sentido más vergüenza. Imaginé que todo iba viento en popa (el sexo), y yo disfrutaba y él disfrutaba y yo lo estaba haciendo bien y entonces, ¡pam! Pronuncié el nombre equivocado y lo estropeé todo. Si quieres conocer los detalles, él estaba encima de mí, en mitad de la penetración, y yo tenía uno de los tobillos clavado en su espalda cuando gemí: «Más fuerte, Sam». Entonces él se detuvo, como haría cualquiera cuando se grita el nombre equivocado durante

el sexo. Yo enrojecí cien tonos por la humillación mientras él se vestía y se marchaba.

Y ni siquiera llegué a correrme.

Así que tendré que apañármelas con «ey» hasta que descubra cómo se llama. Supongo que si le llamo así cuando nos acostemos por lo menos podré salvar la situación antes de ofenderle. Por eso espero el momento adecuado, estoy alerta y practico mis conversaciones imaginarias.

Estoy segura de que valdrá la pena, porque, en mi experiencia, cuando trabajas mucho y tienes una actitud positiva, el resultado merece la pena. Dicen que la práctica hace al maestro, así que al menos estaré lista cuando lo vuelva a ver.

* * *

El viernes me asignan mi propio escritorio. Nunca había tenido un espacio para mí sola en el trabajo, aparte de una taquilla en la que meter el bolso. En realidad, es un cubículo: un espacio propio de metro cincuenta por metro cincuenta, rematado con una placa con mi nombre pegada a una de las paredes exteriores.

Lydia Clark. Trazo las letras con la yema del dedo y sonrío antes de examinar mi nuevo espacio. Tengo un escritorio en forma de L con un monitor de pantalla plana a punto en la superficie. Hay tres cuadernos de papel pautado, un paquete de bolígrafos y un paquete de seis tacos de pósits todavía envueltos en celofán junto al teclado. Las paredes del cubículo están cubiertas por una especie de tela industrial de color marrón topo y también sirven como tablón de anuncios, por lo que podré fijar notas para verlas mejor.

¡Ay! No puedo esperar a comprarme un bonito portalápices este fin de semana. A lo mejor me compro también una bandeja para cartas y carpetas de colores. Dejo el bolso en el archivador con cajones que hay debajo del escritorio y le mando un mensaje de texto a Payton.

LYDIA: ¿Comparamos material de oficina este fin de semana?!

Payton: ¡Qué ganas!

Oh, guau. Pensaba que le daría lo mismo. Casi no opinó sobre las cosas que compramos para nuestro piso. Me pregunto si conseguiré que vuelva a ir a Ikea conmigo.

LYDIA: ¿¿¿En serio??? ¿Quieres que vayamos a Ikea después de trabajar?

Payton: No, la verdad es que no, empollona. Es el segundo fin de semana que pasamos en Las Vegas. No vamos a pasarnos la noche del viernes en Ikea.

Oh. Bueno, a lo mejor el sábado.

Tengo una reunión de equipo en cinco minutos, por lo que me guardo el móvil en el bolsillo y me dirijo a la sala de reuniones. De la segunda planta del hotel hasta la cuarta son todo oficinas. No se puede acceder a ellas desde los ascensores para invitados, así que estamos algo escondidos, como si hubiera un edificio dentro de otro. En la entrada para empleados hay ascensores a parte que funcionan solo en estos tres pisos y en las suites ejecutivas del trigésimo cuarto piso. Aunque no es que las haya visto; son para los empleados más importantes que viven allí mismo. ¿Os lo imagináis?

Mi departamento, recursos humanos, se encuentra en la cuarta planta, junto al jurídico, el de contabilidad, seguridad y los despachos de los directivos. Yo soy auxiliar de recursos humanos, así que dependo del director de recursos humanos, que depende del vicepresidente de recursos humanos. Si parece que hay muchas personas es porque es así. Yo solo soy una de siete auxiliares. Hemos empezado todos a la vez esta semana, pero con el tiempo nos dividirán y nos nombrarán el contacto principal de un departamento. Limpieza, *catering*, recepción y servicio de botones, entretenimiento, recreo, comercio y juego. Y eso son solo los puestos de cara al público.

Este sitio es como un mundo a parte.

Hay una sala de descanso en cada planta con café gratis, así que me detengo allí de camino a la sala de reuniones. Tiene una de esas máquinas de café de lujo que preparan café con leche, expreso, chocolate caliente e incluso café normal. Dios, ¡para mí trabajar aquí es como pasar un día en Disneyland!

Hay fruta, tentempiés, también agua embotellada y... madre mía. Me paro en seco. Aquel hombre. La sala de descanso también incluye a aquel hombre. Quiero decir que está aquí, en la sala de descanso, no es que sea parte de las existencias de la sala, como una bolsa de cacahuets gratis, cosa que sí puedes encontrar. «¡Ay, Lydia! ¡Céntrate!».

He dado dos pasos para entrar en la sala y el golpeteo de mis zapatos de tacón en el linóleo anuncia mi presencia antes de que pueda hacerlo yo misma. Él está abriendo una botella de agua y tengo medio segundo para observarlo antes de que se dé cuenta de mi presencia.

Medio segundo para confirmar que me gusta.

¿Por qué? Lo único que he hecho es besarle. ¿Por qué tiene esa influencia sobre mí? No es que sea tan inocente como para que un beso haga que todo me dé vueltas. He besado a otros chicos antes y ninguno me había hecho sentir así. Si soy sincera, me habían hecho sentir indiferente. De ahí que siga siendo virgen. ¿Para qué molestarme? Si un chico te hace sentir que puedes tomarlo o dejarlo, ¿para qué molestarse?

Sin embargo, este hombre me hace sentir que puedo ser activamente promiscua. Sí. Cuando lo veo siento como si tuviera potencial sin explotar como zorra. Maldita sea, ¿por qué es tan atractivo? Casi duele mirarlo directamente. Me siento aturdida, excitada y rara.

Se fija en mí y veo un destello de reconocimiento o sorpresa en su mirada. Supongo que es una mezcla de ambos, pero quiere decir que me recuerda, ¿no? Seguro que sí.

No dice nada, pero sus ojos permanecen fijos en los míos mientras se da la vuelta para estar de cara a mí. Se lleva la botella a los labios y da un sorbo. Parece tranquilo; simplemente me observa. Su expresión no revela nada, y si no hubiera captado esa mirada breve cuando me ha visto por primera vez, pensaría que no se acuerda de mí. Pero sí se acuerda. Lo sé.

Estamos solos. Él y yo, en una sala de descanso vacía, con el zumbido de la nevera y el olor del café impregnando el aire.

Es mi oportunidad.

—Oh, ey, esto... ¿trabajas aquí?

Es lo único que se me ocurre para mi gran momento.

—Nos conocimos el otro día. El fin de semana pasado. Bueno, olvídale.

—Añadido un gesto rígido de la mano al montón de palabras incómodas que

acaban de salirme por la boca.

—Me acuerdo perfectamente —responde él con un pequeño gesto de la cabeza.

Vuelve a ponerle el tapón a la botella sin mirarla, porque su mirada nunca deja la mía. Madre mía, sus ojos. Me hacen sentir cosas. Cosas sucias, por lo menos en mi mente. Me recorre el rostro con la mirada y yo siento que me cubre un rubor por todas partes. Doy dos pasos vacilantes hacia adelante y mis zapatos taconeán en el suelo. Tiene la mirada lista. Inteligente. Perspicaz. Parece un hombre capaz de tomar decisiones rápidas. Parece un hombre al que no se le escapan los detalles.

—¿Trabajas aquí? Yo sí. —Parece que me falta un poco el aliento cuando lo digo.

Suelto aire e intento recuperar la compostura.

—Sí. Parece que los dos trabajamos aquí.

Creo que me estoy repitiendo. Tengo que avanzar con la conversación mientras pueda, antes de que entre alguien o se vaya.

—Estuvo bien —añado—. Cuando nos conocimos.

—¿Bien?

Me da la impresión de que tuerce el labio en un ligero atisbo de sonrisa cuando interviene. Tiene una de las cejas arqueadas en un gesto interrogante o divertido. Me gustaría recorrerle la ceja con la punta de los dedos. Examinar la pequeña línea de expresión que le recorre la frente y pasarle los dedos por el mentón.

—Lo del beso —aclaro—. Por si acaso quieres que lo hagamos otra vez.

Abre mucho los ojos y levanta las cejas, la sonrisa ha desaparecido. Sacude la cabeza un instante y vuelve a sonreír. Le ha parecido gracioso. Mierda. Debo de parecer una adolescente, seguro que está acostumbrado a que le ofrezcan algo más que un beso.

—Y lo que quieras —me corrijo rápidamente—. Quiero decir, si te interesa.

—Por Dios —dice despacio y no necesariamente de un modo reverente.

Levanta la mano con la que no está sujetando la botella de agua, se la pasa por la barbilla y después inclina un poco la cabeza, como si estuviera aliviando algún tipo de tensión en el cuello. La sonrisa ha desaparecido.

Espera. ¿Lo he interpretado mal? Me besó. No es que besarme fuera una gran declaración de interés, pero debí de parecerle lo bastante atractiva para besarme. Que le sugiera que volvamos a hacerlo no le debería parecer tan horripilante, ¿no?

Se aparta la mano de la boca. La botella de agua que sujeta en la otra le cuelga de las yemas de los dedos y él la hace rebotar contra su muslo. Aunque no diría que sus acciones denotan nerviosismo, ni mucho menos. Tal vez inquietud. Si tuviera que definir su expresión, diría que es atormentada. Aunque sus ojos... sus ojos parecen interesados. Puede que no sea la chica con más experiencia del mundo, pero creo que me mira con interés.

—¡Rhys! —grita una voz detrás de mí y abro mucho los ojos.

Me he olvidado de preguntarle cómo se llama. Otra vez. Pero se llama Rhys. Rhys, Rhys, Rhys. Coreo el nombre en mi mente y me gusta. Me gusta mucho. Se me escapa una pequeña sonrisa antes de darme cuenta de que casi pierdo la oportunidad de saber su nombre por segunda vez. Hábil. Muy hábil. Soy una maldita aficionada.

Giro la cabeza hacia la voz y veo que procede de un hombre alto y guapo que entra en la habitación a zancadas. No es tan guapo como Rhys, por lo menos a mí no me lo parece, pero aprecio su atractivo. Le da una palmada a Rhys en la espalda mientras abre la nevera y saca una botella de agua. Va bien vestido; ahora me doy cuenta de que los dos llevan traje. Trajes caros. Entiendo lo suficiente de telas para apreciar la calidad de esos trajes sin tocarlos. Los dos van bien arreglados. Llevan corbatas bien anudadas, zapatos pulidos, relojes ostentosos. Están muy buenos. Son como un atractivo sexual andante y parlante.

Un momento. ¿Qué demonios le acabo de decir a Rhys? ¿«Lo que quieras»? Dios santo. No. Noto que la cara se me empieza a ruborizar, así que bajo la mirada rápidamente hacia el suelo de linóleo y me giro hacia la cafetera. Agarro una taza de la estantería y la sitúo en el lugar que le corresponde en la máquina; me tiembla la mano cuando aprieto los botones. Eso no lo había practicado. Mis ensayos para cuando volviera a verlo no incluían ofrecerle hacer «lo que quieras». Tampoco había practicado que nos interrumpieran. ¿Por qué no tenía un plan B por si me ponía en ridículo o nos interrumpían? ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Me muerdo el labio y giro la cabeza lo bastante para mirar por encima del

hombro. La mirada de Rhys vacila entre el hombre y yo y viceversa. Vuelvo a centrarme en la cafetera y pulso los botones hasta que la máquina silba y el líquido cae a borbotones en la taza. Me agarro al mostrador que tengo delante y los nudillos se me ponen blancos.

Puede que lo que he dicho no sea tan malo.

Sí, ha sido muy malo. Y no ha respondido, ¿verdad? No. ¿Eso que quiere decir? ¿A lo mejor tiene novia? ¡Pero me besó! ¡Me besó hace una semana!

Detrás de mí, oigo que el otro hombre le dice que van a llegar tarde y después unos pasos que se dirigen a la puerta. Mantengo las manos donde están y observo lo que sea que haya escogido mientras cae en la taza.

Ya se han ido.

Escucho que mi nueva supervisora, Bethany, intercambia un saludo con ellos cuando se cruzan en el pasillo antes de irrumpir en la sala de descanso tras ellos. Traslado la taza de la cafetera de lujo al mostrador y cojo un palito para remover el café mientras Bethany coloca una taza nueva en la máquina y me sonrío.

—Oh, ¿qué te has preparado? —me pregunta, señalando la taza con la cabeza.

—Algún tipo de café con leche —le respondo, y me obligo a esbozar una sonrisa antes de dar un trago.

Quiero derramarlo por el fregadero, porque no estoy en condiciones de transportar una taza llena de líquido caliente y ya no necesito el estímulo de la cafeína, pero sería raro tirarlo con ella aquí observándome. Abro un sobre de edulcorante y lo añado a la taza antes de volver a hablar:

—Oye, ¿conoces al hombre que estaba aquí hace un momento? ¿Rhys? —Me las arreglo para preguntarle con tanto desinterés que es probable que me merezca una insignia en parecer despreocupada—. ¿Sabes dónde trabaja?

—¿Rhys? —Bethany se gira para mirarme con el rostro cargado de confusión.

—Sé que trabaja aquí —aclaro—. ¿A qué se dedica?

Recuerdo que mi departamento comparte planta con el jurídico y el de seguridad. Y contabilidad. Pero se parecía más a un abogado que a un contable.

Soy idiota. Como si alguien tuviera aspecto de contable o de abogado.

—Es el director general —responde Bethany y yo me detengo en seco, todavía sujetando el palito con la punta de los dedos sobre el cubo de la basura.

Eso es malo. En el fondo estoy segura de que solo hay un director general en la estructura de dirección de empresas, pero lo intento de todas formas.

—¿De qué departamento? —Consigo mantener la voz firme y mis ojos permanecen clavados en el palito de remover. Ha caído encima de una piel de plátano dentro del cubo de la basura. Junto a ella hay una lata de refresco y me enfado con el que no la haya tirado en la papelera de reciclaje. Solo se tarda un segundo.

—De la propiedad —anuncia Bethany, y en ese instante pierdo aproximadamente una década de vida.

Capítulo 5

Lydia

Sobreviví al resto del día, aunque no tengo ni idea de cómo no fallecí en el acto, aparte de que morir por humillación no debe de ser una forma rápida de irse.

Me quedé en la sala de descanso con mi nueva jefa mientras me aclaraba que Rhys es el director general... de todo el complejo.

Fue horrible.

Y empeoró.

La propietaria del complejo es Sutton Travel Corporation, algo que ya sabía... Claro que lo sabía. Estaba muy emocionada por conseguir empleo en una gran empresa con ventajas excelentes e investigué. Sutton tiene la sede central en Gran Bretaña y opera en más de cincuenta países. Hoteles, grupos turísticos, cruceros y ahora un complejo hotelero de lujo en el Strip de Las Vegas. Llevan décadas funcionando. Se les reconoce por apoyar el talento y ascender a los empleados desde dentro.

William Sutton fundó la empresa.

El abuelo de Rhys.

Así que...

Así que eso lo convierte en una especie de copropietario, ¿no?

Me van a despedir. Sin lugar a dudas. Soy de recursos humanos y le he hecho una proposición sexual al jefe del jefe de mi jefa. ¿Qué me pasa? En serio. No es propio de mí. No soy ese tipo de chica. ¡Soy una buena persona!

¡Soy meticulosa! ¡Pago las facturas antes de tiempo! ¡Reciclo! No le ofrezco sexo a mi jefe. Uf. Soy una ordinaria.

Cierro los ojos con fuerza cada vez que recuerdo lo desastrosos que fueron mis intentos de flirtear. La primera semana en mi primer trabajo y me van a despedir. Estuve toda la tarde preguntándome si debía despedirme yo misma. ¿Debería adelantarme y hacer los trámites? En la formación de ayer nos hablaron del proceso que sigue la empresa para despedir, así que sé cómo funciona.

No sabía qué hacer, así que llevé la taza de café con leche por el pasillo hasta la sala de conferencias 4C. Mantuve la vista baja en la reunión que tuve con el equipo sobre la formación que empieza el lunes. Como el complejo abrirá pronto, está programado que el personal que trabajará de cara al público llegue en manada durante las próximas tres semanas. Eso significaba horas y horas de papeleo. Un sinfín de formularios de retención de impuestos y de elegibilidad de empleo de los trabajadores que habrá que cumplimentar. Listas de control larguísimas de cada uno de los empleados nuevos que tendrán que empezar a verificarse prácticamente al mismo tiempo. Todo ello lo bastante rápido para asegurar que están preparados para cumplir los requisitos de la empresa, pero no tan pronto como para que haya empleados en nómina antes de que se abran las puertas. Fácil. Tomé nota de todo, aunque por mi mente rondaban numerosos pensamientos y no todos tenían que ver con leyes y reuniones de rendimiento.

Después me escabullí a mi despacho a esperar a que llegara el desastre. Me sobresaltaba cada vez que alguien pasaba junto a mi cubículo. Esperaba que apareciera Bethany con una sonrisa triste en el rostro y me preguntara si podía hablar conmigo un momento.

No ocurrió nada. Incluso me quedé una media hora de más para darle la oportunidad de que me despidiera antes del fin de semana. Por si acaso iba atrasada con el horario. Pero al final me di cuenta de que la luz de su despacho estaba apagada, así que supuse que se había ido y que si me iban a despedir no ocurriría hasta el lunes. Cogí el bolso y dejé la taza sucia sobre el escritorio, donde estaría todo el fin de semana, porque la idea de volver a la sala de descanso me causaba estrés postraumático. También me causó algo de estrés tener que dejar una taza sucia en el escritorio, pero tuve que escoger el mal menor.

Una vez estuve a salvo encerrada en el coche, le envié un mensaje de texto a Payton y le expliqué que tenía que hacer algunos recados y que llegaría a casa en un par de horas. Necesitaba pasar algo de tiempo en mi lugar favorito para estar lista para hablar sobre el día que había pasado.

Utilicé el móvil para acceder al buscador de tiendas Goodwill de Las Vegas. Sé que no es un lugar preferido habitual para alguien de veintidós años, pero no soy una persona de veintidós años normal.

Solo tardo un momento en darme cuenta de que me he mudado al paraíso de las tiendas Goodwill. ¡Hay muchísimas! En Memphis había muy pocas cerca de casa de mis padres, ¡pero aquí hay un montón! ¿Y qué es esto? ¿Una tienda de ofertas de Goodwill? ¡No me lo puedo creer! Un momento. Maldita sea. La tienda de ofertas solo está abierta entre semana y en horario laboral. Bueno, por lo menos tendré algo que hacer cuando me despidan. Podré comprar en la tienda de ofertas de Goodwill tanto como quiera.

Hay dos tiendas entre el trabajo y mi apartamento. Pongo la dirección de la primera y salgo del aparcamiento en dirección a Las Vegas Boulevard. Gracias a mi experiencia limitada en esta ciudad sé que siempre hay mucho tráfico en el Strip, pero, por suerte, en menos de cuatrocientos metros podré entrar en Convention Center Drive y salir de este caos.

Quince minutos más tarde aparco en un centro comercial de Maryland Parkway. Encuentro un hueco junto a la puerta y echo un vistazo a la tienda desde fuera. Parece de las buenas; a veces esas cosas pueden intuirse, ¿sabéis?

Suspiro mientras apago el coche y lo cierro. Es un lugar muy bonito. Sé que la mayoría de la gente no piensa que Las Vegas sea bonito, pero lo es. Es agradable cuando sales del Strip; todo son palmeras y paisajes desérticos. Espero poder quedarme y no haberlo echado todo a perder. Espero no tener que llamar a mis padres y decirles que vuelvo a mudarme a casa.

Cruzo las puertas automáticas e inhalo el aroma reconfortante a naftalina y polvo mientras cojo uno de los carritos. Por supuesto que necesitaré un carrito. Anoto mentalmente que el color de la semana es el azul, lo cual significa que cualquier cosa que esté marcada con ese color estará rebajada al cincuenta por ciento. Tamborileo con los dedos en el asa del carrito mientras estudio la tienda y después me dirijo al primer perchero de ropa adulta. La talla no importa, porque voy a lavarlo todo y a hacerlo pedazos. Ni siquiera

me importa especialmente si se trata de ropa de mujer. He convertido trajes de hombre en todo tipo de cosas. Bufandas, bolsos, una capa. Una vez confeccioné un vestido a partir de la chaqueta de un traje.

A veces encuentro retales buenos, pero en su mayoría son desperdicios que tengo que deshacer y arreglar. Me gusta. Me satisface tomar algo de lo que se han deshecho y convertirlo en algo nuevo.

La líder de las Exploradoras a las que pertenecía, la señorita Barnes, me enseñó a coser. No es una habilidad que aprendan muchas de las jóvenes de hoy en día. Supongo que no ha sido así desde hace tiempo. Podría utilizar tela nueva, pero es carísima. Además, es mucho más divertido buscarla, es como buscar un tesoro. Suspiro y comienzo por el final de una de las filas. Paso las perchas rápidamente. El sonido agudo que hacen cuando se deslizan por la barra de metal me tranquiliza. Deslizar, deslizar, deslizar. Pausa. Examinar. Repetir. Tres hileras más tarde ya estoy concentrada en la tarea. Al concentrarme solamente en comprobar las etiquetas y los precios, en mirar con cuidado si alguno de los artículos tiene bastante tela en buenas condiciones para hacer algo con él, alivio el estrés del día.

He comprobado la mitad de la ropa de mujer cuando levanto la vista y me fijo en el perchero lleno de sábanas. Son sábanas viejas y estampadas, dobladas y colgadas en perchas para pantalones. Se me ocurre una idea y abandono los percheros de ropa. Pijamas. Podría recortar las sábanas lisas y fabricar pantalones de pijama. Podría utilizar los extremos anchos de las fundas de almohada y la sábana encimera para el dobladillo de los pantalones. Podría hacer pantalones cortos con los restos más pequeños. ¡Qué narices! ¡Apuesto a que podría hacer por lo menos un par de pantalones cortos, un par de pantalones largos e incluso una camiseta de tirantes finos con cada sábana! En casa tengo un patrón, gomas elásticas y todo lo que necesito. Puedo dedicarme todo el fin de semana a medir, sujetar con alfileres, cortar y coser.

Y a no pensar en Rhys. A no pensar en cómo me hizo sentir cuando me besó el fin de semana pasado. A no pensar en la reacción que había tenido ante él. Una reacción que no había tenido antes, no tan intensa. A no pensar en que es el jefe del jefe de mi jefa. A no pensar en la forma en que me ha mirado esta tarde cuando prácticamente me he abalanzado sobre él.

Será imposible. Estoy segura de que las palabras «Y lo que quieras»

seguirán repitiéndose en mi mente cuando tenga ochenta años.

Payton me manda un mensaje mientras pago. No conoce mi obsesión por el Goodwill, así que la ignoro cuando me pregunta dónde estoy y le digo que voy de camino a casa. Me las he arreglado para pasar más de dos horas en la tienda, así que, de todas formas, tampoco me daría tiempo a parar en otra antes del cierre. Me responde que me reúna con ella en la piscina cuando llegue. Dice que el jacuzzi está lleno de hombres atractivos.

Le respondo que tengo que hacer la colada, lo cual no es mentira. Tengo que lavar las sábanas antes de empezar a recortarlas.

* * *

—Relájate, no te van a despedir.

Esas palabras tan sabias provienen de Payton. Ya llevo en casa un par de horas, lavando y secando las sábanas. Payton volvió de la piscina, me encontró planchándolas y perdió los papeles. Intentó instaurar una nueva norma de compañeras de piso que prohibiera planchar sábanas un viernes por la noche. O cualquier otro día de la semana. Le expliqué que necesitaba plancharlas mientras le contaba mi día espantoso, horrible y malísimo.

—Seguro que sí. Trabajo en recursos humanos y le he hecho proposiciones indecentes al director general.

Las mejillas se me siguen sonrojando cuando lo digo en voz alta. O cuando pienso en ello.

—Es probable que le hayas alegrado el día.

Payton se ha duchado y se ha puesto unos pantalones de yoga y una camiseta sin mangas. Sigue teniendo el pelo mojado cuando se sienta en uno de los taburetes de la isla de la cocina y observa cómo trabajo. He invadido la mesa del comedor con la plancha de corte y los materiales de costura, que he organizado cuidadosamente a mi lado. No levanto la mirada mientras deslizo el cúter rotatorio por una capa de tela y hago un corte perfecto que en breve se convertirá en unos pantalones de pijama cortos.

—¿Alegrado el día? No creo que haberle acosado sexualmente le haya alegrado el día.

Aparto el patrón del material y clavo los alfileres en el acerico para que

ninguno se pierda y termine en el suelo.

—Tranquilízate. No lo has acosado sexualmente. Y sigo sin entender qué estás haciendo —añade haciendo un gesto con la mano hacia la mesa—. ¿Estás haciendo pijamas con sábanas viejas?

—Sí. ¿Quieres un par?

—Eh... No, gracias.

Junta las cejas y su expresión se vuelve toda dudas.

—Los querrás cuando haya terminado —le aseguro.

—Si tú lo dices... Ahora volvamos a hablar de Rhys.

—No hay nada más de lo que hablar. Te lo he contado todo y me van a despedir el lunes. Debería estar haciendo las maletas, no haciendo pijamas.

—Primero, no te van a despedir. Y segundo, aunque te despidan, no te vas a mudar.

—¡Acabas de decir que no me van a despedir! —chillo.

—Y no lo harán. Pero como te gusta ponerte en el peor de los casos, pensémoslo así.

Eso es cierto. Me gusta reflexionar sobre todas las opciones posibles.

—Vale. —Le doy la razón y me desplomo en una de las sillas de la cocina. Jugueteo con el acerico para mantener las manos ocupadas y espero a que Payton empiece.

—Muy bien, supongamos que entras el lunes y te despiden.

Se pone en pie mientras habla y se dirige a la despensa, de donde vuelve con una caja de galletitas saladas con queso.

—Sí —asiento. Ya me he imaginado por lo menos cuatro formas distintas en las que podría ocurrir.

—Así que regresas al coche, conduces hasta casa y lloras. Compraré pizza después del trabajo y lloraremos un poco más. Y el martes encontrarás un trabajo nuevo.

Se mete una galletita en la boca y encoje un hombro, como si eso lo solucionara todo.

—Payton —protesto y pongo los ojos en blanco—. No funciona así.

—Funciona exactamente así. Estamos en Las Vegas. Hay empleos por todas partes —afirma levantando la tapa de su portátil—. En esta página de empleo aparecen trescientas treinta y cuatro ofertas de trabajo cuando buscas

«recursos humanos». Supongamos que doscientas son relevantes y supongamos que estás cualificada para cincuenta de ellas. ¿Podrías inscribirte a cincuenta ofertas de trabajo esta misma noche!

Bueno. Me encojo de hombros.

—Eso no quiere decir que vaya a conseguir alguno.

—No. —Payton me da la razón y cierra el portátil de golpe—. Pero podrías trabajar de camarera. Tienes veintidós años, eres atractiva y tienes buen cuerpo. Lo petarías con las propinas. Probablemente ganarías el doble de lo que te pagan en el Windsor.

—¿De verdad lo crees?

—Acabo de hablar con una chica en la piscina. Me ha contado que dejó su trabajo como profesora porque gana el doble de camarera en el Wynn.

—Venga ya.

—Te lo juro.

—¿Estás segura de que no era prostituta?

—No era prostituta. Aunque ese siempre sería un buen plan B para ti. —La seriedad total con la que responde Payton hace que me eche a reír—. ¿Estás mejor ahora? No puedo irme a la cama hasta que no sepa que no vas a pasarte toda la noche en vela haciendo pijamas con sábanas.

—Sigo avergonzada, Payton. —Gruño y oculto el rostro entre las manos. El pelo me cae como una cortina alrededor de los dedos extendidos—. Me quedé allí plantada balbuceando sobre lo bueno que había sido el beso y luego le ofrecí... ni siquiera sé lo que le ofrecí. Le di carta blanca, porque ¿qué incluye la expresión «lo que quieras»? Implica un poco de todo, ¿no? Hasta donde yo sé, puede que le haya sugerido unos azotes y sexo anal.

—Oh, claro que le has ofrecido unos azotes y sexo anal.

—Mierda —protesto desde detrás de las manos.

—Le has alegrado el día, pequeño saltamontes. Hazme caso. Además, he visto a ese tío, no puedes ser la única mujer que se le haya propuesto. Está buenísimo.

—¿Así que quizá está tan acostumbrado a que las mujeres le tiren los trastos que no se acordará de lo de hoy?

—Por supuesto. —Asiente con seriedad y se mete otra galletita en la boca.

—Lo dudo, pero agradezco que me mientas para animarme.

Capítulo 6

Rhys

Lo que quieras.

Golpeteo la mesa de la sala de reuniones con las yemas de los dedos e intento centrarme en la reunión que dirige Canon sobre seguridad, pero no puedo. No puedo porque mi mente está centrada en Lydia.

Me molesta porque no soy el típico hombre que se distrae con cada tía que pasa.

Y mucho menos con una buena chica.

Joder.

Esa chica me hace sentir algo. Principalmente enfado, porque estoy pensando en ella en vez de en esta reunión.

«Y lo que quieras. Si te interesa.»

Debo de haber gruñido en voz alta al recordar esas palabras, porque Canon me lanza una mirada antes de volver a centrar la atención en el presidente de la empresa a la que compramos el equipo de vigilancia. Hablan de utilizar un paquete tecnológico que revela relaciones entre personas; relaciones que podrían utilizarse para estafar al casino. En cuanto apareces en una de las cámaras, la imagen se almacena en la base de datos y empieza a establecer conexiones, lo que significa que, cuando un cliente se sienta a una mesa, el sistema intentará relacionar al cliente con el crupier. También comprobará todas las bases de datos de archivos policiales en busca de fotos, personas desaparecidas y gente en posesión de armas registradas. Y, por

supuesto, las redes sociales y anuarios, cualquier foto que se haya subido a una base de datos pública. Si el sistema de seguridad no consigue identificar quién eres en catorce segundos, enviará una alerta al equipo de seguridad, porque eso significa que no hay ninguna imagen tuya documentada en internet. Y eso es muy sospechoso.

Lawson interviene con una serie de preguntas jurídicas, preguntas que yo también debería estar haciéndome, pero no. Suerte que Lawson es experto en su trabajo.

Mi capacidad de atención se ha ido al traste. Está centrada en una mujer dulce de veintipocos que hace que se me ponga dura. Más dura de lo que debería, si nos basamos en las interacciones limitadas que ha habido entre nosotros. Mucho más dura de lo que debería por una chica como ella. Y, aun así, mi mente viaja al recuerdo de sus labios sobre los míos, tan suaves, tan impacientes. A cómo olía a luz del sol y sabía a bálsamo labial de menta. A la forma en que sus pestañas aleteaban contra sus mejillas antes de posar sus grandes ojos verdes en mí y me mirara como si fuera lo más importante del mundo. Al interrumpir el beso vi que se le habían suavizado las pupilas y la sujeté con firmeza para que no se cayera. Para no sentir la tentación de apretarle la erección contra el vientre.

Una erección por un maldito beso.

No me van las buenas chicas. Ya no. O nunca, en realidad.

Lo mío es lo temporal. Las mujeres hermosas, fáciles y pasajeras. Por eso Las Vegas es el sitio perfecto para mí. Es una fuente interminable de mujeres que buscan su momento de «lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas». Luego se van y regresan a sus vidas tranquilas, a sus trabajos dinámicos o a sus novios. Ni lo sé ni me importa.

Cuando no son turistas, son *strippers*. También me gustan las prostitutas. Es de mal gusto, ya lo sé. Soy un desgraciado, ya lo sé. Puedo aspirar a algo mejor, ya lo sé.

Lo sé, lo sé, lo sé.

No estoy insatisfecho con mi vida. No busco nada, a nadie. Simplemente he aprendido que hay mujeres a las que puedes pedirles ciertas cosas y otras a las que no. «Ábrete de piernas. Inclínate. Atragántate con ella. Vete.», cosas por el estilo.

Joder. Lydia estaba en la sala de descanso que hay más cerca de mi

despacho, así que debe de trabajar en el cuarto piso. De puta madre.

«Y lo que quieras».

No queremos lo mismo, Lydia.

Capítulo 7

Lydia

—¿A qué hora quieres ir a Ikea?

Payton bosteza al cruzarse conmigo de camino a la cocina.

—¿Quieres venir a Ikea conmigo?

La miro sorprendida mientras levanto el prensatelas de la máquina de coser y tiro de la tela. Recorto los hilos y me pongo en pie, sujetando los pantalones de pijama que acabo de terminar delante de mí para inspeccionarlos.

—Claro que no quiero ir, pero soy muy buena amiga

—bromea Payton, y se sirve una taza de café. Se da la vuelta con la taza en la mano y me observa mientras examino el pijama—. Oye, son muy bonitos.

Deja el café, me quita los pantalones y se los sujeta contra las caderas.

—¡Ja! ¡Te dije que querrías un par cuando los terminara!

—¿Eres una ninja de la costura en secreto o algo así? —Se aparta los pantalones de las caderas e inspecciona el dobladillo ancho que he hecho a partir del ribete de un juego de fundas de almohada—. Empiezo a pensar que tú aprendías conocimientos básicos cuando yo me enrollaba con chicos en la parte trasera de un coche.

—Creo que lo próximo que haré será un vestido.

—Vale, no nos volvamos locas. —Payton dobla los pantalones de pijama por la mitad y los coloca sobre una de las sillas de la cocina—. Un momento,

¿cuántos pares has hecho? Has dormido esta noche, ¿verdad?

Coge un par de pantalones de pijama con un lazo hecho con cordón ajustable de satén y frunce el ceño.

—Solo he estado despierta un par de horas. Son muy fáciles de hacer. Mira, para ese he hecho una camiseta a juego.

Levanto una camiseta sencilla de tirantes finos con un retal de encaje cosido al escote redondo.

Payton sujeta la camiseta por los tirantes con las yemas de los dedos y la examina.

—Vaya, ¿qué más sabes hacer? ¿Sabes batir mantequilla? ¿Sabrías tejernos una manta de ganchillo? Madre mía, apuesto a que sabes cocinar un pavo para Acción de Gracias, ¿a que sí? —Se deja caer en una silla junto a la mesa y me coloca una mano en el antebrazo—. Lydia, ¿ganaste la insignia de ama de casa de los años cincuenta?

Pestañea y abre mucho los ojos, interrogante.

—Bah, no existe la insignia de ama de casa de los cincuenta, lo sabrías si no te hubieran expulsado. Aunque sí que gané la insignia de las cenas.

—Joder. —Aparta las manos de mí y se reclina en la silla, mirándome con una expresión semejante al miedo—. Lo decía en broma. ¿Hay una insignia de las cenas? Venga ya.

—Que sí. Además, para tu información, tejer ha vuelto a ponerse de moda y no, no sé tejer. Podríamos ir a una clase juntas.

Me burlo de ella porque sé que no hay ninguna posibilidad de que Payton se apunte a una clase de tejer conmigo.

—No creo que sea gato de mi devoción —responde ella.

—¿Gato de mi devoción? ¿Te refieres a santo de mi devoción?

—No, no me gustan los santos.

Bosteza y estudia otro par de pantalones de pijama.

—Es un refrán, Payton. No tienes que cambiar el santo por algo que te guste más.

—Eh, no estoy de acuerdo. Bueno, a lo que iba, ¿Ikea?

—¿De verdad merece la pena que me compre material de oficina nuevo si me van a despedir?

—Uf, ya vale con lo de que te van a despedir —Payton gruñe dentro de la

taza de café—. No te van a despedir. Y tampoco te vas a pasar todo el fin de semana haciendo pijamas de sábanas. Vamos a la piscina, después iremos a Ikea y saldremos a cenar.

* * *

Payton es muy astuta. Por eso no me di cuenta de que «ir a Ikea y a cenar» era una artimaña para hacerme salir a socializar. Sí que fuimos a Ikea. Hasta condujo ella. Y luego condujo hasta el bar.

—¿En serio, Payton? —le pregunto cuando deja el coche en una plaza de aparcamiento en Hennigan's—. Has dicho que íbamos a ir a cenar.

—¿Qué? Podemos pedir palitos de pollo aquí. Eso cuenta como cena. —Baja la visera de golpe mientras busca el brillo de labios en el bolso y lo destapa—. He quedado con un par de tíos de la piscina.

—¿Es una cita? ¿Me has tendido una trampa para organizarme una cita?

Me giro hacia ella confundida mientras intento descifrar cómo se las ha arreglado para hacer planes para esta noche mientras estaba con ella en la piscina. Es obvio que se le dan mucho mejor estas cosas que a mí. Me pregunto qué chicos serán. No he visto a nadie hoy que pudiera compararse con Rhys, pero puede que haya llegado el momento de dejar de ser tan quisquillosa. A lo mejor mi problema es que soy poco razonable.

—Eh, no. No es una cita. —Sacude la cabeza y arquea una ceja con escepticismo, mirándome—. Son un par de tíos que viven en nuestra urbanización y que han quedado con nosotras en este bar, que está a menos de dos kilómetros de donde vivimos.

—Ah, vale.

—Relájate, pequeño saltamontes. Solo vamos a tomar algo.

—Buena idea.

—¿En serio? —Ahora ya no esconde sus sospechas, no hace nada por ocultar los ojos entrecerrados o los labios fruncidos.

—De verdad. —Bajo la visera y examino mi reflejo—. Bien jugado, pero la próxima vez avísame para que lleve algo mejor que una camiseta con una frase sobre tacos.

Me quito la goma del pelo y lo sacudo para después peinármelo con los

dedos. He cogido algo de color hoy y me he puesto máscara de pestañas antes de salir de casa, así que no está mal.

—Pero mañana voy a estar todo el día haciendo pijamas con sábanas y no quiero oír ni una palabra al respecto —le digo, moviendo las manos en el aire y agitando los dedos.

—Vale. Aunque me decepciona que haya sido tan fácil. Me estaba preparando para arrastrarte hasta el bar —añade Payton mientras salimos del coche.

El calor me golpea en cuanto saco una pierna del coche. Solo estamos a unos veintiún grados y son las ocho de la tarde, pero sí, tal y como dicen, el calor es seco.

—Siento decepcionarte. —Cierro la puerta del copiloto de un portazo—. Si sirve de algo, esta vez no voy a enrollarme con nadie. No te estoy retando, no voy a hacerlo.

—¿Por qué no? La mejor forma de superar a un tío es ponerse debajo de otro tío.

—Nunca he estado debajo de Rhys.

—Es un decir.

Una vez dentro, escogemos una mesa y pedimos un par de cervezas. No me apasiona la cerveza especialmente, pero qué demonios, donde fueres haz lo que vieres. Me pregunto si todo el mundo pide cerveza en los bares. Quizá no es una buena analogía. ¿A lo mejor debería haber pedido vino? No estoy segura de si los palitos de pollo pegan con el vino. En fin, da igual..., ya me han servido la cerveza.

Josh y Dan también han llegado. Los reconozco de la piscina y Payton me recuerda quién es quién antes de que se acerquen a nuestra mesa. Unos minutos después llega un tercer chico al que no reconozco, pero que parece ser amigo de ellos. No llego a oír su nombre y él no parece tener mucho interés en saber el mío, así que no me molesto en preguntarle. En cualquier caso, Payton no mentía. No es una trampa ni una cita. Solo somos varias personas que se han juntado para tomar algo, tal vez para iniciar una amistad. O algo más, quién sabe.

Socializar es difícil.

No tengo ninguna fobia a socializar en particular ni nada por el estilo. Se me da bien el protocolo social y hacer amigos. Durante mi época con las

Exploradoras gané todas las insignias de conocimientos básicos que se pueden obtener.

Pero los bares son diferentes. Por ejemplo, repartir posavasos para evitar que se quede la marca en la mesa no se considera una ventaja social.

Lo cual es absurdo, pero bueno. Mojo un palito de pollo en un recipiente de miel con mostaza y presto atención a lo que Josh me explica sobre su trabajo. Parece interesado en mí. No interesado excesivamente, sino normal, lo cual es agradable.

Es atractivo.

Es atento.

Está soltero.

Y yo no siento nada.

Tal vez sienta algo si lo intento con más ganas. Tal vez funcione así. Quizá no siempre se siente un deseo inmediato, cegador e inexplicable.

Como me ocurrió con Rhys. ¿Por qué había sido tan inmediato con él? Tan instantáneo que me irritaba. La primera vez que lo vi lo deseé incluso antes de que me pillara mirándolo.

«Céntrate en Josh».

Pido otra cerveza e intento centrarme. En Josh. En el bueno de Josh. En el Josh de edad apropiada. No en Josh, el jefe del jefe de mi jefa.

Anoche busqué información sobre Rhys. Claro que sí. Después de que Payton me arrancara la regla de corte de la mano y me mandara a la cama, me tumbé en la oscuridad a buscar a Rhys Dalton por internet. No sé qué buscaba exactamente, no es que fuera a encontrar un artículo sobre otra chica que hubiera hecho el ridículo todavía más que yo delante de él.

Bueno, vale, sí que busqué ese artículo. No existe, por supuesto. Entonces busqué en Google «hacer el ridículo delante del chico que te gusta» para animarme. Tras leer dos historias decidí que lo mejor era dejar de leerlas por si mi mente almacenaba inconscientemente formas adicionales de hacer el ridículo.

En fin, no encontré mucho sobre Rhys. Solo un par de cosas de negocios aburridísimas. No encontré que tuviera mujer o novia, pero tampoco tiene un perfil de Facebook que pueda husmear. El único perfil de redes sociales que encontré es el de LinkedIn y esa página no está diseñada para espiar a tu jefe.

O por lo menos no para encontrar cosas interesantes.

Tiene treinta y cuatro años. Es probable que sea un poco mayor para mí. Pero tampoco es que tenga complejo de Electra, así que no hay problema. Crecí con dos padres. Con dos padres perfectos que me adoraban y se adoraban el uno al otro. Mi infancia fue todo lo contrario a disfuncional. Fue totalmente funcional, en un ambiente poco convencional. Así que no, no necesito que nadie ejerza de padre, y si quiero perder la virginidad con un hombre que probablemente sea un poco mayor para mí. Es mi decisión, ¿no?

—¿Lydia? —Josh me está haciendo una pregunta y no le estoy haciendo mucho caso. Porque estoy pensando en el maldito Rhys.

—¿Qué?

Le sonrío y reanudo mi esfuerzo por prestarle atención. Tiene el pelo bonito. Y es simpático. Me habla y probablemente respondería si le hiciera ofreciera lo que él quisiera en lugar de mirarme fijamente como si la oferta fuera poco generosa.

—¿Quieres jugar a los dardos?

Señala con la cabeza una diana que hay cerca de nuestra mesa. Tiene ojos amables y parece interesado de verdad en mi respuesta, en que diga que sí.

—Claro. —Dejo la cerveza sobre un posavasos y golpeo la mesa con la mano—. Vamos a ello.

Me refiero a jugar a los dardos, no a nada sexual. Por ahora. Aunque puede que cambie de opinión. No esta noche, no nos volvamos locos. Pero puede que Josh empiece a gustarme. Puede que nos hagamos amigos. Es bastante divertido y me cae bien. Puede que el cupido mágico y esquivo del deseo dé en el blanco. Nunca se sabe.

Capítulo 8

Rhys

—¿Qué coño hacemos en un bar en Henderson?

Canon hace una mueca y sacude la cabeza, confundido, mientras yo dejo el coche en una plaza de aparcamiento delante de Hennigan's.

—Es el local de un amigo mío. Le dije que me pasaría a verlo.

—Sí. Ya sé que se lo dijiste. Por eso trajiste a tu primo el fin de semana pasado.

Mierda. Me había olvidado de que lo sabía.

—Es solo una cerveza rápida, Canon —le digo, ignorándolo—. Iremos a Strippers, Strippers, Strippers en cuanto acabemos.

—No seas capullo. Sabes que se llama Double Diamonds, no Strippers, Strippers, Strippers. También sabes que es mi local de *striptease* favorito. Respeta mis aficiones.

Cierro el coche con el mando a distancia y me encuentro con Canon delante del parachoques. Tiene razón. Yo tampoco tengo ni idea de qué coño hacemos en un bar de Henderson, la verdad. ¿Espero volver a verla? Sé que volveré a verla. El lunes, en el trabajo. Donde me guardaré los besos y las ideas sucias para mí mismo, porque tiene veintidós años. Y es mi empleada.

Sí.

Veintidós años.

Soy un perverso por pensar siquiera en ella. Y, en primer lugar, un capullo por utilizar su ficha de empleada para buscar información. Es solo

que... ¿por qué tuvo que ofrecerme algo así? «Lo que quieras». Y quiero. Claro que quiero. Joder, no soy un santo.

Además de pervertido, sería mentiroso si no admitiera que la relativa inexperiencia propia de las chicas de su edad me excita. Estoy muy seguro de que seré mejor que cualquier cosa que haya experimentado hasta ahora.

—Canon, ¿cómo era la regla del límite de edad?

—¿Qué regla?

Me guardo la llave del coche en el bolsillo y me paso la mano por la nuca con nerviosismo.

—La de lo joven que puede ser un ligue. Es sumarle cinco años a la mitad de tu edad, ¿no? Dios, ¿por qué te pregunto a ti?

Giro el cuello y miro fijamente la entrada de Hennigan's.

La mirada que me lanza hace que me arrepienta de haberlo mencionado. Debería haberle preguntado a mi primo: ese cabrón británico y pretencioso hubiera sabido la respuesta.

—Es la mitad más siete, no cinco. Y es para salir con ellas, no para follárselas. No hay reglas para follar, a menos que tenga dieciocho años. Aunque con dieciocho sigue siendo muy muy cuestionable. Si te estás follando a una adolescente quiero que pares y evalúes tu vida.

—Vale. La mitad más siete. —Asiento como si no importara. Ya me arrepiento de habérselo comentado a Canon.

—Dime que hablamos de una veinteañera. Dime que no tienes las pelotas a punto de estallar por una adolescente.

—Por dios, relájate. No. Da igual, no voy a hablar contigo de esto.

Señalo la puerta del bar con la cabeza y echo a andar.

—Por eso el Double Diamonds es mi local preferido. Vince no las contrata a menos que tengan veintiuno.

—¿Qué?

—También tienen muchas ventajas.

—¿Qué? —Me detengo para poder mirar a Canon—. ¿De quién coño hablas?

—De las *strippers* del Double Diamonds. Reciben el pack de ventajas completo. Seguro médico, reembolso de los gastos de matrícula. No pagan para salir al escenario. ¿Sabías que en la mayoría de los locales cobran a las

bailarinas solo por trabajar? —Esto último lo suelta en un tono de indignación por el trato del patriarcado hacia las trabajadoras de los clubs de *striptease* modernos.

—¿Cómo...? —vacilo y lo miro fijamente, sin palabras—. ¿Por qué sabes todo eso?

—Jugué al golf con Vince la semana pasada.

—Genial. Me alegra oír que estás haciendo nuevos amigos.

—No te pongas celoso. Estabas ocupado. —Canon se mira el reloj y echa una ojeada a Hennigan's—. Dios, espero que tu adolescente no esté pasando el rato en un bar.

—Cállate ya. No es una adolescente. Y no es mía.

No es mía y no está en el bar.

Me doy cuenta en cuanto cruzamos el umbral de la puerta, como si esperara encontrarla en el mismo asiento en el que estaba la semana pasada, esperándome. Probablemente porque sé muy bien que vive al final de la calle porque he leído su expediente laboral.

Solo quería confirmar el departamento en el que trabaja, con la ligera esperanza de que estuviera en la cuarta planta solo para acudir a una reunión y que verla no fuera a ser algo común. Pero no. Está en recursos humanos, en el cubículo 4W-28, lo cual la sitúa en el lado oeste del cuarto piso. Demasiado cerca de mi despacho.

Maldita sea, por eso me fui. No me la follé en el despacho de Brady el fin de semana pasado, aunque quería hacerlo, porque no estoy acostumbrado a tomar decisiones equivocadas. Así que la mandé a casa, donde debería estar. Lejos de un hombre como yo, un hombre al que solo le interesa una cosa, porque el suave parpadeo de sus ojos y el optimismo inocente de su cara me decían que estaba interesada en algo muy distinto. Entonces va y aparece en mi trabajo. En el Strip de Las Vegas trabajan casi doscientas mil personas y ella tenía que trabajar en mi casino. A menos de treinta metros de mi despacho.

Joder.

No necesito distracciones y estoy segurísimo de que ella no me necesita a mí. Mi prioridad es abrir el complejo. Nada más, nadie más. Es mi momento. Es mi oportunidad de contribuir a que la empresa de la familia perdure. Esta aventura fue idea mía. Fui yo quien lo propuso a la junta y el que puso el

dinero para la inversión. He sido yo el que ha dedicado los últimos cuatro años a comer, vivir y respirar con el único objetivo de convertir al Windsor en la rama más rentable del negocio familiar.

Yo.

Además, yo follo. No salgo a cenar con mujeres y las llevo a Connecticut a conocer a mis padres.

Céntrate.

Soy un hijo de puta privilegiado. No, no es cierto. Soy el hijo privilegiado de una heredera. Mi tatarabuelo fundó una empresa que nos ha garantizado estabilidad económica durante generaciones. Desde entonces, cada generación, en lugar de descansar, se ha dedicado a fomentar el crecimiento de la empresa. A hacerla más grande, mejor, más exitosa.

Mi madre se encarga de la división norteamericana de Sutton Corporation desde hace dos décadas. Es una mujer a la que hay que tomarse muy en serio y, a sus cincuenta y tantos años, no está lista para pasar el testigo. Hace dos años nombraron director ejecutivo de la empresa a mi primo.

Podría haberme ido a freír espárragos durante el resto de mi vida y no hubiera importado. La empresa habría seguido funcionando sin mí. No soy una parte fundamental, como mi madre o mi primo o mi tío, que dirige los cruceros. Con veinte años luché mucho por encontrar mi lugar en el conglomerado. Un lugar que importara, que abriera un capítulo en vez de una nota a pie de página.

El Windsor es el encabezado del capítulo, mi legado.

No se me escapa que mi contribución duradera a la humanidad será la cara apertura autoindulgente de un hotel de lujo en el Strip de Las Vegas, no una organización benéfica, la abolición de la desigualdad racial o una inversión en la educación pública.

Brady está detrás de la barra, más bien observando que atendiendo a los clientes, por lo que cuando nos ve llegar se acerca a nosotros y nos saludamos con el obligatorio apretón de manos y las palmaditas en la espalda.

—Dos fines de semana seguidos. Vaya. —Brady se cruza de brazos y se apoya en la barra—. O te ha impresionado mucho mi cerveza artesanal o has vuelto por la chica.

Gracias, Brady.

—Está clarísimo que no hemos venido a Henderson por la cerveza —

murmura Canon mientras se sienta en un taburete—. Aquí se puede pagar con tarjeta, ¿no?

Estoy a punto de mandar a Canon a paseo cuando Brady inclina la cabeza hacia el otro lado de la estancia. Así que sí que ha venido. Me inunda una descarga de adrenalina y algo más, algo distinto. Siento cierta euforia al volver a verla, una emoción desaprovechada en un hombre que solo busca echar un polvo. Es como si fuera un adolescente y esta fuera la primera vez que me acuesto con una mujer, cuando no lo soy y no es el caso.

A lo mejor solo tengo que quitarme el gusanillo. Solo probarlo, un polvo rápido. Que los dos pasemos un buen rato y luego sigamos adelante. Y el lunes, vuelta al trabajo. Me giro en el asiento y echo un vistazo al bar mientras Brady nos pone un par de cervezas. La localizo. Está arrancando los dardos de una diana de corcho; el pelo oscuro le cae por la espalda y la luz destaca los reflejos que le recorren la melena. Lleva una falda tejana que se ajusta a la curva del trasero y el espectáculo hace que apriete mis dedos impacientes alrededor del vaso. Que se ponga de puntillas para agarrar un dardo que se encuentra fuera de su alcance no ayuda, ya que su trasero se levanta todavía más al estirarse.

Es pequeña, algo que hace que sienta la absurda y anticuada necesidad de protegerla. Como si necesitara que la llevara en brazos para pasar encima de un charco o que le comprara algo bonito. No necesita ninguna de las dos cosas. Aun así, sería muy fácil levantarla en brazos, que me rodeara las caderas con las piernas mientras me introduzco en ella, agarrarla del culo para hacerla brincar arriba y abajo en mi polla y que me tirara del pelo mientras me pide más, más, más.

En mi mente suplica con pequeños gemidos: «Por favor, Rhys. Más, Rhys».

Se da la vuelta y le dedica una sonrisa a alguien que está a su espalda. Sonríe de oreja a oreja. Un mechón de pelo le cae por la mejilla y los ojos le brillan por la risa. A simple vista parece llevar el rostro desprovisto de maquillaje, lo que solo sirve para que parezca más joven y que tiene menos intenciones de seducir.

Como si sus objetivos fueran mucho menos deliberados que los de la mayoría de las mujeres. Menos ensayados. O puede que simplemente no tenga ni idea del efecto que tiene sobre los hombres, pero no puede ser verdad.

Poso la mirada en lo que la hace sonreír. O, más bien, en quien la hace sonreír. Un hombre. ¿Por qué me sorprende? Como si fuera a quedarse esperándome desde... ayer, cuando me ofreció que hiciéramos lo que quisiera. En serio, ¿qué coño pasa?

Resoplo y vuelvo a centrarme en la bebida.

Después vuelvo a mirar a Lydia.

Canon me observa y pone los ojos en blanco.

—Madre mía.

—Que te den.

Me llevo el vaso a los labios y doy un trago con la mirada clavada en mi buena chica mientras ella lanza un dardo. Dice algo que hace reír al hombre y yo me pregunto si han llegado juntos. ¿Dónde coño está la rubia prepotente con la que estaba la semana pasada? Supuse, como el capullo arrogante que soy, que estaría aquí con su amiga. Esperando a que llegara yo y a que repitiéramos «lo del beso», como lo había llamado ella. Doy otro sorbo y examino el bar hasta dar con la rubia. Está en una mesa con dos tíos. Lo que significa que son cinco y no es una cita. O es una cita con mucho morbo.

—Lydia Clark. Recién graduada en la Universidad Estatal de Luisiana. Nueva empleada del Windsor. Veintidós años. —Canon me guiña un ojo con dramatismo ante este último detalle y después continúa—. De pequeña tenía un perro que se llamaba Scout...

Dejo de observar a Lydia para interrumpir a Canon.

—¿Cómo lo sabes?

—Me pagas para que me haga cargo de la seguridad, ¿recuerdas? Lo sé todo.

Me lanza una mirada significativa, como si fuera una especie de vidente.

Es espeluznante.

—Y también porque le hice una foto y la pasé por el *software* que utilizamos en el casino —añade.

Eso tiene mucho más sentido que lo de que sea omnisciente.

—Vale, pero ¿cómo sabes lo de su perro? No lo ponía en su expediente laboral.

—No, lo vi en una publicación de Instagram de la semana pasada —dice mirando su teléfono—. *Hashtag* TBT. —Lee en voz alta—. Cuelgas un

recuerdo cada jueves y Lydia colgó una foto en la que salía ella con diez años con su perro. ¿Lo ves?

Gira el móvil hacia mí y se lo arranco de la mano con más irritación de la necesaria. Me está provocando para divertirse. Ahí está. Una Lydia preadolescente y su perro. Lleva un uniforme de las Exploradoras. Joder. Lanzo el teléfono de Canon a la barra del bar con repugnancia.

—¿Sabes que cuándo tengas cuarenta años ella tendrá veintiocho?

—Sí, lo pillo, soy viejo. Ella joven.

Me pregunto si de verdad están los cinco en una cita. Tal vez es lo que les gusta a los jóvenes de hoy en día.

—No, imbécil. Me refiero a que, cuando tengas cuarenta años, la mitad de tu edad más siete serán veintisiete. Cuando tengas cuarenta, Lydia tendrá veintiocho.

—Así que, ¿si puedo evitar tocarla durante seis años no seré un perverso? Gracias, es de gran ayuda.

—Lo único que digo es que, si se va a nivelar en los próximos años, ¿para qué vas a retrasar la satisfacción?

—No soy experto en moralidad, pero creo que no funciona así.

Al otro lado del bar, el tío con el que Lydia juega a los dardos se coloca detrás de ella y le pone una mano en la cintura y la otra sobre la mano con la que sujeta el dardo. A ella se le da bien lanzar los dardos, así que es un intento muy patético por su parte.

Me pregunto si lo besaré. Si le ofreceré algo más.

Me pregunto por qué coño me importa.

Me pregunto si estoy teniendo una especie de crisis de la mediana edad. Desafía cualquier lógica razonable. ¿Por qué siento la necesidad de tocar a esa mujer en particular? ¿Qué más da? Hay por lo menos diez mujeres en el Double Diamonds que se irían conmigo a casa esta noche, mujeres que ya se han ido conmigo en el pasado. Mujeres a las que les pago para poder echarlas cinco minutos después de correrme.

Mujeres que no me miran como si esperaran más de mí.

Joder.

—Deberíamos irnos —murmuro, pero sigo mirando a Lydia.

—Sí. —Canon me da la razón, pero no hace mucho por levantarse. Ni

siquiera aparta los ojos del partido que retransmiten en una de las televisiones del bar.

Lydia debe de notar mi presencia a su lado antes de verme, porque se gira un instante antes de que la coja de la mano. Abre mucho los ojos por la sorpresa y pestañea tan rápido que las pestañas le aletean contra las mejillas. Separa los labios y los vuelve a juntar, esbozando una sonrisa. Se ruboriza, el color le cubre las mejillas, y vuelve a lanzarme esa mirada. Expectante. Dios, me mira con esperanza.

¿Qué estoy haciendo?

Tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme, porque soy más alto que ella. Envuelvo su suave mano con la mía, algo más áspera. Después la aprieto y se le acelera la respiración. Le brillan los ojos y el rostro se le ilumina de pura expectación.

—¿Rhys? —pregunta, y oír mi nombre saliendo de sus labios hace que se me acelere el pulso y se me ponga dura.

No respondo, en lugar de eso, tiro de su mano y voy hacia el despacho de Brady. Me abalanzo sobre ella en cuanto cruzamos el umbral de la puerta y nos convertimos en una maraña de labios, lenguas y mechones de pelo.

Hasta que oímos que la silla de Brady se arrastra por el suelo. Lydia se separa de mí con un chillido.

—¿Otra vez en mi despacho? Ya me acompaño yo solo hasta la puerta —farfulla Brady al pasar por nuestro lado. Después cierra la puerta detrás de él con un clic.

Me río y Lydia se ruboriza.

—¿Quién era ese tío?

—¿Quién?

Parpadea con total confusión y yo estoy satisfecho de que no recuerde al hombre con el que estaba hablando hace dos minutos.

—El de los dardos —le recuerdo y ella baja la vista hacia la mano, en la que todavía sujeta los dardos que le tocaba tirar. Abre la mano y los mira fijamente. Después vuelve a mirarme a mí.

—¿Josh? —responde, pero parece más bien una pregunta, como si se hubiera olvidado de su nombre. Buena chica—. Es solo un chico de mi urbanización. Lo hemos conocido hoy en la piscina.

Me he dado cuenta de que ha cogido algo de color hoy, una constelación de pecas le cubre la nariz y las mejillas. Me molesta la idea de que el estúpido de Josh la haya visto mojada y cubierta con tan poca tela.

—Tenemos piscina en el hotel —le digo.

—Ya y yo tengo piscina en el apartamento —responde con una risita, como si solo estuviéramos comparando comodidades. Sus ojos me recorren el rostro en busca de una pista que le haga entender de lo que hablo.

Ni siquiera yo lo sé, así que la beso. Le quito los dardos y los lanzo hacia el escritorio de Brady.

La beso otra vez. Ella se acerca más a mí y me coloca las manos en el pecho. Me toca con suavidad, ¿con timidez? Pero sus labios denotan impaciencia. Son dóciles, suaves y dulces. Sus besos parecen un avance de cómo sería el sexo con ella. Ansioso. Íntimo. Exploratorio.

Nos dirijo hacia el sofá de espaldas, dándole las gracias en silencio a Brady por ser tan previsor y colocar un sofá en su despacho. Ella aterriza sobre mi pecho y noto su cuerpo suave y ligero sobre el mío, pero lo que me llama la atención son sus ojos. Los tiene muy abiertos, como si le sorprendiera la situación en la que se encuentra, aunque no debería después de habérmelo propuesto ayer mismo. Aunque tal vez no es un comportamiento propio de ella. Tal vez hay algo de mí en concreto que le hace hacer cosas que se salen de la norma.

Descubro que me gusta la idea.

La mirada de sorpresa solo dura un segundo, antes de que la reemplace lentamente por una sonrisa que le cubre toda la cara. Si ya pensaba que era guapa antes, no era nada en comparación con este momento. Asoma la lengua para humedecerse los labios y después agacha la cabeza y se le escapa una risita antes de volver a alzar la mirada. Me mira por debajo de las pestañas, y en sus ojos hay una chispa de emoción. Después desliza las manos hacia arriba por el pecho, extendiendo los dedos para explorarlo, masajeando la zona con las yemas de los dedos como una gatita muy feliz.

Entonces mueve las caderas.

Por Dios, ha movido las caderas. Es un movimiento pequeño, un empujoncito de la pelvis contra mi muslo, buscando fricción, buscando algo más. Le deslizo la mano por la cadera para acariciarle el trasero y vuelve a hacerlo. Esta vez con más fuerza, con más intención, aunque no creo que se dé

cuenta de lo que está haciendo. Tiene las manos ocupadas acariciándome el pecho por encima de la tela de la camisa y los ojos ocupados examinando las zonas que después cubrirá con un beso. Mi cuello. Mi ceja derecha. Mi lóbulo izquierdo. Se detiene allí y tira de la piel suavemente con los dientes antes de pasar la lengua.

Vuelve a mover las caderas.

Coloco mi mano sobre la suya y las deslizo hasta sacar el dobladillo de la camisa de los pantalones y meterlas debajo, posando su mano sobre mi vientre desnudo. Me mira. Otra vez esa breve expresión de sorpresa, con los ojos muy abiertos, seguida de su característica sonrisa entusiasta.

Se aparta de mi pecho lo suficiente para subirme la camisa hasta la mitad del pecho y, en el mismo movimiento, separa las piernas. Las separa para sentarse a horcajadas sobre mi muslo derecho. El movimiento hace que se le arremangue la falda alrededor de las caderas, por lo que lo único que la separa de mi pierna es la ropa interior.

De algodón. Puedo notarlo bajo el tacto de los dedos. Recorro la costura que le rodea el muslo y el borde de la ropa interior con la punta de los dedos y ella se estremece. Sonríe y se muerde el labio en mitad de la sonrisa. Esto hace que se le arrugue la piel de la nariz y que las pecas que le han salido por pasar la tarde bajo el sol se le agrupen de manera adorable.

Vuelve a mover las caderas.

Siento el calor de su coño a través de los pantalones y es increíble. Es increíble porque todavía llevo los pantalones puestos. ¿Qué coño está pasando? ¿Nos estamos... restregando? ¿Una mujer adulta, demasiado joven para mí, sí, pero adulta de todas formas, se está restregando contra mi pierna?

Separa los labios con un jadeo y el pelo le cae sobre la cara en una cascada de mechones. Algunos se le han pegado a los labios, así que estiro el brazo y se los despego para colocárselos detrás de la oreja. Me tomo mi tiempo y le trazo el contorno de la oreja con los dedos. Después bajo por el lateral del cuello y le acaricio la clavícula. Sonríe y, apoyándose en mi pecho con las dos manos para mantener el equilibrio, se roza contra mi pierna.

No recuerdo haberme restregado con nadie desde que me saqué el carné de conducir, así que... ha pasado un tiempo.

Sin embargo, me excita. Me excita mucho ver como se mueve de delante hacia atrás encima de mí. Me sorprende tenerla todavía en los pantalones,

aunque dura.

Dejo caer las manos sobre sus muslos, desnudos porque la falda se le ha arrugado alrededor de la cintura. Noto la piel suave y delicada bajo las palmas de las manos. Tocarla de este modo hace que me sienta mejor de lo que debería. Mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Baja rápidamente la mirada hacia donde mis manos le acarician la piel. Debe de gustarle lo que ve, porque se lame los labios y, cuando su mirada se encuentra con la mía, es una mirada impaciente. Expectante e inocente, del verde más bonito que he visto nunca, un verde que normalmente se asocia con el bosque o con una fiesta irlandesa. Un tono de verde reservado para hombres a los que les importa una mierda apreciar un detalle así. Es una mirada coqueta, curiosa y dulcemente interesada en lo que ve. En mí.

Quiero decirle que no se preocupe. Que no le gustaría lo que descubriría si pasara más tiempo conmigo. Que no soy digno de formar parte de cualquier fantasía idealista de mí que se esté formando en la cabeza. Quiero decirle todo eso.

De verdad que quiero.

Debería decírselo.

Se lo diré.

Pero también quiero ver si consigue correrse solo con balancearse de un lado a otro sobre mi pierna o si necesita un poco de ayuda.

Quiero deslizar la mano en la ropa interior de algodón y comprobar lo húmeda que está. Quiero saber lo duro que tiene el clítoris. Lo impaciente y resbaladizo que está. Quiero saber si le gusta que le trace círculos con la punta del dedo o que presione con el pulgar en el momento justo.

Por Dios, no quiero que deje de mirarme de ese modo.

Sonríe y vuelve a sacar la lengua rosa y perfecta para humedecerse el labio inferior. Se inclina lo suficiente para besarme. Yo la dejo. Mantengo las manos en sus muslos mientras ella vuelve a balancearse sobre mí una y otra vez mientras me da besos suaves en los labios. Cuando saca una mano de debajo de mi camisa para pasarla por encima de mi erección, dejo que lo haga.

Dejo que lo haga, aunque lo que me gustaría es tomar las riendas. Lo que quiero es desabrocharme los pantalones, cerrar los dedos alrededor de mi erección, apartarle la ropa interior hacia un lado e introducirme en el interior

de su coño cálido, húmedo y estrecho. Pero si tomo el control no podré ver cómo me utiliza para llegar al orgasmo. Y eso me pone a mil. Más a mil de lo que sería razonable para alguien de mi edad. También para alguien de su edad, en realidad. Aun así, me está gustando esta sesión de magreo para todos los públicos, así que si quiere seguir con las actividades extraescolares, me apunto. Además, tengo curiosidad por saber adónde llegará todo esto.

Capítulo 9

Lydia

Me inclino sobre Rhys y lo beso. Huele a hombre y a cuero. O puede que el cuero que huelo sea el del sofá en el que nos estamos enrollando ahora mismo, porque ahora soy ese tipo de chica. Una chica que se enrolla con hombres en los sofás de los despachos traseros de los bares. A decir verdad, me gusta bastante en lo que se ha convertido mi vida. En fin, huele bien, me hace sentir bien y está, a ver, está muy muy bueno.

Y es tan considerado. Ni siquiera ha intentado quitarme la camiseta todavía, algo que sin duda le dejaría hacer si quisiera, pero supongo que se lo está tomando con calma. ¿Se supone que tengo que quitarme la camiseta yo misma? No creo que funcione así. ¿Qué pasaría si me quitara la camiseta de golpe y él me dijera: «Hala, Lydia, solo me gustas para besarte, no tanto como para que te quites la camiseta»?

Sería horrible. Sería lo peor que podría pasarme.

Sí que le gusto lo bastante para besarme, así que no quiero echarlo a perder. Le deslizo los dedos hasta su cuello y vuelvo a besarle. Él me acaricia la parte posterior de los muslos con las manos; caricias largas y suaves que van de la mitad del muslo hasta el trasero. Pero se detiene allí y recorre con las yemas de los dedos el límite entre la ropa interior y la piel. Vuelve a deslizar las manos hacia abajo. Siento las palmas enormes contra la parte trasera de mis piernas, su piel cálida contra la mía, y noto que sus dedos me aprietan de vez en cuando al recorrerme de arriba abajo. Y todo eso me está

volviendo loca.

Con eso me refiero a que estoy húmeda y cachonda y a punto de perder la cabeza. Siento como si todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se hubieran desplazado al mismo punto y solo quiero apretarme contra él para aliviarme. Ardo en deseos de que me llene, de tenerlo dentro de mí, así que tengo que apañármelas con restregarme contra su pierna. Me pregunto si estoy apretándole el muslo con demasiada fuerza.

Dejo caer los labios sobre su cuello y lo beso. Lleva una barba corta muy *sexy* que me araña la mejilla y la punta de la nariz mientras le recorro la piel con los labios. También le lamo el lateral del cuello, porque tengo que probar a qué sabe. Gime y me aprieta más contra su pierna con una mano, mientras que con la otra me agarra del pelo.

El tirón casi hace que me corra. Estoy a punto. Descanso la frente contra su cuello y empieza a murmurarme cosas al oído. Me encanta el sonido de su voz independientemente de lo que diga, pero sus susurros graves y roncocos puede que sean mi perdición.

—¿Eres mala, buena chica?

—Puede —le contesto, encogiéndome de hombros, porque ¿quién sabe? Pero creo que es probable que sea mala. Si que me guste que me tiren del pelo es una señal, entonces sí. Claro que sí. Quiero un billete de ida a la ciudad de las chicas malas.

—¿Estás húmeda?

Un momento, ¿de verdad acaba de preguntarme eso? ¿Qué pasa si respondo «Muy húmeda, Rhys.» y él no tiene ni idea de qué hablo porque lo que ha dicho en realidad es, «Me aburro, quítate de encima.»? Obviamente, ninguna de las dos se parece a la otra, pero nunca se sabe, ¿no? Además, no estoy acostumbrada a que me digan ese tipo de cosas. Una vez, en la universidad, me estaba enrollando con un chico cuando me dijo que me iba a poner el pene en los labios. Eso fue lo que dijo de verdad, esa vez no lo malinterpreté. Lo sé porque le pedí que me lo repitiera. Y lo hizo. Palabra por palabra. No sé si esa frase le habría funcionado en el pasado, pero conmigo fue un fracaso. En fin, la cuestión es que tengo experiencia limitada en lo que se refiere a que me digan guarradas y no quiero estropearlo, así que sigo con la cabeza enterrada en su cuello y le froto los pezones con las palmas de las manos mientras espero a ver cómo se desarrolla esto.

—Te noto en la pierna —añade. Tiene los labios sobre mi punto débil, detrás de la oreja, y la voz ronca. Su aliento sopla contra mi cuello y yo me estremezco. Pero...

Madre mía. ¿Le estoy mojando los pantalones? Me voy a morir.

—¿Siempre estás tan húmeda, Lydia? Me estás empapando a través de las bragas. Me estás cabalgando la pierna como si fuera tu vibrador. Me estás utilizando para correrre. —Me tira del pelo para alzarme la cabeza y hacer que nuestras miradas se encuentren—. ¿Verdad que sí?

Me voy a derretir. Me quedo sin aliento y me siento mucho más caliente y húmeda. Y algo humillada. Lo único en lo que puedo pensar es en lo húmedas que estarán mis bragas contra su pierna y en lo caliente que las siento y en que necesito algo más. Solo un empujoncito.

—Dímelo, Lydia. Dilo.

No puedo. Así que simplemente asiento con la cabeza y desvío la mirada cuando emito un sonido extraño, algo que es mitad chillido avergonzado y mitad un gruñido que significa: «Puede que muera si no termino pronto».

—¿Sabes lo *sexy* que eres? ¿Lo loco que me vuelves? ¿Lo mucho que me excitas?

—No. —Sacudo la cabeza y vuelvo a levantar la vista para mirarlo a los ojos—. Esperaba que fuera así, pero no estaba segura del todo, ¿sabes?

Me mira y un deje de confusión le cruza el rostro antes de sonreír como si le hubiera hecho gracia. Le devuelvo la sonrisa, porque es guapísimo.

—Eres un poco calentabraguetas, ¿verdad que sí? Sabes exactamente lo que me estás haciendo.

Bueno, lo noto contra la pierna, así que no soy ajena a ello del todo. Además, eso significa que le gusto para algo más que para besarme, así que le sonrío abiertamente a modo de respuesta.

—Te encanta que te llenen, ¿verdad? —me pregunta, pero es más una afirmación que una pregunta.

Me brillan los ojos y noto que el rubor me cubre las mejillas. Me muerdo el labio inferior a falta de algo que responder a eso.

—Apuesto a que lo tienes muy estrecho. Seguramente tengas que ponerte así de húmeda para que te quepa una polla, ¿verdad? Seguro que te amoldarías tanto a mi alrededor que tendría que esforzarme para no correrme

en el instante en que me deslizara en tu interior.

Madre mía. Nadie me había hablado así antes. Me incorporo un poco y le recorro con los dedos el suave rastro de vello que va del ombligo al borde de los vaqueros. A continuación, muevo la mano hacia el contorno del pene, atrapado contra la pierna, y lo acaricio. Lo quiero dentro de mí. Me siento... vacía. No hay otra forma de explicarlo. Estoy vacía y me muero de ganas de que me llene.

Cuando lo toco, suelta un gruñido que es como música para mis oídos. Ni siquiera es una palabra, solo un sonido grave. Sus manos han vuelto a la parte de arriba de mis piernas ahora que he vuelto a sentarme. Ha colocado los pulgares en el interior de mis muslos y las palmas sobre ellos, repite el movimiento con el que me acariciaba la parte posterior de las piernas. Tengo la falda arrugada alrededor de la cintura, por lo que tiene libertad para deslizar las manos hasta arriba del todo y descansar los pulgares en los músculos tensos de la parte interior del muslo, que tengo estirado contra su pierna. Se detiene en seco y me presiona la piel acalorada con los pulgares antes de rozarme

la banda elástica de la entrepierna de la ropa interior. Sé que la tela que hay en medio está mojada. Me imagino la apariencia húmeda que tendrán mis rizos, con la tela pegada y transparente. Es ropa interior de rayas y de color rosa claro. Es el par que me he puesto hoy cuando he salido de la ducha después de la piscina. Un par de bragas rosa claro con rayas blancas de algodón y cintura alta. Siempre he considerado algo *sexy* cualquier cosa que no sea de color blanco y lisa. Imagino que no es nada comparado con los tangas pequeños hechos de encaje y seda con los que estará acostumbrado a ver a las mujeres.

—¿Quieres que haga que te corras, Lydia?

Tiene los ojos clavados en la mancha húmeda que tengo entre las piernas cuando habla.

—Creo que moriré si no lo haces.

La respuesta se me escapa sin pensar y se me estremece la vagina de expectación. Él sonríe de nuevo, como si de alguna manera le divirtiera. Utiliza el pulgar para apartarme a un lado la ropa interior y frota el otro dedo por el triángulo de vello que ha quedado expuesto con el movimiento. Mantengo la mirada en su rostro mientras la suya se centra en el lugar

necesitado entre mis piernas.

Desliza el pulgar por la carne escurridiza y después lo pasa por encima de mi clítoris y... oh, Dios. Notar el tacto de sus manos sobre mí, ver su rostro mientras me toca, es embriagador. Hace que quiera más. Más de él, más de lo que pueda hacer. Más de sus palabras sucias y de sus dedos traviosos. Más, más, más. Entonces me aprieta el clítoris con el pulgar con firmeza y me corro. No creo que haya necesitado más de tres segundos de presión y, si hubiera tenido control sobre mis acciones, habría aguantado más tiempo, porque sentir que me tocaba ahí no era como nada que hubiera experimentado antes. Antes de él ha habido chicos que me han metido la mano en los pantalones, con caricias vacilantes y dedos que avanzaban a tientas que no me habían hecho sentir nada.

Esta vez no ha sido así.

Para nada.

No se detiene y el orgasmo continúa de una forma con la que no estoy familiarizada de cuando me los provoco yo misma. Estoy acostumbrada a un estallido que me hace apartar la mano de golpe en cuanto ocurre. Rhys mantiene el pulgar donde está, frotando de un lado a otro el bulto húmedo, a pesar de que me aferro a sus antebrazos y me retuerzo. Es demasiado y quiero alejarme. Quiero quedarme. Quiero que el paraíso palpitante acabe. Y quiero que no acabe nunca. Dejo caer la cabeza hacia adelante, mientras un coro de «oh, oh, oh» se me escapa entre los labios.

Cuando se acaba, me desplomo contra su pecho, acurrucada bajo su barbilla mientras el pecho me sube y baja y mi respiración vuelve a la normalidad. Rhys me susurra al oído palabras sobre lo hermosa que soy cuando me corro, sobre lo mucho que ha disfrutado observándome. Haberlo complacido hace que me sienta extrañamente orgullosa.

—Se te da muy bien, ¿eh? —mascullo contra su cuello.

Decido que definitivamente huele muy bien. No es solo el sofá. Huele como un día de otoño en Tennessee. Vigorizante y limpio, a tierra y a hombre.

Se le mueve el pecho cuando ríe y su aliento me calienta la coronilla.

—¿Bien el qué exactamente? Si apenas te he tocado.

—Supongo que se te dan bien los pulgares, no sé. —Vuelvo a murmurar contra su cuello, porque estoy ocupada trazándole la piel con los dedos, intentando aprenderme de memoria con las yemas de los dedos el tacto de su

barba. El filo limpio del afeitado, la piel suave de debajo. Los músculos del cuello. Todo lo relacionado con él me parece muy, muy interesante.

—¿De dónde narices has salido? —pregunta mientras me retuerce el pelo con los dedos.

—Knoxville —Me incorporo y lo miro—. Tennessee

—añado cuando se me queda mirando fijamente. Tardo unos segundos más en darme cuenta de que la pregunta era retórica y empiezo a sentirme estúpida, así que le pregunto de dónde es. No hace que me sienta mejor, pero es lo único que se me ha ocurrido.

—Connecticut —responde él, porque la mía no era una pregunta retórica.

Una pequeña arruga le cruza la frente cuando me examina el rostro. Se pasa el pulgar con el que acaba de llevarme al orgasmo por la lengua, sin apartar la mirada de mí. Contengo la respiración, porque madre mía. Ahora me pregunto en qué está pensando. A qué sabe. Si le ha gustado. También recuerdo que solo uno de los dos ha terminado.

—Sigues excitado —digo acariciándole la erección por encima de los vaqueros. Lo está. La tiene dura. Y grande. Aprieto con cuidado a través del material.

—¿Cómo no iba a estarlo? —me responde con una exhalación.

Me lo quedo mirando, sin saber muy bien qué quiere decir con eso. ¿Significa que soy una especie de seductora capaz de hacer que se le ponga como una piedra a cualquier hombre? Mmm, no estaría nada mal que fuera cierto. ¿O se refiere a que he terminado mientras que él no ha obtenido nada y por lo tanto debería hacer algo para solucionarlo?

—¿Quieres que...?

Sí, ha quedado muy claro. Ni siquiera sé qué acabo de ofrecerle. ¿Una paja? ¿Sexo? ¿Quién sabe? ¿Por qué narices no toma las riendas él? En mis fantasías, él me dice lo que tengo que hacer para que yo no tenga que ir a trompicones. Dice cosas como: «Lydia, quiero follarte. Vamos a mi casa a follar». Claro que suena mejor cuando lo dice él, ya os he dicho que tengo que practicar más para lo de decir guarradas.

—¿Si quiero qué?

Me mira con los ojos entrecerrados. Lo ha dicho con una voz grave e increíblemente *sexy*. Me mira los labios antes de volver a concentrarse en mis ojos. La forma en que me mira es como una caricia. Parece que me recorre la

mejilla con la palma de la mano y me acerca más a él con suavidad, en lugar de simplemente recorrerme el rostro con la mirada.

—¿Si quiero follar? ¿Si quiero aliviar la erección que me has causado? ¿Si quiero descubrir lo apretado que lo tienes? ¿Lo húmedo y caliente que está? ¿Si quiero meterte los dedos para ver si estás lista ahora mismo o si necesitarás otro dedo y que te dilate un poco más antes de introducirme en ti? ¿Que si quiero saber cómo sentiría tu orgasmo al estar enterrado dentro de ti?

Hace una pausa.

—¿Quién no querría algo así, Lydia?

Uf. Vale, entonces parece que queremos lo mismo.

—O puede que quiera probar primero esa boquita. Querría que pudieras con toda. Te abriría la mandíbula con una mano y te metería la polla con la otra, luego te la deslizaría por la garganta hasta que te atragantaras. ¿Te parecería bien, Lydia? ¿Te gustan las mamadas dulces en las que solo rodeas la punta con los labios? ¿O prefieres acabar con la nariz pegada contra la barriga de un hombre y que tu próxima exhalación dependa de que él te deje parar?

Oh.

Vaya.

Es obvio que tendrá que enseñarme a hacerlo.

—Aquí no, ¿no?

Echo un vistazo a la puerta y después vuelvo a mirar a Rhys. No creo que se refiera a hacer todo eso aquí, en el despacho de un bar en el que podría entrar cualquiera. Y el sofá no es mío, ni suyo. ¿Qué pasa si se complica? ¿Qué pasa si... sangro encima del sofá? Siento que me ruborizo de vergüenza y me muerdo el labio inferior.

—¿Por qué no?

Esto... Porque no.

—Porque no.

Encojo un hombro y vuelvo a mirar hacia la puerta. «Porque no quiero que me desfloren en el sofá de un bar, Rhys». Lo que me recuerda que sigo buscando una palabra mejor que desflorar. ¿Desvirginar? Me pregunto si esa palabra existe o me la he inventado.

—Vivo cerca de aquí —le ofrezco en un tono que espero que sea

servicial, ya que he decidido que no es ni el momento ni el lugar para soltarle: «Sigo siendo virgen, ¿te importaría despojarme de esa etiqueta?».

Arquea una ceja al oír mi respuesta.

—¿Solo follas en camas, buena chica? Tienes veintidós años, seguro que lo has hecho en el asiento trasero de algún coche una o dos veces.

—¿Quieres que vayamos al aparcamiento?

No puede ir en serio, ¿verdad? No puedo ocultar el tono de sorpresa de mi voz y estoy segura de que la expresión de mi cara combina con el tono, porque él se echa a reír.

—Eres dulce. Y no vamos a hacer nada.

Entonces me aparta de su regazo y se larga.

Capítulo 10

Lydia

—¿«No vamos a hacer nada»? —Camino de un lado a otro por la cocina repitiendo las palabras una y otra vez—. ¿«No vamos a hacer nada» es incluso peor que «Lo que quieras»!

—Genial. Ahora estáis empatados en lo de decir cosas estúpidas.

Payton da un sorbo al batido que nos ha hecho parar a comprar de camino a casa. Para ser justos, lo compramos en el servicio para coches de Del Taco, así que no hizo falta desviarse mucho. Además, del estrés que sentía me comí un taco de queso entero antes de volver al apartamento, así que no puedo quejarme por haber tenido que hacer una parada.

—¿Qué le pasa con las señales contradictorias y esas gilipolleces?

Agito los brazos antes de desplomarme sobre la mesa, exasperada.

—Vaya. ¿Ahora has empezado a utilizar palabrotas? Hala. —murmura Payton con las cejas arqueadas—. Sí que vas en serio.

—Ves, ¡por eso sigo siendo virgen! Los hombres son supercomplicados. Y estúpidos. Los odio. A todos.

—¿Te me vas a volver lesbiana? Mira, respeto tus decisiones, bla, bla, bla, pero creo que no me interesas de esa forma. Si es lo que me estás pidiendo. Pero a lo mejor podríamos compartir marido. Compartiría un pene contigo sin dudar. Podría funcionar.

—¿Qué? —La miro parpadeo un par de veces—. ¿Me estás tirando los tejos?

—No. —Sacude la cabeza con expresión desconcertada, como si todo hubiera quedado absolutamente claro—. Me ofrecía a compartir un hombre contigo. Hipotéticamente. Si llegara a darse la situación —añade con un gesto de desdén—. Es una oferta muy generosa, deberías ser un poco más agradecida.

—¿Qué? —repito despacio. ¿Se ha vuelto loca? —. ¿Cómo iba a funcionar algo así?

—Como una custodia compartida. A mí me tocaría los lunes, los miércoles y los viernes. ¡Y a ti los martes, los jueves y los sábados! —Le da otro sorbo al batido y me mira con expectación, por si tengo algo que comentar sobre su hipotética custodia compartida de pareja—. He sido muy amable al ofrecerte los sábados, ¿a qué sí?

Vuelve a mirarme, con la cabeza ladeada y el batido en la mano.

—Claro —contesto, aunque nada de lo que ha dicho me ha quedado claro—. ¿Y qué pasa los domingos? ¿Podría irse con cualquier otra mujer los domingos?

—¡No! No seas bruta. —Payton me lanza una mirada asqueada, como si la hubiera ofendido solo con pensar algo así—. Nunca tendría la libertad de escoger a cualquier otra mujer. Sería totalmente fiel a nosotras. Los domingos serían para los tríos. O su día libre. Lo que él quiera.

Me la quedo mirando en silencio durante unos segundos mientras proceso lo que ha dicho.

—Quita. —Señalo la silla en la que está sentada—. Necesito la mesa para hacer pijamas con sábanas. —Cojo un acerico y un par de pantalones a medio hacer y tomo asiento—. Eh... gracias por hacerme una oferta tan generosa. La tendré en cuenta para más adelante.

—No hay de qué. Soy la mejor amiga del mundo.

—Sí que lo eres. Y muy modesta.

—Y se me da muy bien compartir. No te olvides de ese detalle. Creo que vivir como coesposas es un estilo de vida infrutilizado.

—Ajá.

—Por ejemplo, imagina que a Chris Hemsworth le gustamos las dos y quiere casarse con nosotras.

—Chris Hemsworth ya está casado.

—Lydia. —Payton acompaña mi nombre con un suspiro—. No seas tan literal. Imagina que nos encontramos con un Chris Hemsworth soltero.

—Vale.

—Imagina que es mucho mejor de lo que habías imaginado. Más atractivo, más simpático, mejor en la cama.

—Ajá.

—Ahora imagina que nos quiere a las dos. Que quiere casarse con las dos y comprarnos una casa a cada una, una al lado de la otra, en las que criaríamos juntas a nuestra plétora de niños. ¿Quién diría que no a algo así? ¿Quién? —repite con los ojos muy abiertos y las manos en alto. Su expresión me dice que no entendería que alguien rechazara algo así.

—Yo creo que la mayoría de las mujeres se negaría.

—Bueno, pues sería una estupidez. —Deja caer las manos y las agita con desdén—. Yo aceptaría. Con un poco de suerte, mi coesposa tendrá una actitud mucho más abierta que la tuya.

—Soñar es gratis.

—También estaría bien que le gustara cocinar, porque a mí no. Ella podría encargarse de cocinar y yo haría la colada. Sinceramente, no entiendo por qué no se vive así —murmura para sí misma.

—¿No es un poco sexista que asumas que tú y la otra esposa os tendríais que encargar de la comida y la colada? ¿Tu versión perfecta de Chris Hemsworth no debería cocinar, limpiar y hacer la colada?

—Oooh, bien pensado. —Payton parece realmente interesada durante un momento y después sacude la cabeza—. Salvo que en mi fantasía el chico estaría muy ocupado dirigiendo su imperio multimillonario, así que no sé si tendría tiempo para cocinar, limpiar, dirigir el negocio y mantener a dos mujeres satisfechas sexualmente.

—Pensaba que el hombre de tus fantasías era Chris Hemsworth.

—Y lo era, pero he cambiado de opinión cuando hemos quedado en que ya está casado. ¿Tienes algún retal? —me pide señalando el montón de sábanas recortadas.

Al parecer, ha dejado de preocuparse por el reparto de tareas domésticas de su futuro imaginario.

—Claro.

Señalo distraídamente los trozos con los que ya he terminado con la cabeza. Payton se levanta de la silla y regresa con un puñado de rotuladores. En parte la ignoro, porque sigo pensando en Rhys y en cómo me las he arreglado para perderle unos minutos después de correrme. En su mano. Estamos negociando que me atragante con su pene y al minuto siguiente, me aparta de su regazo y sale por la puerta.

Estoy muy confundida.

Es obvio que no lo conozco tanto, pero parece una persona bastante razonable, así que no creo que se marchara sencillamente porque no quería hacerlo en un sofá. No es que le dijera que no iba a hacerlo en un sofá nunca, sino que no iba a hacerlo en ese momento, en ese sofá, en ese despacho. Quizá le gusta mucho la altura de los sofás. ¿O quería inclinarme sobre el respaldo? No lo sé. Estoy dispuesta a probar el potencial de los sofás en un futuro.

Y se lo hubiera dejado claro si se hubiera quedado el tiempo suficiente para hablar del tema. Capullo.

Aunque estoy casi segura de que me negaría rotundamente a hacerlo en el asiento trasero de un coche. Soy demasiado mayor para eso, ¿no? Ese barco ya zarpó. Tengo un apartamento propio... Bueno, casi propio. Tengo mi propia habitación, así que no entiendo la necesidad de hacerlo en un coche. Además, no tengo garaje y Rhys probablemente deja su coche en el aparcamiento del Windsor así que, ¿dónde lo haríamos?

De todos modos, es probable que solo intentara insinuar algo al comentar lo del asiento trasero.

Cree que soy demasiado buena para él, pero no en el sentido de «Soy muy buena persona», sino que cree que somos incompatibles sexualmente. Algo que me parece muy, muy injusto, porque estoy segura de que somos tremendamente compatibles. De acuerdo, yo nunca me he acostado con nadie y no tengo ni idea de lo que estoy hablando, pero lo noto. Sé que nos iría bien juntos, lo sé. Resulta que el deseo es un sentimiento muy real y muy tangible. Seguro que por eso pierdo la cabeza cuando estoy con él. El deseo. Porque no es que no hubiera tenido acceso a los hombres antes de verlo a él por primera vez. No he estado en un convento. Ni en coma. Hasta he salido con algunos chicos.

Pero nadie me ha hecho sentir como Rhys me hace sentir.

Nadie ha hecho que le diera carta blanca. Para ser sinceros, no me ha

costado mucho no quitarme las bragas hasta ahora. Antes de conocer a Rhys, claro. No me convertí en una zorra total hasta que lo conocí. Una aspirante lamentable a zorra con una imaginación muy sucia y aversión a perder la virginidad en un sofá.

Menuda fracasada.

—Tijeras.

Payton me saca del pozo de la autocompasión y me exige que se las entregue mientras extiende la mano como si fuera una cirujana que pide un bisturí. Yo suspiro, dejo el acerico y le coloco las tijeras en la palma de la mano con dramatismo. La observo mientras deja el rotulador y empieza a recortar con cuidado.

—¿Qué haces?

—Una insignia para ti.

—Eh... —Intento verlo mejor, pero no consigo distinguir lo que pone, porque gira la tela y sigue recortándola—. Vale —digo, a falta de algo mejor que decir.

—¡Lista!

Payton deja las tijeras, coge la insignia y la coloca de golpe en la mesa, justo delante de mí, con una sonrisa que le cubre el rostro. Parece realmente orgullosa de su creación.

Ha dibujado un vaso de cerveza espumosa sobre un pedazo de tela de sábana en forma de corazón. Le echo un vistazo y después vuelvo a alzar la mirada hacia ella.

—¿Qué es eso?

—¡Una insignia de bares! —proclama con algo que..., sí, diría que es orgullo.

—Me has hecho una insignia. Para el bar. —Paso los dedos por encima de la tela. Tengo que admitir que ha hecho un buen trabajo—. Una insignia en forma de corazón. ¿Cuándo empiezan a ganarse las insignias en forma de corazón?

Estoy de broma, porque no existen insignias con esa forma.

—Cuando las Exploradoras empiezan a ser un grupo divertido.

La miro con el ceño fruncido, recelosa.

—¿Y qué he hecho para merecerme esta insignia?

—Tener un orgasmo en un bar. —Lo dice como si diera por sentado que los criterios para obtener la insignia de bares son obvios.

—Estás como una cabra —mascullo.

—Por algo me expulsaron de las Exploradoras. Ahora necesitamos una banda. A ver qué podemos utilizar.

Da un brinco y comienza a rebuscar en el montón de telas de sábanas.

—Espera, ¿a qué te refieres con que necesitamos una banda?

—¿Para la insignia? —Vuelve a responder con el ceño fruncido, como si no lo entendiera—. ¿Dónde vamos a exhibir todas tus insignias si no tienes una banda?

—¿Qué insignias?

—Todas las insignias divertidas que vas a conseguir —responde sin mirarme mientras desentierra un estampado floral desteñido del montón—. ¿Puedo utilizar esta?

Bueno, lo cierto es que me encanta ganar insignias. Me resulta muy gratificante.

—¿Qué otras insignias tienes en mente? —intento preguntar con desinterés, como si fuera una broma, pero no sé si llego a conseguirlo.

Retuerzo un mechón de pelo e intento parecer despreocupada. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve la oportunidad de ganar insignias nuevas.

—La próxima insignia será la de «que te follen».

—Esa no me la he ganado todavía.

—Es más bien en el sentido de «que os den a todos».

Payton extiende la tela sobre la plancha de corte, coge la regla de corte acrílica y la alinea con cuidado con el filo de la tela.

—Payton, ya te he dicho que no me va el sexo en grupo. Normalmente estoy de acuerdo con que hay que probar algo antes de decidir si te gusta, pero no creo que las orgías sean algo que uno pruebe a menos que esté interesado.

—Vaya. —Está inclinada sobre la tela, alisando las arrugas con la mano, pero se detiene y se pone derecha—. Eres muy literal. —Me entrega la regla de corte y señala mi silla—. Cámbiame el sitio.

—Creía que me estabas haciendo una banda.

—Sí, pero me he dado cuenta de que coser es bastante complicado y

quiero que me salga bien, así que deberías hacerla tú.

—Debería hacerla yo porque quieres que te salga bien —repito mientras me pongo en pie y le cambio el sitio—. Ahora mismo todo tiene mucho sentido.

—Asegúrate de hacerla bien, me gusta sentirme orgullosa de mi trabajo.

—Claro que sí.

Realineo la tela en la plancha de corte, coloco la regla encima y deslizo el cúter rotatorio con rapidez antes de recolocar la regla y hacer un segundo corte para obtener tiras de tela de unos doce centímetros. Cojo el acerico y comienzo a unir las tiras con los alfileres para coser puntadas invisibles.

—En fin, a la nueva insignia la llamaremos la «insignia de la confianza en una misma» —interviene Payton, y empieza a trabajar con los rotuladores—. Ya que llamarla «insignia de que os den a todos» no te convencía del todo. No te la has ganado todavía, pero la voy a hacer y la colgaré en la nevera para que te fijes un onjetivo.

—¿No crees que es un poco anormal?

—No. Creo que es comportarse como una adulta.

Me gusta fijarme objetivos, así que decido que debe de tener razón.

Capítulo 11

Lydia

Resulta que puedo ganarme la insignia de la confianza solo con ir al trabajo el lunes. Es un poco más complicado de lo que parece, pero ir al trabajo es el quid de la cuestión. Payton dijo que semana nueva, vida nueva. Dijo que tenía que ser valiente, ir a trabajar y no despedirme a mí misma.

También me dijo que, puesto que Rhys se había enrollado conmigo, ella tenía razón en lo de que hacerle proposiciones sexuales le había alegrado el día. Le recordé que no había querido acostarse conmigo y ella insistió en que era porque sufre una disfunción eréctil. Decir algo así la convierte en una amiga muy dulce, pero no creo que sea cierto. Creo que me rechazó porque no quería acostarse conmigo. Y está en su derecho, claro. Desde luego.

Payton dijo que Rhys tenía que dejar de besarme si no iba a acostarse conmigo. Yo le respondí que la igualdad de géneros se aplica a todos y que es ofensivo que insinúe que un hombre es un calentabragas por no querer hacer nada más que besarse. Aunque creo que no conseguí hacérselo entender, porque se quedó dormida mientras hablaba con ella. Sujetaba una galletita salada en una mano y estaba tumbada en el sofá como los niños nerviosos a los que cuidaba mientras estaba en el instituto. Le quité la galletita y la tapé con una manta antes de irme a la cama, donde me quedé despierta durante mucho tiempo, pensando en Rhys. Pensando en cómo reacciono ante él. Pensando en mis sentimientos. Pensando, pensando, pensando.

Aun así, afronto el lunes con más confianza en mí misma de la que tenía el

viernes al marcharme.

Solo un poco más.

Lo bastante para coincidir en que no es probable que me despidan, pero no lo suficiente para saber qué se supone que tengo que hacer con Rhys. No entiendo por qué está tan decidido a evitarme. El sábado noté lo mucho que le gustó, literalmente. Lo noté en la pierna. Así que, ¿qué problema hay? No lo estoy pidiendo que se case conmigo y sea el padre de mis hijos, por el amor de Dios.

A no ser...

Mierda.

¿A lo mejor es eso? Quizá está harto de que las mujeres solo lo quieran por el sexo. Debe de ocurrirle mucho..., solo hay que verlo, intuyo que le ocurre algo así. No puedo ser la única mujer que pierde la cabeza al verlo. Apuesto a que está harto de que las mujeres lo traten como a un objeto sexual. Sobre todo cuando tiene mucho más que ofrecer. Por ejemplo, seguramente haga toda clase de cosas además de practicar sexo. Quizá juegue al golf y... No sé qué más le puede interesar, porque soy una persona horrible que solo lo utiliza para el sexo. Uf, no me extraña que me apartara de él y se fuera del bar.

Pero me gusta cómo me besa. Sé que eso podría entrar en la categoría de cosas sexuales, y lo hace, pero también es simplemente algo que me gusta de él. Algo que me mostró cómo es él cuando está conmigo. Me gustó cómo me agarraba la primera vez que me besó. Me gustó la sensación de su mano sobre la cadera y que no me presionara para que fuéramos a más o deslizara las manos por lugares que en ese momento hubieran hecho que me sobresaltara. La forma en que sentí que me respetaba, a pesar de que era una desconocida a la que besaba en un bar. Me gustó que me llevara al despacho en lugar de besarme delante de todo el mundo, como muchos hombres habrían hecho.

Y la segunda vez... Bueno, de la segunda vez me gustó todo. La tensión de su mandíbula cuando se me plantó delante mientras jugaba a los dardos con Josh. El modo posesivo en que me había cogido de la mano y me había llevado al despacho. A lo mejor debería haberme enfadado que hiciera algo así; supongo que me habría molestado si me gustara Josh. Pero no me sentí molesta, sino entusiasmada. Entusiasmada de volver a ver a Rhys. Entusiasmada de que me hubiera cogido de la mano. Entusiasmada de tenerlo para mí sola.

Me gustó la forma en que nos colocó en el sofá para que no quedara atrapada debajo de él. Me gustó la forma en que me miraba, como si lo fascinara, como si quisiera devorarme, como si fuera hermosa. Me gustó la forma en que se rio de mí, con expresión relajada, mientras las pequeñas arrugas que tiene alrededor de los ojos cedían a causa de una vida entera de repetición. Me gusta, me gusta, me gusta.

¿Todo eso son cosas sexuales? ¿Todo lo que me gusta de él es una manera de tratarlo como a un objeto? Decido que tengo que descubrir más cosas que me gusten de él. Cosas que no tengan nada que ver con las caricias, el sexo y los sentimientos. Como respetarlo por cómo es como persona.

Buena idea.

Me doy unas palmaditas en la espalda mentalmente mientras se abren las puertas del ascensor en la cuarta planta y me abro paso hasta mi escritorio. Saludo a mis nuevos compañeros de trabajo cuando paso junto a ellos y decido que va a ser una gran semana. Qué demonios, ya me he ganado una insignia solo por cruzar el umbral de la puerta y sé que Payton está fabricando más.

La taza de café sucia que me vi obligada a dejar sobre el escritorio para huir del edificio el viernes me desconcierta durante un segundo, pero me niego a que eso me distraiga. No. No va a pasar. Así que dejo las cosas y llevo la taza ofensiva a la sala de descanso. La friego a conciencia y después la meto en el lavavajillas, por si las moscas. Cojo una taza limpia y utilizo la cafetera de lujo para prepararme un café con leche. ¡Ves! El día de hoy ya está yendo mucho mejor que el viernes, ya que puedo prestarle atención a la máquina y sé lo que voy a beber.

Me pregunto si a Rhys le gusta el café. Solo lo he visto beber agua y una cerveza, el primer día en el bar. Se le da muy bien beber agua, otra cosa además del sexo y de su cara que me gusta de él. Otro punto en la columna de los triunfos de hoy.

Excepto que... mierda. ¿Es algo que me gusta de él? Porque ver cómo daba un trago de agua me excitó un poco. ¿Cuenta como algo que me gusta de él o cuenta como otra forma de cosificarlo?

Aunque sospecho que cualquier cosa que descubra de él me atraerá, así que no estoy segura de poder separar lo que me gusta de él de lo que me atrae. Por ejemplo, descubrir que llama a su madre todos los domingos me atraería y

también sería algo que me gustaría de él.

Es muy complicado.

Decido que después le preguntaré a Payton cómo distingue las cosas que le gustan de un hombre de las cosas que le atraen sexualmente de él.

De vuelta en mi escritorio, empiezo a adaptarme a mi rutina laboral: compruebo el correo electrónico y vuelvo a revisar el calendario de reuniones. La gran inauguración es dentro de tres semanas, así que el proceso de contratación y la formación del personal de atención al cliente comienzan oficialmente hoy. El de limpieza, el servicio de botones, los crupieres, *catering*, recepción, entretenimiento y demás. Ya se han hecho la mayoría de las contrataciones, las entrevistas y las revisiones de antecedentes. Del papeleo de los nuevos empleados no puede decirse lo mismo. Mi vida durante el próximo mes no consistirá en otra cosa que en orientaciones, formaciones y papeleo.

Me mareo solo de pensarlo.

¿Sabéis esos niños que juegan a los supermercados? ¿Con sus pequeñas cajas registradoras de plástico y dinero falso? ¿Esos niños que obligan a sus padres a comprar naranjas de plástico y cajas de cereales vacías para poder meter el pedido en una bolsa y darles el cambio de un billete de veinte dólares falso?

Yo no era así.

Creo que era por las galletas. Nunca tuve que jugar a los supermercados porque podía seguir ese proceso de verdad al vender galletas. Para mí lo divertido eran los formularios. Me encantaba el papeleo. Me encantaba calcular cuántas cajas tenía que vender para alcanzar mi objetivo. Me encantaba garantizar que todos los pedidos se realizaran correctamente y tachar con un rotulador fluorescente el pedido en el formulario cuando se entregaban los productos. Me encantaba esa parte.

Por eso me emociona tanto ponerme en marcha. Me alegro muchísimo al abrir el calendario y descubrir que me han asignado la política de formación. Es obvio que no presté mucha atención el viernes, ¿no? Me encantan las políticas. ¡Lo mío son las políticas!

Va a ser la mejor semana de mi vida.

Capítulo 12

Lydia

No fue la mejor semana de mi vida. Tampoco fue la peor; fue una semana bastante mediocre. Me preocupaba toparme con Rhys. Me daba miedo verlo y me aterrizzaba no verlo. Sentía mariposas en el estómago cada vez que pensaba en toparme con él. Estaba atenta todo el rato por si lo veía, como una adolescente enamorada que espera vislumbrar al rey del baile del instituto por los pasillos entre clase y clase. Qué estupidez. Fue una tortura. Agónico.

Patético.

Lo vi cuatro veces. Y me ignoró las cuatro. Bueno, para ser justos, él solo me vio dos de las veces. No creo que se diera cuenta de que estaba allí las otras dos. Tal y como he dicho, patético. Debería darme por vencida. Como si ese hombre fuera a pensar en mí ahora que debe de estar viviendo el momento más importante de su carrera: la inauguración del complejo. Como si fuera a pensar en mí incluso un martes cualquiera.

Así que hago mi trabajo. Dirijo orientación tras orientación tras orientación. Respondo infinidad de preguntas sobre planes de seguros, paquetes de prestaciones y el número correcto de deducciones que deben declararse en el formulario de retención de impuestos. Lanzo miradas furtivas a Rhys cada vez que puedo y tomo nota de todo lo que aprendo sobre él. Le quedan bien las corbatas a rayas. Y las lisas. Toma el expreso de la máquina de café de la sala de descanso. Hace que me sienta excitada y necesitada solo con estar a seis metros de él. Supongo que, en realidad, lo último no es una

revelación.

Fuera del trabajo me familiarizo con media docena de tiendas Goodwill y sus existencias de sábanas viejas. Payton me sorprende al llegar un día a casa con una bolsa llena de fieltro, lentejuelas, botones y bolígrafos de purpurina. Se ha tomado la fabricación de insignias con mucho más entusiasmo del que pensaba que sería posible, y tiene un talento envidiable. Por eso acabo registrándome en una aplicación de citas y hablando con tíos con los que en realidad no quiero hablar. Pero Rhys tampoco quiere hablar conmigo, así que, ya que estoy, puedo intentar ganarme la insignia de las aplicaciones de citas, ¿no? Es una insignia muy bonita. Payton se ha dejado la piel con un bolígrafo de purpurina y varios botones. Lo único que tuve que hacer para obtenerla fue instalar la aplicación en el móvil y abrir los mensajes.

Lo cual he hecho. Y las encuestas dicen que nunca voy a perder la virginidad. Sinceramente, pensaba que las vírgenes estaban mucho más solicitadas. Si hubiera sabido que me iba a costar tanto deshacerme de ella, la habría perdido con Mark Novak después del baile, porque empiezo a sentirme como un cartón de leche a punto de caducar. El cartón que los demás apartan para encontrar uno mejor o el que dejan en el estante para coger la leche de almendras, más elegante y promiscua.

La parte buena es que he decidido que, si alguna vez me hago *stripper*, mi nombre artístico será Almendra. Viene bien tener un plan B, y las *strippers* nunca utilizan sus verdaderos nombres, así que creo que esa revelación valió la pena. Cuando quiera ser un poco más juguetona, puedo utilizar Ally como diminutivo. Almendra sería para los clientes más serios con miedo al compromiso.

¿Sabrá Rhys siquiera lo que es una aplicación de citas? Probablemente no. No parece el típico hombre que necesite deslizar hacia la izquierda, derecha, arriba o abajo para conseguir una cita. Por eso, que se me ofreciera en bandeja de plata es más frustrante todavía. ¿O a lo mejor que utilice aplicaciones para ligar haría que todo fuera menos frustrante? Supongo que debería ser menos frustrante. Que estuviera desesperado por echar un polvo y aun así no quisiera acostarse conmigo sería mucho peor que tener posibilidades infinitas y no querer hacerlo. De todas formas, eso no hace que me sienta mejor.

Hago todo lo posible por demostrar que me he enamorado de Rhys por

error y que podría desear a otra persona con la misma facilidad. No me ha pasado antes. ¿Es posible que no me haya esforzado lo suficiente? Así que lo intento. Mantengo la mente abierta en cuanto a la aplicación de citas. Abro los mensajes que me envían. Los leo. Me planteo responder. Cuando Josh, ahora sí recuerdo su nombre, me pregunta si salgo a cenar con él, no me niego. Tampoco le digo que sí. Eludo la pregunta con un «a lo mejor el fin de semana que viene», porque no sé, ¿a lo mejor me apetece? A lo mejor me libro del hechizo bajo el que estoy. A lo mejor el corazón deja de latirme con más fuerza cada vez que Rhys está cerca. A lo mejor dejo de imaginarme situaciones en las que Rhys y yo estamos solos en un ascensor. A lo mejor, a lo mejor, a lo mejor.

A lo mejor no.

Quiero a Rhys. Y él tiene que desearme al menos un poco. Después de todo, me ayudó a llegar al orgasmo. No creo que los hombres hagan llegar a las mujeres al orgasmo a menos que estén un poco interesados. Además, una de las veces en las que me vio le costó apartar la mirada de mis labios. Creo. No se puede confiar mucho en mí cuando se trata de Rhys, por lo que no estoy del todo segura, pero estoy casi segura de que ocurrió.

* * *

—Necesito una insignia de Rhys —anuncio mientras pongo la comida en la mesa y me siento junto a Payton en la cafetería para empleados. Han pasado dos semanas desde que me apartó de su regazo y se fue, no sin antes decirme que no iba a pasar nada entre nosotros a modo de despedida. Yo todavía creo que pasará algo.

—¿Estás segura de que es lo que necesitas? —pregunta Payton mientras juega con el envoltorio de una pajita y evita mi mirada.

—Bueno, lo que necesito es un plan y los refuerzos positivos siempre han obrado milagros a la hora de motivarme. ¿Por qué crees que vendí tantas malditas galletas?

—¿Porque eres una mojigata?

—Sí. —Le doy la razón señalándola con el tenedor—. Es verdad. Pero el sistema de recompensa con insignias funciona, y estoy segura de que cuando hagas una insignia se me ocurrirá un plan.

Sonrío y me meto un puñado de puré de patata en la boca.

Hoy es uno de esos días en los que te apetece comer algo que te haga sentir bien. Han sido dos semanas frenéticas. Esta semana ha habido una inauguración anticipada, lo que significa que hemos abierto las puertas y los primeros huéspedes ya se han registrado; en su mayoría periodistas y directivos del sector turístico con estancia gratuita. Es una oportunidad para que el personal tante el terreno antes de la gran inauguración oficial, que se celebrará en dos semanas. Ya hemos registrado un noventa por ciento de ocupación para esa fecha, así que no tienen mucho tiempo para adaptarse a la rutina y resolver los problemas que surjan.

—Tengo que contarte una cosa —dice Payton. Resulta que yo también tengo algunos problemas que resolver.

Capítulo 13

Lydia

—¿Le gusta pagar para hacerlo? ¿Así que de eso se trata?

Dios, no me lo está poniendo nada fácil. Ya sé que dicen que el que algo quiere, algo le cuesta, pero esto es pedirle demasiado a alguien virgen. Sin embargo... la idea me atrae, por extraño que parezca. ¿Es de estar mal de la cabeza que me excite la idea de que me pague por hacerlo?

Probablemente.

Pero me excita.

Imaginarme que Rhys me recoge en la calle hace que me acalore y ruborice en lugares en los que no debería. Me gusta la idea de controlar la experiencia. El cuándo y el dónde. La idea de entregarme a Rhys, dejar que me abra las piernas y me penetre sin salir a cenar conmigo primero... me pone a cien.

Es demasiado anticuado. Es retrógrado y confuso, está mal. Pero me saca de dudas, ¿no? Si me recoge, si paga por mis servicios, es que me desea. No me esperaba que eso fuera emocionante y liberador. No tendré que dudar si está interesado, si soy su tipo o si le atraigo sexualmente. Si tengo el pecho demasiado pequeño o si mi falta de experiencia le resulta desalentadora.

A lo mejor el deseo me hace ser una ilusa, pero para mí tiene sentido. Es sorprendentemente claro, visto así. Hace que me sienta bien y me excita. Eso es lo que importa, ¿no?

—Le encanta pagar por hacerlo. Supuestamente. Según mi fuente —dice

Payton, y baja la voz hasta un susurro conspirador, a pesar de que estamos solas.

—Tu fuente es un botones que utiliza su tarjeta de acceso para que las chicas puedan entrar al ascensor que lleva a la planta de ejecutivos.

—¡He confirmado la historia con mi nuevo amigo del servicio de limpieza! —Payton ha dejado de hablar en voz baja, obviamente ofendida por cómo he valorado su información—. No te he venido con el cuento sin confirmarlo. No es como el caso Watergate.

—No. —Sacudo la cabeza—. Estoy de acuerdo, no se parece en nada a Watergate. Ni un poquito.

Payton asiente con suficiencia mientras toma un bocado de su comida y yo reflexiono.

Paso el resto de la comida absorta en mis pensamientos... El resto del día, si soy sincera. Entonces ideo un plan. Un plan que es una completa locura.

* * *

—¿Estás totalmente segura de que quieres hacerlo? —me pregunta Payton, puede que por tercera vez desde anoche—. ¿O de que el plan que has ideado sea factible? A lo mejor primero podrías volver a proponérselo. Sería mucho más fácil. Y sensato. Me parece que nos estamos dejando llevar demasiado por tu plan.

—Es probable. Pero soy una persona muy ambiciosa y quiero perder la virginidad este siglo. A ser posible con Rhys. Es obvio que hay química entre nosotros y está claro que es una persona promiscua, así que me está rechazando porque tiene una especie de fetiche por pagar o algún complejo que todavía no he descubierto. O quizá piensa que soy una chica demasiado buena para que me interese lo que le interesa a él.

Spoiler; Rhys, no soy tan buena.

Además, una vez leí una novela sobre una subasta de vírgenes y tenía un final feliz. Pero me lo guardo para mí, porque es una locura muy grande para decirla en voz alta, incluso delante de Payton.

Mi amiga levanta el vaso de Del Taco del posavasos de mi coche y le da

un trago. Sus cafés helados son revitalizantes. El grande solo vale un dólar y tiene ciento cincuenta calorías, así que puedo tomarme uno sin sentir remordimientos por el dinero o por el peso. Además, esta mañana nos merecíamos tomar cafeína, porque estamos de camino al Double Diamonds, que al parecer es un club que frecuenta Rhys.

—¿Estás segura de que abren los sábados antes del mediodía? —vuelvo a preguntar. ¿Por qué iba a abrir un club de *striptease* antes de la comida? No estoy en posición de juzgar el modo de vida de nadie, pero me cuesta imaginar que alguien necesite un baile privado antes del mediodía. Por eso, precisamente vamos tan temprano, para no toparnos con Rhys por accidente antes de que esté lista.

—Están abiertos las veinticuatro horas. Lo he comprobado en la página web.

—¿Tienen página web?

—¿Quién no tiene página web?

Mmm.

—¿Crees que debería haber enviado una solicitud online?

Payton se atraganta con el café helado antes de volver a colocar el vaso en el posavasos.

—No, no creo que tuvieras que haber enviado una solicitud online para ser prostituta. Creo que es un tipo de solicitud que debe hacerse en persona.

—Vale.

—Además, la página web es solo para las bailarinas. Me parece que lo de las prostitutas se lleva más en secreto.

—Creo que tienes razón.

—Por supuesto.

—¿Sabes? Hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué?

—¿No puede encontrar mujeres que estén dispuestas a acostarse con él gratis? Yo lo haría. Solo hay que verlo.

—Bueno, ya sabes lo que se dice.

—¿Qué se dice?

—Que los hombres así no pagan por el sexo. Pagan por que la mujer se vaya cuando terminan.

Vaya. Eso es muy triste.

—Sabes que va a querer sexo anal, ¿verdad? —añade Payton.

—Ya lo suponía —le respondo encogiéndome de hombros.

—No te preocupes —dice Payton con despreocupación—. Te fabricaré una insignia de cosas anales.

—Eres muy buena amiga.

—Lo soy —concluye Payton, agitando el hielo de su bebida.

* * *

Cuando llegamos al Double Diamonds y entramos, descubro que no es ni de lejos lo que me esperaba. Sin embargo, que dos mujeres entren en un club de *striptease* antes del mediodía es tan incómodo como me lo imaginaba, ya que en seguida nos preguntan si queremos presentar solicitudes.

—Quisiera hablar con el dueño —respondo, haciendo todo lo posible por sonar segura de mí misma.

—Yo también —añade Payton. Le lanzo una mirada asesina, porque no sé si lo hace para apoyarme o si quiere presentar una solicitud de verdad.

Es mi día de suerte. Resulta que el propietario, Vince, está aquí y está dispuesto a concedernos quince minutos.

Mientras nos acompañan por el local hacia el despacho de Vince, echo un vistazo a lo que me rodea. Esperaba que fuera un sitio oscuro, con un escenario elevado en el centro de la sala decorado con luces de neón. Por supuesto que hay un escenario. De hecho hay tres, todos más pequeños de cómo los había visualizado en mi mente. Las sillas también están mucho más cerca de los escenarios de lo que imaginaba. En general, se parece más a un bar en el que sirven alitas de pollo que a un burdel de mala reputación. Si los bares tuvieran barras verticales para bailar, claro. Hay una rubia guapa bailando para un hombre que está sentado solo. Se está bebiendo un café y no aparta la mirada de su cuerpo cuando pasamos. Me pregunto qué le ha hecho venir solo a un local de *striptease* antes de la comida. Pero, teniendo en cuenta que yo he venido por motivos malvados, no estoy en posición de juzgarle.

Cuando nos sentamos en el despacho de Vince, Payton rompe el hielo con

su distintiva cháchara mientras mi corazón late a mil por hora. Me concentro en lo que me rodea y respiro hondo mientras reúno el valor para pedirle lo que quiero. En el despacho hay un ambiente sorprendentemente reconfortante. Seguro. No hay luces de neón y tampoco son necesarias, porque la luz natural entra a raudales por los grandes ventanales que cubren una pared entera. El despacho tiene la típica decoración sosa y empresarial. Pensaría que acabo de entrar en un bufete de abogados, si los bufetes de abogados tuvieran vestíbulos con barras para bailar.

—Así que, ¿tienes varias novias?

Payton se lanza a bocajarro con su propio plan después de que una mujer de unos sesenta años nos ofrezca café. Me pregunto por un segundo si pusieron un anuncio para ofrecer ese puesto de trabajo en alguna página de empleo o si la ascendieron desde dentro.

—¿Cómo dices?

Vince arquea las cejas interrogante y claramente confundido, como si no supiera si ha entendido mal a Payton o si solo ha subestimado lo cara dura que puede llegar a ser.

—Ya sabes, como Hugh Hefner.

—Soy el propietario de un club de caballeros en Las Vegas, no de una revista de entretenimiento.

—Es lo mismo. Bueno, ¿las tienes? Porque Rhys se va a enamorar de Lydia y se mudarán juntos y bla, bla, bla. Tendré que encontrar una compañera de piso nueva y no sé si quiero tomarme la molestia de buscar a alguien nuevo ahora mismo. Así que estaría dispuesta a ser la tercera novia. No quiero ser la primera o la segunda, parece mucha responsabilidad, ¿sabes? También quiero mi propia habitación. ¿Lo haces así? ¿Tienen todas las novias su propia habitación? Así lo hacía Hef. ¿Tienes una casa bonita? Porque no pienso compartirte si vives en un bloque de apartamentos de mierda en el que la lavadora funciona con monedas.

—¿Vas en serio?

Vince entrecierra los ojos al mirarla, como si no consiguiera deducir si Payton lo dice en serio o si simplemente se está quedando con él. No parece el típico hombre habituado a que le tomen el pelo. He descubierto que la mayoría de la gente reacciona así ante ella, así que ya estoy acostumbrada. Y, para que conste, muy pocas veces habla en broma cuando dice algo ridículo.

—Que me caiga tuerta si no voy en serio —responde sin pestañear.

—Eso no existe. —Vince se lleva una taza de café a los labios y la mira por encima del borde—. El dicho es «Que me caiga muerta».

—¿Acaso quedarse tuerta no es serio? —Payton se inclina hacia adelante con los ojos entrecerrados—. Intenta ir por la vida sin un ojo y luego dime que no es serio.

—Sabes que se ha acostado con todas, ¿no?

—Claro —responde Payton, completamente tranquila ante la mención de la vida sexual de un hombre y sus múltiples novias.

—Eres una persona muy peculiar, ¿no? —pregunta Vince, todavía mirándola como si no supiera qué pensar sobre ella.

—Soy muchas cosas, es verdad.

Payton resplandece como si le hubiera hecho un cumplido. No estoy segura de qué opina de ella, porque su expresión no revela gran cosa. Pero, si tuviera que adivinarlo, diría que no va a invitar a Payton a ser la primera, la segunda ni la tercera novia en un futuro cercano.

—Vince —digo. Me pongo derecha e interrumpo antes de que Payton haga que nos echen. Respiro hondo. Puedo hacerlo. Yo puedo, yo puedo, yo puedo—. Tengo una proposición para ti.

Aparta la mirada de Payton y centra toda la fuerza de su atención en mí. Durante un momento me pregunto con quién estoy tratando exactamente. Podría ser un mafioso. Tiene un club de *striptease*, un club de caballeros o como se diga, en el corazón de Las Vegas. Es probable que tenga lazos con el crimen organizado. O con prestamistas o sicarios. No conozco a este hombre ni en qué está implicado. Deduzco que no debe de dirigir un grupo parroquial juvenil los fines de semana. Estoy segura de que no es alguien con quien debas meterte. No es que yo me esté metiendo con él, voy en serio. Pero eso no quiere decir que esto no me venga grande.

—Te escucho, señorita Clark —dice él, desviando los ojos hacia el monitor del escritorio y de vuelta a los míos—. Te quedan nueve minutos. Si quieres algo, será mejor que vayas al grano. Deprisa.

Así que le suelto lo que quiero, porque no tengo nada que perder. Porque no soy una rajada. Porque tengo un plan.

Hay un momento de silencio cuando termino. Un momento muy largo. Vince me mira fijamente mientras tamborilea en el escritorio con los dedos.

Payton da un trago a su café helado, pero no queda nada en el vaso, así que el ruido hueco y de traqueteo que se produce cuando el aire pasa por la pajita vacía inunda la habitación. Agita el hielo como si así fuera a obtener una o dos gotas más y vuelve a sorber.

—¿Lo decís de verdad?

Vince deja de clavarme la mirada para dirigirse a Payton.

—De verdad. Es una proposición tan real como mis tetas.

Vince baja la mirada lentamente hacia su pecho antes de sacudir la cabeza y volver a centrar la atención en mí.

—Esto no es un burdel —dice. Temo que vaya a echarme de su despacho, que se me haya acabado el tiempo—. La prostitución no es legal en el condado de Clark.

—Claro que no. Double Diamonds es un negocio, ¿no, señor...?

—Vince —responde él, inexpresivo.

—Eso, señor Vince. En el fondo es un hombre de negocios, ¿verdad? Pues hagamos un trato. Haré que valga la pena, se lo prometo.

—Palabra de exploradora —añade Payton.

Cuando me giro para mirarla, le guiña el ojo. Un guiño muy dramático acompañado de una inclinación de cabeza y un chasqueo de la lengua—. Hay que levantar tres dedos. Ya sabes a qué me refiero, hombretón.

Ni siquiera quiero saber lo que significa eso, así que le lanzo una mirada con la intención de que se calle y vuelvo a dirigirme a Vince, que se apoya en el respaldo de la silla y se pasa dos dedos por los labios mientras nos observa con renovado interés.

—Así que las dos trabajáis en el Windsor.

Asiento. Creo que estoy a punto de hacer que cambie de opinión.

—Hablemos de las condiciones.

Capítulo 14

Rhys

—¿Les vas a presentar tu novia a tus padres cuando vengan a la gran inauguración? —me pregunta Canon mientras se pasea por mi suite como si tuviera todo el tiempo del mundo para socializar.

Se deja caer en una silla en frente del sofá en el que estoy sentado y arquea las cejas, como si esperara una respuesta de verdad.

—Vete a tomar por culo, Canon.

—Que ni siquiera dudes de a quién me refiero es muy triste.

—Estoy ocupado, Canon —le digo, señalando el portátil con la cabeza—. Si ya no tengo tiempo ni interés para hablar de las chorradas que salen de tu boca cuando tengo un buen día, ahora mismo todavía menos. Te agradecería que dejaras de utilizar la llave maestra para entrar en mi casa.

—¿Por qué no maduras y la invitas a salir? —pregunta e ignora mi indirecta sobre la libertad con la que entra en mi casa.

—Un momento. —Dejo a un lado los informes que tengo delante y le presto toda mi atención a Canon—. ¿Estás intentando darme consejos? Anoche te montaste un trío con dos *strippers*.

—Sí, ¿y de quién fue la culpa? Una de ellas era para ti, pero dijiste que estabas demasiado ocupado para echar un polvo. ¿Qué se suponía que iba a hacer con ella? ¿Mandarla a casa sin mojar?

—¿Hacer qué con quién?

Lawson entra tranquilamente en la suite, como si también tuviera tiempo

de sobra.

—¿Qué es esto? ¿Vamos a celebrar una fiesta? ¿Ninguno de los dos tenéis cosas que hacer? La gran inauguración es en... —Compruebo el reloj— dos semanas.

—No tengo nada que hacer. —Lawson se pasa la mano por el pelo y se lo deja alborotado—. La primera demanda intrascendente no llegará hasta dentro de dos semanas y un día. Además, es sábado, capullo —añade con una sonrisa—. Vive la vida.

Estoy a punto de decirle que viviré cuando haya pasado la gran inauguración y que se vaya de mi casa de una puñetera vez, pero ya se ha dejado caer en una silla junto a Canon y me está ignorando.

—Yo también estoy bien —interviene Canon—, pero gracias. —Inclina el móvil hacia a Lawson—. ¿Prefieres las jirafas o los elefantes?

—Las jirafas.

Lawson se estira como si se pusiera cómodo para quedarse un rato, se despatarra, completamente relajado, y coge el mando de la mesita del café.

—Estoy de acuerdo. ¿Quieres pagar un cochecito a medias? Joder, si que son caras estas cosas —murmura Canon mientras golpetea la pantalla de su teléfono.

—Vale. Pero compra un Bugaboo, no pienso pagar por un carrito cutre.

—¿Qué estáis haciendo?

Dejo de trabajar, otra vez, para prestarles más atención, y entrecierro los ojos al recordar los extremos a los que es capaz de llegar Canon para divertirse.

—Crear una lista de regalos para el bebé que tengas con Lydia.

—Largaos de aquí. Los dos.

—Pareces un poco agobiado, tío. A lo mejor, si anoche hubieras aceptado la oferta de Melocotones, te concentrarías mejor.

Me froto la frente con la mano antes de responder.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que no se llama Melocotones?

—Joder, Rhys. Se llama Claire. Me estaba tomando algunas licencias humorísticas, relájate.

Claire. Meghan. Sara. Christine. Staci. Susan. Amy. Penny. Jessica. Etcétera.

¿Hay alguna chica del Double Diamonds a la que no me haya follado? ¿Me hace ser menos cabrón acordarme de sus nombres cuando vuelvo a verlas, en lugar de llamarlas por sus motes? Empiezo a sospechar que no. ¿Como es que hace solo unas semanas me hubiera reído de toda esta conversación? Hace unas semanas me habría follado a Melocotones, le habría dado una buena propina y no habría vuelto a pensar en el tema.

Porque hace unas semanas no había besado a una chica en un bar.

Una chica que me mira con ojos abiertos e inocentes y el rostro lleno de esperanza. Una chica que cree que la llamaría, recordaría su cumpleaños y su sabor preferido de helado o que prefiere el chocolate con leche en vez del chocolate negro. Cosas que yo no recordaría, cosas que yo nunca recuerdo. Una chica que no tiene ni idea de que soy un sucio perverso o de cuántas mujeres ha habido antes que ella. De cuántas relaciones he estropeado o a cuántas mujeres he pagado para que me hicieran sentir bien cuando no quería tomarme la molestia de fingir estar en una relación, o ni siquiera salir a cenar con una mujer el tiempo suficiente para llegar a la transacción de orgasmos.

Hago clic en el portátil para abrir otro informe e intento concentrarme.

—¿Alguna vez os preocupa que lo único que hagamos sea trabajar y follar? —pregunto en voz alta, no muy seguro de a quién le dirijo la pregunta o de si espero una respuesta.

Llevan conmigo desde el principio de este viaje. Estaban entre las primeras personas que se unieron al equipo después de que encontrara esta propiedad hace cuatro años, un complejo a medio finalizar que habían abandonado cuando el anterior grupo de inversores se quedó sin fondos a mitad de la construcción.

Dirigimos las fases iniciales del proyecto a distancia. Íbamos y veníamos de Las Vegas en avión cuando era necesario. Hace poco menos de un año nos mudamos oficialmente a Las Vegas y nos instalamos en las suites ejecutivas de la trigésimo cuarta planta mientras finalizaban las obras en el resto del hotel. Desde entonces, vivimos como solteros perversos en un burdel.

—La verdad es que no —responde Canon dándole golpecitos al teléfono—. ¿Vienes con nosotros al club esta noche?

—Sí, a lo mejor —le respondo, más que nada para que deje de preguntarme.

A lo mejor voy, no lo sé. No puedo pensar con claridad. Queda muy poco

para la inauguración. Muy muy poco. Es el fruto de años de trabajo y tiene que ser perfecta. Si este negocio fracasase, el daño que sufriría la empresa sería descomunal. La empresa de mi familia. Me está volviendo loco. Este hotel, este complejo. Es mi momento. Mío. Mi primo Jennings ya es director ejecutivo de la empresa familiar. Mi madre ha sido jefa de la división norteamericana desde que yo estaba en secundaria y no tiene intención hacerse a un lado.

Lo cierto es que yo no quería esos trabajos. Nunca los he querido. Quería desarrollar algo propio. Algo nuevo e inexplorado que pudiera construir de cero. O desde la mitad, por así decirlo. Algo nuevo que añadir al legado de la empresa. Un proyecto que fomentara el crecimiento del imperio familiar en lugar de solo contribuir a él.

—Vince ha organizado algo en la sala privada esta noche —intenta persuadirme Canon.

La puñetera sala privada. Oficialmente, equivale a una sala elegante en la que se ofrecen bailes privados muy caros.

Extraoficialmente, no pagas por los bailes privados. Pagas por los extras. Pajas, mamadas, sexo. Pagas por llevarte la fiesta a otra parte. Una hora, una noche, un fin de semana. Extraoficialmente, claro.

¿Cuántas veces he estado en la sala privada? ¿Cuántas veces he pedido algo más que un baile privado? ¿Cuántas veces he elegido entre una selección de mujeres dispuestas, como si estuviera seleccionando un menú económico en una ventanilla de comida rápida?

No soy lo bastante bueno para ella. La arruinaría. Le rompería el corazón, destrozaría el inocente optimismo que irradia de la cabeza a los pies. Me la follaría como a una prostituta y me olvidaría de llamarla después, porque es lo que hago. Es como soy.

Ella cree que soy un buen hombre. Lo veo en su rostro cuando cree que no la miro. Lo veo en su rostro cuando sabe que lo hago. Cuando se restregó contra mi muslo. Cuando se mordió el labio y me recorrió el pecho con las manos. Cuando me observa mientras me preparo un expreso con la máquina de café industrial. Creo que la semana pasada casi se corrió cuando puse la taza en el lavavajillas de la sala de descanso.

Es demasiado fácil. Es demasiado fácil de impresionar, demasiado fácil de arruinar.

Demasiado optimista, cuando lo que me gusta a mí es ver la satisfacción en el rostro de una mujer cuando la hago acabar, seguida de un vistazo a su trasero mientras sale por la puerta con un puñado de billetes guardados en el bolso. Una garantía de que entiende lo que significa. De que no ha entendido que mi interés por ella va más allá de correrme.

Además, aunque quisiera algo distinto, no tengo tiempo. Quedan dos semanas para la inauguración. Dos. Semanas. Toda mi familia estará aquí. Mis padres. Mi primo Jennings y su nueva prometida. Mi abuela. Mis tías, tíos y algunos primos.

Quiero que se sientan orgullosos de lo que mi equipo y yo hemos logrado en Las Vegas. Y no, no se me escapa que personalmente no tienen nada por lo que sentirse orgullosos de mí.

—¿Cómo sabes lo que ha planeado Vince para esta noche? ¿Has vuelto a jugar al golf con él hoy?

—No. He recibido un correo.

—¿Estás en una lista de contactos del Double Diamonds? —le pregunto despacio. No estoy muy seguro de que sea cierto—. ¿Y para qué cojones necesitan enviar correos electrónicos? ¿Para informar a los clientes cuando se quedan sin solteras?

—Todo el mundo tiene un boletín informativo, Rhys. No seas capullo. Además, es solo para los clientes de la sala privada, no para todo el mundo.

—¿Para informarnos de qué? ¿De que hay bailes privados a mitad de precio?

—De subastas.

—Da lo mismo.

—No subastan bailes a mitad de precio, Rhys. Es una subasta de vírgenes.

—Por Dios, Canon.

Niego con la cabeza.

—No me jodas, ¿en serio? —Lawson aparta la mirada del partido con interés y echa una ojeada a su teléfono móvil—. No he recibido el correo —masculla.

—Seguramente haya ido directo a la carpeta de no deseados —le dice Canon, como si estuvieran teniendo una conversación normal y corriente—. Comprueba el correo basura. Entonces, ¿te apuntas?

Canon me mira con expectación, como si el concepto no le importara, y no le culpo. No puedo decir que la idea no me excite un poco.

—Le dije a Brady que me pasaría esta noche. Tengo que discutir algunos números con él sobre la idea que tuvimos de abrir una franquicia de Hennigan's en el Windsor.

—Lydia no estará en el bar de Brady esta noche —me dice Canon.

—¿Cómo lo sabes?

Si está llevando a cabo una de sus espeluznantes investigaciones y la está acosando con los programas de seguridad me cabrearé mucho. A veces investiga a la gente solo porque puede o porque se aburre. O porque tiene curiosidad. O porque es miércoles. Que Canon tenga mucho tiempo libre no es bueno para nadie.

—Porque estará en el Double Diamonds —dice, y me pasa su teléfono.

Sus palabras me alcanzan a cámara lenta. Lógicamente, entiendo lo que me dice en un abrir y cerrar de ojos, pero, ilógicamente, parece que tardo unos minutos en llegar a la conclusión.

Lydia.

A subasta.

En la sala privada del Double Diamonds.

Una subasta de vírgenes.

¿Una maldita virgen?

¿Qué le dije en el bar? ¿Qué clase de guarradas le susurré al oído? Le pregunté cómo le gustaba follar, por el amor de Dios. Le dije que quería que se atragantara con mi polla. Le hablé como si fuera una zorra con experiencia, no una virgen inocente.

¿Llegó a responderme? ¿O solo sonrió y agachó la cabeza? ¿Se mordió el labio y sugirió que nos fuéramos a su apartamento? Pensé que era dulce y coqueta, que era probable que quisiera algo más de mí. Como salir a cenar o repetirlo. O algo todavía peor, que pasara tiempo con ella.

Me sorprendió que yo siguiera llevando los pantalones puestos y que se frotara contra mi pierna como si fuera su primer año de instituto. ¿Pero plantearme que fuera virgen? Una virgen de veintidós años, por el amor de Dios. La idea ni siquiera se me pasó por la cabeza.

¿Por qué cojones hace eso? ¿Venderse? Tiene trabajo y casa, ¿qué narices

quiere conseguir? ¿Dinero? ¿Para ella todo se basa en el dinero? ¿Y yo qué fui? ¿Una distracción? ¿Una forma de practicar? ¿Una posible víctima?

Creí que era distinta. Auténtica. Me preocupaba que fuera demasiado real para mí, ¿no? Y resulta que es precisamente mi tipo... Está en venta. La idea me inquieta, me hace preguntarme en qué más me he equivocado. Cierro el puño al imaginarme que sale de la subasta con el primer capullo creído que pueda permitírsela. Alguien que le susurrará guarradas al oído y se la follará como a una puta.

Alguien como yo.

—¿Cuánto? —le pregunto a Canon con la mandíbula apretada. Sé que estoy mal de la cabeza, porque un buen hombre no estaría pensando en lo que estoy pensando yo ahora mismo.

—Es una subasta, no una venta —responde él—. La puja se abre con cien de los grandes.

Capítulo 15

Lydia

—¿De verdad vas a hacerlo, Lydia? Dejando a un lado la diversión, es un poco drástico. Muy drástico. No tienes por qué hacerlo. ¿Estás segura?

Nunca había visto a Payton nerviosa algo que hace que me cuestione lo mucho que me he desviado del carril de la cordura. Aún así, estoy segura. Segura de que voy a hacerlo. Estoy bastante segura de que Vince cumplirá con su parte y conseguirá que Rhys esté allí. Y casi segura de que Rhys estará interesado. Y semisegura de que Vince no me traicionará y no me venderá a un grupo sexual clandestino para que nunca más vuelva a saberse nada de mí.

El plan es bastante estúpido.

Pero tengo a Payton, así que no es que esté sola. Y si ambas desaparecemos, ha dejado instrucciones a su primo para que nos busque. Es agente de policía, algo que no nos ayudará en nada si estamos muertas.

Vaya. El plan parecía muchísimo mejor antes de pensarlo detenidamente. Siento un revoloteo en el estómago por el pánico, y con revoloteo me refiero a una sensación como si me hubieran dado un puñetazo. ¿Cómo he llegado hasta aquí, exactamente? Ha pasado demasiado rápido. Ayer Payton me contó lo de Rhys y las prostitutas, esta mañana he urdido este plan de locos y esta noche voy a salir a subasta.

Sin embargo, la idea de marcharme, de salir corriendo de aquí, de volver a casa y abrir la aplicación de citas que Payton me ayudó a instalar y responder a cualquiera de los hombres que me ha mandado un mensaje... No

es lo que quiero. Quiero a Rhys y necesito saber si él también me quiere. Aunque tenga que hacerlo de la forma menos ortodoxa jamás urdida.

—El caso es que me gusta, Payton. Creo que puede ser mi cisne.

Jugueteo con la bata de seda que cubre la lencería que llevo puesta. Blanca. Staci insistió en que fuera blanca. Tras llegar a un acuerdo, Vince me llevó con Staci para que me orientara. Orientación... Lo dijo él, no yo. No sabía si se estaba burlando de mí, pero, en cualquier caso, Staci me consiguió todo lo que necesitaba.

Fuimos al centro comercial, por si os lo preguntabais. Dijo que no teníamos tiempo de hacer un pedido online, así que me llevó a Victoria's Secret. Le dije que ni de broma iba a pavonearme en tanga delante de nadie. Me miró perpleja y a continuación rio con incredulidad, antes de escoger un picardías plisado de tirantes finos y muchísimo escote. Aunque dejó que me comprara unas bragas de encaje a juego que me cubrían el trasero. O más bien la parte de arriba del trasero. Las nalgas quedan al descubierto, pero por lo menos no es un tanga.

—¿Qué narices tienen que ver los cisnes con todo esto?

—Se aparean con la misma pareja de por vida.

—Pero tú no te has apareado con él.

—Ya lo sé —digo alargando la última palabra—, pero los cisnes no eligen a cualquier otro y se ponen a ello, Payton. Escogen minuciosamente para no pasar sin querer el resto de sus vidas con cualquier cisne idiota que se cruza en su camino. Escogen. Minuciosamente.

—Vaya.

—Es increíble, ¿verdad?

—No, quería decir vaya, eres una pringada. ¿Ganaste la insignia del cisne?

—La insignia del cisne no existe —replico y pongo los ojos en blanco—. Fue la insignia de los animales de la naturaleza —murmuro—. La cuestión es que quiero que sea él. Quiero que Rhys sea el que me desvirgue.

—Creía que habíamos quedado en que ibas a dejar de utilizar esa palabra.

—Ya lo sé, pero es una palabra de verdad, Payton. Sale en el diccionario oficial, no en el de lenguaje callejero.

Hay una pausa durante la cual Payton me mira fijamente.

—Eres consciente de que no habríamos sido amigas si nos hubiéramos conocido en el instituto, ¿verdad?

—¡No estaba tan mal! —protesto—. Era bastante guay en el instituto.

—Tendré que tomarte la palabra, tigre —responde Payton, pero su expresión no indica que me haya tomado la palabra—. Oye, tenemos que hablar.

—¿Qué?

La observo en el espejo. Estamos en el camerino del Double Diamonds esperando a que empiece la subasta. He de decir que este sitio no es como me lo imaginaba. El vestuario es muy bonito, parecido al despacho de Vince. Se parece más al vestuario de un balneario que al de un lugar de mala fama. Taquillas, duchas, un largo tocador con espejos para arreglarse el pelo y maquillarse. También hay una cafetera, aunque únicamente sirve café solo. No es una de esas máquinas de lujo como la que hay en el Windsor. Pienso en que debería decirle a Vince que ponga una y empiezo a sonreír. Como si ahora trabajara aquí y pudiera hacer sugerencias. Ja.

Payton me gira para que estemos cara a cara y toma mis manos entre las suyas, esperando a que centre toda mi atención en ella.

—Sabes cómo es un pene, ¿verdad?

—¡Payton! Madre mía. No soy tan ingenua.

—Y sabes que querrá metértelo, ¿no?

—Deja de burlarte de mí.

Estoy segura de que me he puesto roja como un tomate, algo que confirmo al girarme hacia el espejo—. Sé lo que es el sexo.

Examino mi reflejo.

—Vale, solo me aseguraba. Nunca mandaré a mi chica a la guerra sin un plano.

—Querrás decir un plan —murmuro—. No me mandarías a la guerra sin un plan.

—Claro, lo que tú digas. El caso es que nunca te mandaré a la guerra sin que supieras el aspecto que tiene un pene. Y hablando de eso, ¿tienes alguna pregunta?

Eh, ¿no?

—Creo que no...

Ostras, ¿debería tener alguna pregunta? ¿Qué preguntas debería tener? Entiendo lo que es el sexo. No estoy desinformada, solo soy inexperta. Me examino las uñas, que me han pintado de color rosa pálido en la sesión de manicura de esta tarde. Llevo las uñas de los pies a juego. Me han pulido y perfeccionado, me han arreglado el pelo y me han maquillado con destreza. Estoy más maquillada que de costumbre, pero me gusta. Parezco una versión más espectacular de mí misma. Si le añades la lencería virginal, me siento un poco como una novia el día de su boda.

Pero no es el día de mi boda.

Para nada.

—No, no tengo ninguna pregunta, pero puede que te mande un mensaje más tarde. Si surge algo.

—Vale. Pregúntame lo que quieras o mándame fotos de Rhys desnudo. Una de dos o las dos. Ponte en contacto conmigo cuando puedas.

—Lo haré. Ponerme en contacto contigo, quiero decir. No voy a mandarte fotos de Rhys desnudo.

—Vaya. Empiezo a sentir que soy la única que da en esta amistad. Pero esta noche es tu gran noche, así que podemos enmendar nuestra amistad más adelante.

—Trato hecho.

—En caso de que no podamos hablar después... —Payton tira de mí hacia ella y me abraza, con cuidado de no arruinarme el peinado ni el maquillaje—. Solo quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, Lydia. Por muy raro que parezca que esté orgullosa de ti por algo así, lo estoy.

—No estés orgullosa todavía. Ni siquiera sabemos si ha funcionado. Puede que Vince acabe vendiéndome a un empresario desaliñado de Iowa. Todavía no lo sabemos.

Una tos me avisa de que no estamos solas. Me giro en dirección al ruido y veo que Vince ha entrado, con las manos en los bolsillos y una expresión de diversión en la cara, creo. Algo bastante impresionante, ya que, por lo que he oído sobre él, no es la típica persona que revela sus sentimientos.

—Iowa es un sitio muy bonito. Con los que tienes que tener cuidado es con los de Maryland.

Oh, mierda. Lo ha oído.

—¡Ja, ja! Qué bromista.

Intento ignorar el tema, porque no estoy muy segura de cómo tratar con Vince.

—Va en serio —responde, desviando la mirada hacia Payton—. Que me caiga en un desierto si no voy en serio.

Se produce una pausa mientras Payton lo mira y sopesa la frase con el entrecejo fruncido. Entonces sonrío.

—Sí, es buena. Perderse en un desierto no es cosa de risa.

Vince inclina la cabeza y después se vuelve hacia mí.

—Ha funcionado —anuncia—. Ha venido.

Ha funcionado. ¿Ha funcionado? Estoy a punto de dar saltos de alegría con los zapatos de *stripper*, pero... ¿Es posible que no ha venido por mí? ¿Es posible que haya venido a por un baile privado cualquiera o a comerse unas alitas de pollo? Al fin y al cabo, tienen diez sabores distintos de salsas y yo soy solo uno.

—Ha hecho una oferta preferente.

¿Una oferta preferente? Así que... ¿Ha pujado? ¿Voy a irme con él? ¿Ha funcionado? ¿De verdad ha funcionado?

—¿La oferta es por mí?

Tengo que confirmarlo. Necesito oír las palabras. Necesito la confirmación antes de emocionarme demasiado. Necesito estar segura al cien por cien de que no ha hecho la oferta por un plato combinado antes de ponerme en evidencia.

—Sí, por ti.

Me giro hacia Payton con los ojos muy abiertos y chillo, dando saltitos de alegría. Pero con cuidado, porque soy más de llevar zapatos de tacón bajos que zapatos de tacón de aguja, y no estaría bien que me rompiera el tobillo ahora mismo y terminara en urgencias en lugar de en la cama. Acostándome. ¡Con Rhys!

—Has dicho que sí, ¿verdad? ¿A lo que sea que haya ofrecido? Ya te dije que la cantidad que propusiste para abrir la puja era demasiado alta.

Cuando Vince y yo hemos hablado de números esta mañana, le he propuesto que empezara con diez mil y se ha reído en mi cara. Entonces ha sugerido cien, que para mí es un poco bajo, hasta que ha aclarado que se

refería a cien mil dólares. Yo me he reído tanto que he tenido que inclinarme hacia adelante con una mano sobre la boca para contener la risa.

Ya sabéis que no soy una experta. Además, investigué un poco por internet cuando ideé el plan y el precio medio del sexo en Nevada está entre unos cientos de dólares y algunos miles de dólares. Sé que las vírgenes son una absurda novedad, pero ¿cien mil dólares? Venga ya.

—¿Ha ofrecido diez mil dólares como propuse yo? —le pregunto, conteniéndome para no poner los ojos en blanco delante de Vince por tener razón. Solo me contengo mínimamente. Si no me diera un poco de miedo, no hay duda de que los pondría en blanco.

—Me ha ofrecido dos y me ha pedido que cancele la subasta.

—Mil, ¿verdad? ¿Dos mil dólares? —Es un poco decepcionante, porque esperaba que ofreciera diez mil, pero el objetivo nunca ha sido el dinero—. Pues ya está, ¿no? ¿Ya no tengo que salir ahí fuera?

Me inunda el alivio ante la idea de poder saltarme la humillación de pasear de un lado a otro con el camisón. Mis dedos de los pies ya están deseando volver al atuendo con el que he llegado y a un par de zapatos que no requieran las habilidades de equilibrio de una bailarina.

—Doscientos mil dólares, Lydia. Le he dicho que si vuelve a hacer una oferta tan insultante como esa haré que lo expulsen de mi club.

He oído a Vince, pero tardo un momento en entender lo que dice. El corazón me late a mil por hora cuando echo un vistazo a Payton con nerviosismo. ¿Cuánto acaba de decir? ¿Y por qué lo ha rechazado? ¿Dónde me he metido?

—Esto... Vince. —Trago saliva antes de continuar—. ¿Por qué lo has rechazado? Teníamos un plan.

—Porque tengo mi propio plan, Lydia, y doscientos no se acerca a lo que quiero. Ni un poquito.

Oh, Dios. He hecho un trato con un chulo y todo está saliendo exactamente como uno esperaría que saliera un trato con un chulo.

Capítulo 16

Lydia

—Hora de quitarse la bata y desfilas.

Desfilas. Agarro la cinta de la bata de seda que me cubre y enrolla el material con las manos. Quiere decir por el escenario de la sala VIP. Staci me lo ha enseñado antes para que supiera adónde voy y qué esperar. La sala VIP es privada, por supuesto. Unas escaleras la separan de la planta principal. El vestuario también está en la segunda planta y conecta con la sala VIP mediante un pasillo corto. O un pasillo muy largo, dependiendo de tu estado de ánimo.

Es una sala íntima. La visualizo mientras deajo caer la bata por los hombros y se la entrego a Payton. Mientras sigo a Vince por el pasillo trasero, el pulso me retumba en los oídos y oigo el ruido que hacen los zapatos en el suelo laminado.

El escenario de la sala VIP es pequeño y tiene más forma de pasarela que los del piso de abajo. Se parece más a la idea que tenía del local al principio, pero a una escala mucho más pequeña. Hay un telón al fondo de la pasarela por el que entran las bailarinas, o eso me han dicho. Nadie estaba utilizando la sala hoy cuando Staci me la ha enseñado. Me ha indicado el lugar por el que entraré, hemos recorrido el escenario juntas, con las luces encendidas y la sala vacía. Ha sido como ver el espacio en el que se va a celebrar un evento de antemano, no como un ensayo de la noche más importante de mi vida.

—¿Seguro que ha venido? —le pregunto mientras esperamos detrás de la cortina y observamos bailar sobre el escenario a una bailarina a la que he

conocido antes. Me pregunto si será el baile de apertura. Supongo que sí. No sé muy bien qué pensaba que harían hasta que fuera mi turno, pero no imaginaba tener que esperar a que alguien saliera del escenario para entrar. Es una bailarina excepcional. Es fuerte. Y flexible, claro. Me está poniendo el listón demasiado alto y no estoy segura de que me guste. No es que yo vaya a bailar, pero no soy tan flexible.

Hay mucho ruido. Han aumentado los decibelios desde que estuve aquí antes; el lugar al completo se ha vuelto muy ruidoso.

—Está aquí —me asegura Vince, ya que no veo a los clientes desde mi posición detrás del telón. Los asientos quedan ocultos entre las sombras desde donde yo me encuentro. No es una sala muy grande, no hay muchos asientos. Olía a exclusividad y privacidad cuando la he visitado antes. Cuando me convencía a mí misma de que sería sencillo, que consideraría el escenario una pasarela y me imaginaría que soy una modelo en vez de una prostituta.

Ahora ya no opino lo mismo.

—¿Por qué los hombres necesitan que haya tanto ruido para echar un polvo? —pregunto.

El ruido del piso inferior hace que tiemble el suelo. Me gustaría ajustar el volumen con tanta facilidad como hago con el iPod.

Vince sacude la cabeza y ríe.

—Bajaremos la música durante la subasta. Muy pronto todo habrá terminado.

Terminará rápido para él.

Acaba la canción y la bailarina nos roza al pasar a nuestro lado cuando sale del escenario. La música cambia, una indicación de que me toca a mí, y siento náuseas. Suena más baja, hipnótica, *sexy*, aterradora.

—Está a la izquierda —anuncia Vince—. Vamos.

Empuja el telón y lo mantiene abierto para que no tenga más remedio que seguirle. Seguirle o darme la vuelta y echar a correr como una loca.

Le sigo, porque los tacones que llevo no son para correr.

Las luces me ciegan por un instante mientras se me acostumbra la vista, aunque no es que el escenario esté muy iluminado. Me doy cuenta de que es un foco. Me exhiben, como si fuera algo bonito en un escaparate. Vince está hablando, pero no sabría decir qué está diciendo. Estoy demasiado ocupada

parpadeando y respirando y colocando un pie delante del otro.

«Céntrate en el objetivo, Lydia».

Echo un vistazo a la izquierda y... no veo a Rhys. Veo al jefe del departamento jurídico del Windsor, Lawson McCall. Mis pasos vacilan y alargo el brazo para agarrarme a la barra y estabilizarme. A su lado está Canon Reeves, el jefe de seguridad. Y luego Rhys. ¿Por qué no se me había ocurrido que traería a sus amigos? ¿Por qué no me paré a pensarlo? Tendré que volver a ver a estos hombres. En el trabajo. Siento que me van a flaquear las rodillas, así que intento volver a estabilizarme; agarro la barra con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

Quizá Rhys no haya venido porque me desee. Quizá haya venido para despedirme. Reúno el valor para levantar la vista y echar otro vistazo hacia donde está.

Me está mirando fijamente.

No parece contento.

Parece enfadado. Muy enfadado.

Hoy sí que me van a despedir.

Una voz grita algo desde la derecha y yo giro la cabeza, recordando que no estoy sola en la sala con Vince, Rhys y sus amigos. Hay otros postores. Madre mía. El sonido que acabo de oír era alguien pujando, por mí. Es un hombre mayor. Más viejo que mis padres. Es guapo, con cabello cano a la altura de las sienes y un traje elegante.

Rhys dice algo más y devuelvo la atención a él de golpe. También lleva traje, me doy cuenta al mirarlo por segunda vez, porque se ha puesto de pie y se está quitando la chaqueta. ¿Se habrá vestido así para la subasta? ¿Para mí?

El hombre mayor empieza a hablar otra vez. Grita números, números que no tienen sentido para mis oídos. Rhys vocifera: «Ya es suficiente». Entonces sube al escenario, se coloca a mi lado, me envuelve con su chaqueta y me coloca de espaldas. Coloca la mano con firmeza en mi espalda y me empuja hasta que muevo los pies, hasta que salgo del escenario y hasta que el telón cae detrás de nosotros.

—Vístete. —Es lo único que consigue decir antes de que la cortina vuelva a crujir y Vince y Canon entren un instante después que nosotros—. Ahora —añade Rhys.

Los ojos le brillan cuando me quedo ahí de pie, mirándolo fijamente.

El pasillo que lleva al vestuario es mucho más corto a la vuelta de lo que parecía de camino al escenario, pero puede que sea porque lo recorro a toda prisa, esta vez sin preocuparme por los zapatos o los tobillos. Abro la puerta de un empujón y me desplomo contra ella cuando se cierra de nuevo.

—Bonita chaqueta.

Payton está sentada de lado en un sillón de piel. Las piernas le cuelgan por un lado y la cabellera rubia por el otro mientras sujeta unas uvas por encima de la cabeza. Arranca una del racimo con la boca y arquea las cejas hacia mí.

—Qué rápido.

—Payton. —Me aparto de la puerta de un empujón, todavía temblando un poco. Sacudo los zapatos para quitármelos y caen al suelo con un ruido sordo detrás de otro—. Ha sido horrible.

—¿Qué ha pasado?

Se incorpora en el sillón con los ojos muy abiertos.

—Lawson está ahí fuera. ¡Y Canon!

—Oh. —Vuelve a recostarse en el sillón—. Bueno, claro. Son amigos, así que tiene sentido.

—¿Por qué no se me había ocurrido que podían haber venido? Qué vergüenza.

Estrecho la chaqueta de Rhys aún más a mi alrededor antes de recordar sus instrucciones de que me vista, pero la chaqueta huele a él y soy reacia a quitármela.

—¿Te ha ganado Rhys o qué?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Porque no lo sé. Estaba de pie en el escenario, bajo el foco, y un instante después Rhys me cubría con la chaqueta y me decía que me vistiera.

—Parece que te irás con Rhys.

—Puede ser —coincido con ella mientras me subo los pantalones por las caderas—. Estoy como una cabra, Payton.

—Estoy de acuerdo. Pero dime por qué crees que estás como una cabra para ver si nos referimos a lo mismo.

Le lanzo una mirada asesina antes de darle la espalda para quitarme el

picardías de seda y ponerme el sujetador de encaje a juego con las bragas que llevaba debajo. Nunca había tenido ropa interior que combinara. Es decir, a juego de verdad. Porque la combinación normal es un sujetador blanco y ropa interior que tenga lunares blancos o rayas o algo así. Me paso una camiseta por la cabeza y vuelvo a girarme hacia Payton mientras me saco el pelo del cuello de la camiseta.

—Porque me pone. La idea de irme de aquí con él cuando ha pagado para tener ese derecho. Aunque he odiado estar encima del escenario, me ha gustado que me saque de él a rastras y me haya ordenado que me vista. Pero, en realidad, ¿quién narices se cree que es para ordenarme que me vista, sabes? Soy dueña de mí misma. Puedo llevar un camisón en público si me da la gana. Puedo acostarme con quien quiera y cuando quiera. Sé que no tengo que justificarme por querer que Rhys tome las riendas, me dé ordenes y me maneje. Pero, ¿estoy contribuyendo a un modelo de sexo patriarcal y anticuado porque me guste algo así?

—Madre mía.

—Lo sé.

—No —dice con un gran suspiro—. Es que pensaba que te referías a los pijamas de sábanas.

Se abre la puerta y las dos nos giramos. Es Vince. Vince con una sonrisa de verdad en la cara.

—Después de una pequeña guerra de pujas he conseguido que llegue a los quinientos.

—¿Quién ha llegado a los quinientos?

—Rhys —contesta Vince mirándome como si estuviera loca—. ¿No era eso lo que pretendíamos, Lydia?

Repito esas palabras una y otra vez en mi cabeza mientras me dejo caer en uno de los sillones de piel del vestuario. Los sillones son otro detalle que no esperaba, además de la bandeja de fruta de la que estaba comiendo Payton, pero ahora no es momento de centrarse en ninguna de esas dos cosas.

—¿Quinientos mil dólares, Vince?

—Podría haber conseguido que llegara al millón muy fácilmente, pero lo considero una especie de amigo, así que he dejado que se salga con la suya por quinientos.

Vince se encoge de hombros y le asoma una sonrisa en la comisura del

labio, como si le encantara la idea de la amistad o de intercambiar medio millón de dólares, no sé muy bien cuál de las dos—. Lo tienes cogido por las pelotas, ¿no?

—¡No lo tengo cogido por ningún sitio! —chillo—. ¡Si supiera cómo conseguirlo no estaría aquí hablando contigo! —Tomo una bocanada de aire antes de continuar—. Sabe que no tengo ninguna habilidad sexual secreta, ¿no? No me has vendido por más de la cuenta, ¿verdad? ¿Qué le has prometido? ¿Qué guerra de pujas? ¿Qué piensa que ha comprado por quinientos mil dólares? —Mi tono de voz aumenta cuando repito la cantidad, porque es desorbitada y ahora me ha entrado el pánico—. ¿Cree que me ha comprado para una orgía? Porque no pienso acostarme con sus amigos o algo así de raro. No pienso hacerlo.

—Yo lo haría —interviene Payton—. Solo se vive una vez, ¿no?

—No tengo ni idea de qué le va —añade Vince—. Tú eres la que lo quería tan desesperadamente. —Se encoge de hombros, como si lo que le va o no le va a Rhys no tuviera importancia—. Relájate, Lydia. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

Se produce una pausa muy larga e incómoda, porque no sé que responder a eso, en realidad. No tengo ni idea de qué clase de monstruo es o no es Vince.

Arquea una ceja ante mi silencio y sacude la cabeza.

—¿Quieres que te lo deletree? Coño. Culo. Boca. Le he dicho que tomas la píldora. En cuanto al resto, tú ya le pondrás al corriente si algo es demasiado para ti o si no te sientes cómoda. No soy un maldito proxeneta, por el amor de Dios. Te estoy haciendo un favor.

No se equivoca. Entonces añade dos palabras que me pillan desprevenida.

—Un mes.

¿Un mes? Me muerdo el labio inferior —¡que le den al pintalabios!— y miro fijamente a Vince sin mediar palabra. Me balanceo sobre las rodillas y jugueteo con el dobladillo del camisón mientras pienso. ¿Un mes? No habíamos discutido cuánto tiempo sería porque supuse que ser prostituta se hace por horas.

Pero al parecer es negociable.

Y lógicamente, haber conseguido un mes es una gran victoria para mí.

—Pensaba que sería solo una noche —digo por fin, inclinando la cabeza

hacia atrás para mirar a Vince—. ¿De dónde ha salido lo del mes?

—Tienes que hacer concesiones mutuas cuando negocias, Lydia. Le hemos dado un mes y hemos recibido medio millón.

Ese estúpido medio millón. Es ridículo y me pone un poco enferma. ¿A lo mejor de media no está tan mal? Hago los cálculos rápidamente y determino que equivale a unos quince mil o dieciséis mil por noche. Que sigue siendo muchísimo, demasiado. Espero que Rhys no sea siempre tan irresponsable económicamente. Aunque, pensándolo bien, yo sigo utilizando la cuenta de Netflix de mis padres, así que no debería juzgar tanto.

—¿De verdad estamos hablando de esto? ¿De verdad estáis teniendo esta conversación? —Payton pasa la mirada de Vince a mí con expresión de incredulidad—. Acepta —le dice Payton y luego se gira hacia mí—. Aceptas. Es hora de ganarse la insignia de Rhys.

Capítulo 17

Lydia

Rhys me está esperando fuera. Y con fuera me refiero a que me espera con el coche en la entrada trasera.

No sé si debería ofenderme porque utilice la puerta de atrás o si es así como recoge a todas las chicas.

Vince y Payton me acompañan a la puerta. Vince la abre de un empujón y la mantiene abierta para dejarme pasar.

—Que te diviertas —dice y, cuando salgo por la puerta, Payton añade:

—¡Mucha polla!

Hay un coche justo enfrente, deportivo y bajo. El motor está ronroneando y los faros proyectan un amplio haz de luz que atraviesa el aparcamiento. El asiento del copiloto está a mi lado, así que no tengo que andar mucho, lo cual agradezco, porque aun con zapatos planos me siguen temblando un poco las rodillas.

Hace frío, lo que en Las Vegas significa que la temperatura ha bajado a menos de quince grados. El único abrigo que tengo es la chaqueta de Rhys, que llevo doblada en el brazo. Espero que no quiera ir a ningún sitio, porque no tengo chaqueta propia. Aunque ya es tarde, y no creo que quiera dar un paseo por el parque esta noche. Espero que no quiera dar un paseo esta noche. Cuando llego al coche, abro la puerta del copiloto y, antes de entrar, me inclino para echar un vistazo al interior y asegurarme de que el conductor es Rhys. ¿Te imaginas que me subo al coche equivocado después de todo lo que

ha pasado?

Es Rhys.

Me deslizo al interior y cierro la puerta detrás de mí. Tiene la mirada fija al frente y pone el coche en marcha antes de que yo haya tenido la oportunidad de abrocharme el cinturón. Dejo el bolso en el suelo y su chaqueta arrugada sobre mi regazo. Echo mano al cinturón y me lo abrocho mientras acelera para salir del aparcamiento y se incorpora al tráfico.

Todavía no me ha mirado.

—Hola —empiezo, porque no estoy segura de qué más decir y él está actuando de forma extraña.

Gruñe como respuesta.

Aliso la chaqueta otra vez, la arreglo con cuidado para que no se arrugue. Después juego con el dobladillo de mi camisa, arrugo la tela con los dedos con nerviosismo; no me importa que la mía tenga arrugas. Cuando empiezo a tiritar, Rhys pulsa un botón del salpicadero y el aire caliente empieza a salir suavemente de la rejilla de ventilación.

—¿En qué estabas pensando, Lydia?

Vale, así que ahora vamos a hablar.

—¿En qué cojones estabas pensando?

Está enfadado. Muy enfadado.

—¿Lo dices por el dinero? —le pregunto—. Porque...

—No llego a decir mucho más, porque me interrumpe.

—No, no es por el dinero, Lydia. Con medio millón ni siquiera cubriría el presupuesto de la fiesta de inauguración del casino. Vales menos que las figuritas de recuerdo, así que no te preocupes por el dinero.

Vaya.

Se ha arremangado la camisa hasta los codos, los músculos del antebrazo se le tensan mientras maneja el volante. Aprieta la mandíbula y sigue sin dirigirme la mirada.

—Solo dime la verdad, ¿este ha sido siempre tu plan?

¿Qué?

—No, claro que no.

El plan tiene menos de dos días, así que no. Ni siquiera es un plan, es más bien una idea loca e irracional.

—Una maldita virgen. Pensaba que eras diferente, joder, Lydia.

—Un momento, ¿estás enfadado conmigo por algo que no he hecho? No es justo. Es discriminatorio. No puedes discriminarme por no tener experiencia.

—Dejaste que te susurrara obscenidades al oído pensando que sabías de lo que estaba hablando.

—¡Me gustaron las obscenidades!

—Por Dios.

Aparta una mano del volante y se la pasa por la mandíbula como si estuviera estresado.

—Vale. —Se me entrecorta la voz e intento recomponerme para no llorar—. Estás enfadado. Lo siento. Pensé... —Me detengo antes de decir nada más—. Llévame allí otra vez. Es obvio que no estás interesado en mí. No sé por qué has pujado por mí. Vuelve a llevarme al club.

Vince me va a matar. A lo mejor literalmente, no lo sé. Tendrá que devolverle el dinero a Rhys y es probable que haga que le reembolse el dinero que ha perdido, algo que yo nunca, en la vida, podré hacer. Me cobrará intereses y la cantidad seguirá aumentando y aumentando, como ocurre cuando le debes dinero a la mafia, hasta que me vea obligada a hacer un trato que implique enterrar un cadáver o mentir a los federales.

No puedo creer lo mucho que me he esforzado por este capullo.

—¿Llévarte allí otra vez? —Se ríe, pero no me gusta su tono—. He pagado todo el dinero. Te quedas conmigo.

—¡Vale! Vale, si es lo que quieres.

—¿Si es lo que quiero? —Suspira como si le hubiera agotado en los pocos minutos que llevamos juntos en el coche—. No tengo tiempo para esto ahora mismo, Lydia. Por si no te has dado cuenta, ahora mismo no tengo tiempo ni para respirar.

—Lo sé, pero he buscado en internet y he leído que la mayoría de las parejas practican sexo durante una media de siete a trece minutos, y no me importa si se acerca más a los siete minutos. Podemos ir rápido.

—¿Qué? —Estamos parados en un semáforo y por fin se gira para mirarme. Le brillan los ojos en la oscuridad, inquisitivos, y los entrecierra cuando inclina la cabeza un instante hacia mí.

—Has dicho que no tienes tiempo —le digo despacio, no muy segura de

qué es lo que no entiende—. Pero solo nos llevará siete minutos —Él no dice nada así, que sigo hablando, preguntándome si entendí mal lo que leí—. A lo mejor podrías saltarte siete minutos de sueño esta noche y aun así seguir según lo previsto. —Creo que es una solución muy razonable, pero él se inclina sobre el volante y se ríe tanto que me da miedo que se salte un semáforo—. O podemos esperar hasta después de la inauguración —le ofrezco y me encojo de hombros, intentando fingir que no estoy decepcionada, como si no tuviera importancia. Pero tiene mucha importancia. No voy a perder la virginidad nunca en la vida.

—Es probable que sea el medio millón mejor gastado de mi vida — murmura, pero no estoy muy segura de si se dirige a mí—. Por cierto, ¿qué vas a hacer con él? Con el dinero.

Tamborilea con los dedos de la mano derecha rápidamente en el volante, como si estuviera inquieto. No sé si es por mí o por el semáforo en rojo.

—Pagar el préstamo de estudios —respondo, cruzándome de brazos mientras suelto la mentira. No me apetece hablar del dinero con él. Nunca lo quise, solo quería a Rhys. Solo quería pasar más tiempo con él, tener la oportunidad de entenderlo un poco mejor, de explorar la conexión que tuve con él en el bar, la conexión que sé que él también sintió. Puede que él no se enamorara tanto como yo, pero sé que sintió algo.

Además, no he hecho grandes planes para el dinero. Mi trato con Vince fue llevarme el cincuenta por ciento. Pensaba que sería el cincuenta por ciento de diez mil, no el cincuenta por ciento de quinientos mil. Tendré que reelaborar mis planes.

—Ya sabes cómo es. Los intereses no son cosa de broma

—añado, mirando por la ventana para evitar mirarlo a él.

—Vale —dice, pero su tono indica que piensa que soy una mentirosa. Que no me cree. Que soy una zorra materialista y estafadora.

Llegado al Windsor y Rhys guía el coche hasta la zona de empleados del aparcamiento, pero a una sección en la que no he estado nunca. Accedemos a ella después de atravesar una barrera en la que pone «privado». Luego aparca en una plaza numerada y apaga el motor. Nos quedamos sentados en silencio durante unos segundos, Rhys mirando al frente, a la pared de hormigón, y yo observándolo a él desde el asiento del copiloto.

—Bueno.

Me desabrocho el cinturón y abro la puerta. Rhys sigue mi ejemplo y nos encontramos junto al maletero del coche, cara a cara. Lo miro por debajo de las pestañas, pero ya se ha dado la vuelta y se dirige a los ascensores.

Marca una serie de números en un panel y las puertas del ascensor se abren. Una vez dentro, y me fijo en que este ascensor solo se detiene en una serie de plantas. En el aparcamiento, en las plantas de la segunda a la cuarta y en la trigésimo cuarta planta, donde se encuentran las suites ejecutivas. Ni siquiera sé dónde da este ascensor en la cuarta planta. Es obvio que es privado y que está reservado para personal ejecutivo.

Las puertas se abren en la trigésimo cuarta planta, que es prácticamente igual que el resto de las plantas para huéspedes. Rhys me guía, sus pasos casi no hacen ruido sobre la moqueta de felpa, y se detiene delante de unas puertas dobles que dan a un gran vestíbulo marmolado. Al otro lado, detrás de una zona de descanso con un sofá rinconero enorme, hay unos ventanales del suelo al techo con vistas al Strip. Es muy bonito. Y también un poco triste. Parece una combinación entre una casa modelo y la suite de un hotel. No parece que esté habitada.

—¿Cuánto hace que te mudaste aquí? —pregunto.

—Poco menos de un año.

—¿Dónde están tus cosas?

—¿Qué cosas?

—¿Libros? ¿Chismes? ¿Algo que sea tuyo?

—Todo es mío. Soy el dueño del hotel.

Es otra forma de verlo, supongo.

—Gracias por la chaqueta —ofrezco, tendiéndosela para que la coja.

Baja la mirada hacia lo que tengo en las manos como si no se hubiera dado cuenta de que sostenía algo. Me la quita junto con el bolso, se da la vuelta y desaparece por un pasillo que deduzco que lleva hasta su habitación.

Yo me quedo de pie en el mismo sitio, porque nunca he vendido mi virginidad, así que no sé cuál es el protocolo correcto que debo seguir o qué se supone que debo hacer.

Rhys reaparece y pasa por mi lado sin mirarme en su trayecto hacia un bar situado en el extremo opuesto de la sala de estar. Lo sigo despacio y me quedo al otro lado de la barra mientras él se prepara una bebida. Es un

chupito de algo, no sé muy bien de qué. Si soy sincera, tampoco estoy muy familiarizada con el alcohol. Solo tengo veintidós años y no bebía mucho cuando era menor de edad. Y con mucho quiero decir nada.

—¿Me sirves uno?

—¿Lo necesitas?

Responde de forma cortante y clava la mirada en la mía mientras se bebe el chupito de un trago.

—¿Por qué estás siendo tan cruel?

—¿Cruel? —Arquea las cejas sorprendido—. ¿Cruel?

—repite con una carcajada—. ¿Te acabo de salvar del salido de Stan y soy cruel? —Sacude la cabeza—. Ahora, en lugar de eso, tienes que apañártelas con el salido de Rhys —masculla para sí mismo.

—No creo que seas un salido —le respondo negando con la cabeza.

Tampoco he pensado que Stan fuera un salido, suponiendo que se refiera al hombre mayor que ha pujado por mí, pero no creo que mencionarlo ahora mismo sea lo más adecuado. Era superviejo y no quería acostarme con él, pero parecía bastante agradable.

—Acabo de comprarte, Lydia. Para mantener relaciones sexuales.

—Compras a muchas chicas para tener relaciones sexuales —le contesto, porque no estoy muy segura de por qué es tan importante que haya pagado por mí. No es como si no lo hubiera hecho antes, pero entrecierra los ojos y parece molesto otra vez—. No ha sido en contra de mi voluntad —añado, por si acaso no le ha quedado claro—. Fue idea mía. La subasta fue idea mía. No le debo dinero a la mafia. O por lo menos todavía no.

Deja un segundo vaso en la barra, llena los dos y desliza uno hacia mí cuando termina. Lo cojo, me lo pongo contra los labios y, aunque no hay mucho en él, doy un sorbito en vez de bebérmelo de un trago como ha hecho él.

—Es asqueroso —balbuceo y dejo el vaso sobre la barra.

—Es *whisky* escocés —responde él—. ¿Siempre quieres cosas que terminan por no gustarte, Lydia?

—No, normalmente no. Pero una vez compré una sábana fea en el Goodwill pensando que sería bonita cuando la convirtiera en pantalones de pijama y me equivoqué. —Levanto las manos en un gesto de derrota—. Los

pantalones eran igual de feos que la sábana. Pero no sé si era algo que quería. Fue más bien una mala compra, pero las compré al cincuenta por ciento porque tenían una etiqueta rosa y era la semana de las etiquetas rosas, así que fue más bien un experimento que una mala compra —termino atropelladamente. Creo que estoy nerviosa. Me pregunto si debería probar otro trago del terrible *whisky*. Mientras lo sopeso, se me ocurre otra cosa—. A lo mejor yo soy una mala compra ¿Qué estoy haciendo aquí? Pensaba que estabas demasiado ocupado para hacerlo. Podría haberme ido a casa con mi compañera de piso.

Rhys ha rodeado la barra mientras yo farfullaba y acaba de detenerse justo delante de mí. Me coloca un dedo debajo de la barbilla y me hace levantar la cabeza para darme un beso suave en los labios.

—¿Por qué me haces esto? —me susurra al oído.

Ya no parece tan enfadado.

—¿Vamos a hacerlo? ¿Vamos a acostarnos?

—Sí, vamos a acostarnos —confirma él, y me toma de la mano.

Capítulo 18

Lydia

—¿Es lo que quieres?

—Sí —asiento rápido varias veces—. Sí, sí, sí.

Nos hemos trasladado a su habitación, en la que hay otra serie de ventanales del suelo al techo y otra vista inestimable del Strip. Tiene una cama enorme muy bien hecha con las sábanas dobladas hacia abajo para la noche. Me pregunto si tiene servicio de limpieza o si se hace la cama todos los días.

Vuelve a besarme, presiona los labios suavemente contra los míos y después se mueve por la habitación mientras yo me quedo clavada en el sitio, justo en el umbral de la puerta. Se desabrocha el reloj, se lo pasa por la muñeca y lo mete en el cajón superior de la cómoda. Después deja la cartera en el mismo sitio y se desenrolla las mangas de la camisa.

—El miedo no me pone, Lydia.

No tengo miedo, solo estoy indecisa. No sé qué tengo que hacer. No sé qué quiere. No sé si tengo que desnudarme completamente y tumbarme en la cama o si debo quedarme solo con el sujetador y las bragas nuevos para que pueda quitármelos él mismo.

—No tengo miedo, solo que no sé qué se supone que tengo que hacer. No me gusta tomar las riendas, Rhys.

—Entonces, ¿quieres que te diga qué tienes que hacer?

—¿Te importaría? —Exhalo de alivio. Por fin lo entiende—. Mándame.

Enséñame. Dime guarradas. Es lo que me gusta. Se me da bien seguir instrucciones. Y las reglas. Me encantan las reglas. Son muy claras, inequívocas y sensuales.

Avanza hasta quedar delante de mí, tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—No podemos ser nada más que esto, Lydia. Un mes. No busco nada más. No va a ser una especie de fantasía en la que vivamos felices para siempre. —Desliza la mano por mi brazo y yo me estremezco como respuesta. Me sostiene la mirada para asegurarse de que lo escucho—. Solo sexo. Esa es la regla.

—Tranquilízate, Rhys. No me voy a enamorar de ti solo porque seas el primero.

No creo. Puede. Es probable que haya un quince por ciento de posibilidad de que ocurra. En el mejor de los casos.

—El primero. —Repite las palabras despacio, su aliento cálido me roza la sien—. Arruinaré tus experiencias con cualquier otra personal —dice con suavidad, y no sé si se trata de una promesa o de una advertencia.

Me guía con las manos en las caderas y me hace avanzar de espaldas hasta la cama, trazándome los labios, la mandíbula y el cuello con los suyos. Me levanta la camiseta. Yo levanto los brazos y me la pasa por la cabeza cuando la parte trasera de mis muslos choca con el colchón. Me desabrocha los vaqueros y me baja la cremallera. Supongo que sí que tengo un poco de miedo. Pero es un miedo eufórico, como la sensación que tienes cuando una montaña rusa asciende hasta la cima y no ves cuándo descenderá, pero sabes que será pronto, sabes que en cualquier momento llegarás a la cumbre y el tiempo se detendrá durante un segundo, un segundo que parecerán diez; después volarás y girarás y planearás tan rápido que lo único que podrás hacer será aferrarte con las manos al arnés de seguridad y disfrutar de la atracción, a pesar de que es aterradora y no estás del todo segura de que no vayas a morir.

Algo así.

Me baja los vaqueros por las caderas y las piernas y se inclina para liberármelos de los tobillos. Apoyo una mano en su hombro y me los quito, un pie detrás del otro.

—Siéntate —me dice, y yo lo hago. Se ha arrodillado a los pies de la

cama y me ha separado las rodillas para poder colocarse entre ellas.

—Es bonito —dice pasando la yema del dedo por la curva de mi pecho, donde mi nuevo sujetador de encaje descansa contra la piel.

—Gracias —le respondo con los ojos fijos en su dedo mientras me roza un pecho, se hunde en el escote y asciende, repitiendo el recorrido por el otro—. Las braguitas son a juego —añado, por si no se ha dado cuenta y porque es muy importante para mí.

—Pues sí —murmura dándome la razón y después me besa bajo la oreja derecha. Su aliento me roza el cuello y la barba me lo araña ligeramente. La combinación hace que me vuelva loca—. Vamos a echar un vistazo. —Me empuja hacia atrás con suavidad para que descansa sobre los codos mientras desciende con el dedo por el centro de la barriga hasta que alcanza su destino—. Muy bonitas.

No se equivoca. Son muy bonitas.

Agacha la cabeza y me besa. Justo ahí. Justo encima de la ropa interior de encaje sofisticada, y creo que me voy a morir. Porque me da vergüenza. Porque me gusta. Porque quiero que lo haga una y otra vez. Rhys presiona la nariz contra mi ropa interior e inhala, con los ojos fijos en los míos. Madre mía, ¿eso lo hacen todos los hombres? Rhys sí. Apuesto a que Rhys hace muchísimas cosas y me las va a hacer todas a mí. Me muerdo el labio cuando Rhys introduce los pulgares bajo los laterales de la tela y la hace descender por los muslos. Sus dedos rozan los puntos sensibles de debajo de las rodillas y las pantorrillas hasta que la tela me llega a los tobillos.

—No tienes vello —dice frotando el área de piel vacía del pubis con el pulgar—. La última vez sí.

—Ya has visto el conjunto que llevaba. Creí que lo mejor sería quitármelo todo, por las luces y eso. En el escenario.

Aprieta la mandíbula.

—¿Te lo has afeitado o te lo han hecho con cera?

—Me lo he afeitado —le respondo, no sé muy bien por qué me resulta tan difícil pronunciar tan pocas palabras, pero estoy casi sin aliento y el corazón me late a mucha velocidad.

—La próxima vez dejarás que lo haga yo —dice, y continúa su inspección con el pulgar.

—¿Por qué? ¿Me he dejado un trozo?

Intento cerrar las piernas, pero él está situado entre ellas y tiene los hombros muy anchos, así que el movimiento no consigue que las cierre demasiado.

—No.

Utiliza el otro pulgar para separarme los labios y desliza la lengua y madre mía. Dejo caer la cabeza hacia atrás con un gemido y aprieto los muslos contra sus hombros.

—¿Entonces por qué quieres hacerlo?

—Porque me excitará. Separarte esas bonitas piernas. Cubrirte de crema de afeitar. Recorrerte cada centímetro con cuidado con una cuchilla mientras tú te ruborizas de la cabeza a los pies.

Vuelve a lamerme, recorriéndome lentamente de arriba abajo con la lengua, y acaba atrapándome el clítoris entre los labios. Cierro los puños alrededor de la colcha e intento no restregarle la pelvis contra la cara. Joder... No sé, no sé cómo debería sentirme, pero madre mía. La lengua es cálida y suave, contrasta con la barba abrasiva del mentón, y la mezcla de sensaciones me hace sentir todo tipo de cosas.

—Me tomaré mi tiempo para hacerlo —continúa él, acariciándome el interior del muslo con la nariz y recorriendo a besos el camino de vuelta a mi centro—. Iré despacio. Examinaré cada centímetro de tu cuerpo. Lo haré de modo que no puedas afeitarte tú sola nunca más sin excitarte al recordar cómo te sentiste cuando lo hice yo.

No puedo responderle porque me cuesta respirar. Me gusta muchísimo la idea.

—Mi buena chica tiene el coño muy húmedo, ¿verdad que sí? ¿Quieres que juegue con él? ¿Que me moje los dedos?

Sí. Dios, sí.

Bordea mi entrada con la yema de un dedo, una y otra vez, y después me acaricia el clítoris con él, estoy a punto. Luego lo hace otra vez y otra más. Cuando por fin desliza un dedo en mi interior ya estoy húmeda de sobra, pero la intromisión me sigue resultando extraña y me pongo tensa. Se me tensa todo el cuerpo, los muslos y las rodillas y los puños, con los que arrugo la colcha, pero en especial el punto en el que se encuentra el dedo. Pero él no se detiene, me lame el clítoris hasta que me relajo y después hace algo de magia hasta que me corro. Siento que me estremezco alrededor del dedo y, cielos, los

orgasmos son distintos con la penetración y quiero más. Lo quiero a él. En cuanto retira el dedo vuelvo a quererlo dentro de mí, quiero más que un dedo. Me siento vacía y dolorida, lo necesito dentro de mí pronto o explotaré.

Me ayuda a ponerme en pie y me besa. Sabe a mí, es sucio e impactante, pero también algo emocionante y primitivo. Me desabrocha el sujetador. Las tiras se me deslizan por los brazos hasta que la prenda cae al suelo y me quedo completamente desnuda. Estoy desnuda con Rhys. Es el mejor día de mi vida. Excepto que él no está desnudo.

—Sigues vestido. ¿Se supone que debo...? —Hago un gesto hacia su camiseta—. ¿Se supone que debo hacerlo yo o lo haces tú? ¿O te gusta dejarte la ropa puesta cuando tienes relaciones sexuales?

Se ríe. Los ojos le bailan divertidos mientras se desabrocha la camisa y se la quita con un movimiento de los hombros.

—No, no voy a follarte con la ropa puesta, Lydia.

—Oh, menos mal. Hace mucho tiempo que quería verte desnudo. Semanas. Desde el bar. La primera vez en el bar, no la segunda. ¿Puedo quitarte los pantalones?

Mis dedos vacilan en la cinturilla, listos para desabrocharle los botones y bajarle la cremallera, pero espero a que me dé su permiso.

—Por favor —dice. Mis dedos se ponen en marcha para desabrocharle el cinturón, los botones y la cremallera. Es más difícil hacerlo al revés, quitarle los pantalones a otra persona en vez de a ti misma, pero me las arreglo. Me las arreglaría aunque fuera un puzle de mil piezas en vez de solo una cremallera y un botón, porque tengo muchísimas ganas de quitarle los pantalones.

Cuando se los desabrocho, caen al suelo y lo único que me separa del sexo es un par de calzoncillos, así que me libero de ellos rápidamente.

Es hermoso. De la cabeza a los pies. Podría pasarme la noche entera mirándolo o todo el mes o para siempre. Pero no tengo todo el tiempo del mundo, ni siquiera toda la noche, ya que a Rhys le preocupan los horarios, así que asimilo tanto como puedo lo más rápido posible.

Porque, Dios mío, sé qué aspecto tiene Rhys Dalton desnudo. El rastro de vello que le cubre el pecho. Los abdominales tonificados, el vientre plano y la estela de vello que desciende del ombligo al pene. La marca de nacimiento que tiene en la cadera izquierda y la definición de las líneas que se le forman

en los abdominales. Rezo en silencio por poder mirarle bien el culo antes de que esto acabe, porque necesito saber qué aspecto tiene debajo de los pantalones del traje. Entonces, demasiado pronto, me guía hasta la cama. Porque es el momento. Esto es el sexo.

Salvo que no lo es.

Capítulo 19

Lydia

Todavía no, porque dedica muchísimo tiempo, mucho más de siete minutos, solo a besarme. A besarme y acariciarme el cuello, los pechos, las caderas, los muslos. Son caricias largas y tranquilizadoras, me roza suavemente con la punta de los dedos descendiendo por el cuerpo hasta volver a descansar la mano entre mis piernas. Entonces repite lo de la lengua y el dedo. Estoy muy, muy húmeda y resbaladiza, pero, cuando añade otro dedo, noto lo tenso que está. He visto de primera mano que es mucho más grande que dos dedos, así que no estoy segura de cómo vamos a hacerlo.

—Se te da muy bien la lengua —consigo decirle después de haberme corrido por segunda vez, mientras él me besa el interior de los muslos como si fueran interesantes.

—¿Habías recibido sexo oral alguna vez, Lydia?

—No. ¿Pasa algo? ¿Lo estoy haciendo mal?

¿Voy demasiado rápido? ¿Demasiado lento? ¿Hago demasiado ruido? ¿Poco ruido? Me invade el miedo mientras me pregunto si a otras chicas se les da mejor correrse que a mí, lo cual es una estupidez. Sé que es una tontería, pero no tengo con qué compararlo. A lo mejor me ha practicado sexo oral dos veces porque quería que reaccionara de forma distinta. Joder, no lo sé.

Noto que sonrío contra mi muslo. Es rara pero agradable.

—Eres perfecta —dice, y me da otro beso en el muslo. Arrastra el labio

inferior por mi piel; la caricia de su vello facial me estimula en sitios extraños.

Me da un beso en la tripa, justo debajo del ombligo. Vuelve a decirme que soy perfecta y yo le creo. Notar su miembro rozándome la pierna mientras lo dice, y notarlo duro, ayuda. En realidad, está duro por todas partes. Tiene el cuerpo muy firme y tenso y cálido y pesa lo justo encima de mí, como una manta masculina. Se desplaza sobre mi cuerpo en sentido ascendente, besándome y acariciándome, haciendo que me estremezca con más expectación que en un parque de atracciones repleto de montañas rusas. Vuelve a besarme. Tenemos las piernas entrelazadas y su pene descansa sobre mi tripa. Quiero tocarlo. Debería tocarlo, ¿no? ¿Masturbarlo?

—Dime qué tengo que hacer —le suplico acariciándole los antebrazos con las manos.

—Haz lo que quieras —responde él, dándome otro beso suave en los labios.

Está tan cerca de mí que puedo ver las pequeñas arrugas que se le forman alrededor de los ojos y cómo le late el pulso en el cuello. Le paso la yema del dedo por una de las cejas solo porque puedo, porque está en la cama, conmigo. Luego deslizo la mano entre nosotros y le acaricio el miembro con la punta de los dedos. Le revolotean los párpados cerrados, tensa la mandíbula y se le escapa un pequeño siseo cuando lo toco, así que me anima a hacer más. A rodearlo con el dedo y el pulgar, tanto como puedo, y arrastrar la mano de la base a la punta. Lo noto extremadamente largo y grueso en mi mano. Me pone nerviosa imaginarlo dentro de mí, pero lo deseo al mismo tiempo. Estoy húmeda y necesitada y desesperada e impaciente. Y nerviosa..., eso también.

—¿Lo estoy haciendo bien?

Le he rodeado el miembro con la mano y se lo acaricio despacio pero con firmeza. Me fascina el glande, la pequeña cumbre de piel que me ayuda a saber que he llegado a lo alto, y que la piel sea un poco más suave allí. También el pequeño orificio de la punta, en el que he encontrado una gota de líquido preseminal que he restregado entre el índice y el pulgar para utilizarlo como lubricante al masajear el glande.

—Perfectamente —responde con otro siseo. Le lanzo una mirada bajo las pestañas y después me incorporo para darle un beso en el pecho.

—¿Debería usar la boca también?

—Joder, no —dice y su pene se estremece en mi mano.

Oh. Me detengo, insegura, hasta que él coloca su mano sobre la mía, aumenta la presión y continúa la rotación de caricias arriba y abajo. Aprieta con más fuerza, con más rapidez y hace que nuestras muñecas giren al mismo tiempo.

—Ahora no. En cualquier momento menos ahora.

—Vale.

Le sonrío e intento frotarme contra su muslo, porque en realidad yo tampoco quiero meterme su pene en la boca ahora mismo. Quiero que dé el siguiente paso.

Esta vez lo hace.

Me separa los muslos, se arrodilla entre ellos y coloca; una almohada debajo de la cadera.

Oh, Dios, está ocurriendo de verdad. El pecho me sube y baja con la respiración mientras Rhys me coloca; se pasa mis muslos separados por encima de los brazos para que mantenga las piernas abiertas. Me acaricia el interior de los muslos con las palmas de las manos y después se posiciona en mi entrada. Siento el glande en la abertura de mi vagina y también puedo verlo todo, gracias a la posición en la que nos ha colocado. Cierro los ojos con fuerza y contengo la respiración mientras Rhys emite un ruido, una mezcla entre una carcajada y una exhalación.

—Relájate, Lydia.

—Sí, vale.

Suspiro y abro los ojos. Contoneo las caderas sobre la almohada. Estoy relajada.

Me da unos golpecitos con la punta del pene, como unos azotes. Me gusta. Me tenso a su alrededor y debe de gustarle, porque gruñe con los ojos fijos en el punto en el que intenta unirnos. Vuelve a pasarme las manos por los muslos con suavidad en un gesto tranquilizador. Me traza círculos en el clítoris con el pulgar y me gusta mucho. Me siento estupendamente hasta que introduce el glande dentro de mí y vuelvo a ponerme tensa y a contener la respiración.

—Relájate, Lydia —repite Rhys con la mandíbula y los músculos del cuello tensos.

El caso es que tengo muchas ganas de hacerlo, de verdad. Pero nunca me hago daño a propósito y no veo que haya forma de evitar que me duela. Desliza la punta del pene en mi interior y después hacia fuera otra vez; estoy tan resbaladiza, mojada y lista que no me duele. Siento que quiero más, pero cuando empuja más adentro me pongo tensa. En los hombros, las piernas, por todas partes.

Soy la peor prostituta de la historia.

—Lo...

«Siento» es lo que quiero decir, pero no me da tiempo, porque Rhys me pellizca el interior del muslo con mucha fuerza. Y, cuando lo hace, es como si todas mis terminaciones nerviosas se concentraran en ese punto y no pudiera pensar en tensarme en el resto del cuerpo, así que no lo hago. Me relajo y centro la atención en el muslo. En ese momento de distracción, Rhys empuja con un golpe brusco de cadera y está dentro, está dentro y, joder, cómo duele. Con o sin distracción, duele. Es como un desgarró, como si me estuvieran partiendo por la mitad, y escuece. Rhys está muy adentro y se ha tensado encima de mí. No se mueve, respira hondo y se está conteniendo, esperando a que yo haga algo, creo, pero no sé muy bien qué o cómo me siento. Creo que voy a llorar, así que me cubro la cara con las manos.

Me suelta las piernas, se inclina sobre mí y se apoya sobre los antebrazos junto a mi cabeza. El movimiento altera el ángulo de mis caderas y la posición en que está dentro de mí y, ay, Dios, ¿es mejor o peor? No estoy segura. Me aparta las manos de la cara y me besa la sien.

—¿Estás bien?

—No lo sé. —A lo mejor.

—¿Te estoy haciendo daño?

—¡Sí!

Obviamente.

—Mierda.

Empieza a moverse; se aparta de encima de mí inmediatamente y sale con cuidado.

—¡No! —Le rodeo el cuello con el brazo y lo acerco de nuevo a mí—. No te vayas. Es un dolor normal, creo. No tengo ni idea.

Sus labios se curvan en una sonrisa, aunque veo tensión alrededor de sus

ojos, como si le doliera ir así de despacio, quedarse así de quieto.

—Dime cómo te sientes.

—¿Cómo me siento, ahora mismo?

—Sí, por favor —insiste. Es a la vez una exigencia y una súplica. Me da un beso en la mandíbula, y el movimiento genera un ligero cambio en la posición, una nueva sensación minúscula a la que adaptarse.

—¿Cómo me siento al tenerte dentro de mí?

Me ruborizo solo de decirlo. Siento que el color me tiñe las mejillas cuando las palabras salen de mi boca.

—Sí, eso mismo. Dímelo.

—Como si me estuvieras rompiendo, pero también puede que me guste.

Parece fascinado por mis respuestas. Me recorre el rostro con los ojos con una mirada intensa.

—Llena. Me siento muy llena. Es cálido y ceñido y apretado. También duele, es como estirar después de una carrera muy larga. Pero también me siento bien. La sensación de estar llena es agradable. No tengo ni idea de cómo he vivido sin sentirme así.

Llevo las manos a sus caderas y le acaricio la piel con ellas, le agarro el culo con la punta de los dedos mientras me muevo debajo de él para adaptarme a la penetración. Me doy cuenta de que el dolor ha disminuido hasta convertirse en una pequeña molestia, pero es también una molestia anhelante. Como si quisiera algo más.

—¿Qué más? —me incita él.

Me besa en la comisura de la boca, un roce suave en los labios. No sé por qué eso me excita, pero lo hace.

—Siento una presión. Y como si toda esta presión aumentara o pulsara. ¿Como una palpitación? ¿Puede que también quiera que te muevas? —Es una pregunta-barra-afirmación, porque no estoy del todo segura—. ¡No que te apartes de mí! —añado agarrándole las caderas con más fuerza, temerosa de haberle dado instrucciones erróneas—. No para apartarte de mí, sino dentro de mí.

Sacudo las caderas todo lo que puedo desde mi posición, debajo de él.

Rhys me coge la cabeza entre las manos y me da un beso largo y húmedo con lengua, seguido de mordisquitos en mi labio inferior. Entonces se mueve.

Vuelve a arrodillarse y todavía enterrado en mí, posiciona mis muslos abiertos sobre los suyos y coloca los antebrazos, debajo de las rodillas para sujetarme y mantenerme las piernas bien abiertas.

Desde este ángulo puedo ver dónde estamos unidos. Mi pelvis está elevada sobre la cama y mis manos vuelven a sujetar el edredón con los puños cerrados. Sale de mí y noto la pérdida inmediatamente. Noto que su cuerpo se desliza al dejar el mío y la sensación de plenitud se convierte en vacío. Se detiene con solo la punta del pene enterrada en mí y los dos podemos ver la sangre. Tiene el pene húmedo, cubierto de mí y de manchas de sangre. Contengo la respiración, porque es un poco raro, un poco vulgar, un poco primitivo, y me siento vulnerable en esta situación, pero Rhys no parece asustado para nada. Parece que le gusta mucho, así que exhalo e intento relajarme.

Mueve las caderas y vuelve a empujar. No me importa de qué tenga cubierto el pene siempre y cuando no deje de hacer eso. Repite el movimiento, una retirada lenta seguida de una entrada suave y profunda. Decido que me gusta muchísimo el sexo.

—Buena chica —me alaba cuando levanto las caderas para que se encuentren con las tuyas. Oírlo me gusta casi tanto como el sexo. Me gusta que me alaben, y que me llame buena chica mientras está enterrado en mí es darle un matiz sucio y perverso al refuerzo positivo que me va como anillo al dedo.

—Me alegra que seas tú —le digo con suavidad—. Me alegra estar haciéndolo contigo.

Cierra los ojos durante un instante y traga saliva. Una gota de sudor le baja por el pecho y yo pruebo a tensarme alrededor de su miembro. Todo se vuelve increíblemente estrecho, y la sensación de presión y calor se vuelve más intensa.

—Me gusta —gime él.

Abre los ojos y los entorna. Vuelve a inclinarse sobre mí, sujetándose con una mano y utilizando la otra para doblarme la rodilla hacia su pecho. Es diferente, pero no tengo tiempo de pensar o adaptarme demasiado, porque ahora me está embistiendo. Rápido y hasta el fondo. Con fuerza. Me rebotan los pechos por la intensidad, y el sonido de su piel golpeando la mía hace eco por la habitación. Las luces del Strip destellan, brillan y resplandecen más

allá de las ventanas y yo siento que estoy a punto de hacer lo mismo también. Casi a punto.

Rhys me dobla la pierna todavía más hasta que la rodilla prácticamente me roza la oreja, y madre mía, desde ese ángulo lo noto más dentro, más fuerte y más grande. Lleva el dedo a mi clítoris y sí, claro que sí me gusta el sexo. Arqueo la espalda y le clavo a Rhys las yemas de los dedos en los antebrazos mientras vuelve a susurrarme al oído que soy una buena chica. Estallo por la presión y la fricción, se me tensan las piernas y me corro. Todo es tan apretado y cálido que cierro los ojos con fuerza y de mis labios sale una oleada de gemidos.

Rhys gruñe cuando me estrecho a su alrededor, se queda quieto sobre mí y después vuelve a moverse, dando golpes cortos con las caderas hasta que él también se corre. La tensión desaparece de su mandíbula. Es hermoso, muy hermoso, y no me puedo creer que haya tenido la oportunidad de hacer esto con él.

—Eso ha sido como una oleada —le digo cuando termina y se desploma sobre mí, respirando agitadamente—. Como una oleada cálida e intensa, o puede que como la mejor parte de una montaña rusa o como volar. —Le acaricio la espalda con los dedos, recorriendo sus músculos con las yemas de los dedos y arañándole la piel suavemente con las uñas—. El orgasmo es diferente cuando estás dentro de mí. Ha sido distinto a cuando lo has hecho con el pulgar o la boca. Y húmedo. Ha sido húmedo. Me siento más mojada, creo que porque acabas de terminar dentro de mí. Es algo más sucio, como el desastre de una buena fiesta, no quieres limpiar enseguida. —Permanece en silencio, excepto por el sonido de su respiración—. Lo siento, no se me da bien decir guarradas.

—¿Es que intentas matarme? —me pregunta al oído con un jadeo.

—No. —Sacudo la cabeza contra la almohada—. Claro que no. Quiero poder hacerlo otra vez.

Se aparta de mí con cuidado y siento un vacío instantáneo por la pérdida. Estoy dolorida, me siento dolorida. expuesta y vulnerable. Rhys se levanta de la cama, sale por una puerta abierta y enciende la luz al entrar en el baño. Tiene el trasero perfecto, tal y como pensaba que sería. Apretado y musculoso. Además, tiene unos hoyuelos que debo que explorar la próxima vez.

Me siento en la cama, no muy segura de qué se supone que tengo que hacer ahora. ¿Debería irme? Me ha pagado para eso, ¿no? ¿Para que saliera cuando hubiéramos terminado? ¿Se me permite utilizar el baño primero? Probablemente sus chicas habituales se esfuman al momento, ¿no? Localizo mi bolsa en una silla al otro lado de la habitación, así que me pongo en pie y hago una mueca por el dolor. Sí, mañana lo voy a notar. Me estoy poniendo una camiseta de la bolsa cuando Rhys reaparece.

—¿Qué haces?

—Creía que esta era la parte en la que me dabas una palmadita en el culo y me decías: «Es hora de irse, encanto».

—Siéntate —dice, y señala la cama con un gesto de la cabeza.

No parece que le haya hecho gracia mi valoración de cómo terminará la noche, así que dejo caer la camiseta y vuelvo a la cama. Es entonces es cuando me doy cuenta de que acabo de perder la virginidad en un edredón blanco y mullido, que ya no tiene arreglo y me muero de vergüenza. Quinientos mil dólares y le he estropeado la ropa de cama. Soy una prostituta pésima.

Empiezo a quitar el edredón de la cama, pero él me detiene.

—¿Qué haces? —repite, poniéndome una mano en el brazo.

Parece confundido y me pregunto por qué, ya que me estoy comportando de manera racional.

—Te he ensuciado la cama.

—Lydia, ¿a quién le importa?

A mí. Todo el apartamento es inmaculado y perfecto, y yo soy como un cachorro desordenado al que acaban de adoptar.

—Llamaré al servicio de limpieza y haré que manden uno nuevo —dice con suavidad, acariciándome el brazo—. Ve a darte una ducha.

—Cuando dices que llamarás al servicio de limpieza, te refieres a que quedarás con ellos en la puerta y luego te desharás de la ropa de cama, no a que se la darás a alguien con quien vaya a toparme en la cafetería de empleados el lunes, ¿verdad?

—Yo me encargo.

—Vale.

Asiento para mí misma un par de veces y luego Rhys me empuja con

suavidad hacia el lavabo para que entre. Me doy una ducha escandalosamente larga y reflexiono sobre mis sentimientos mientras utilizo su champú y su gel de baño, porque es lo único que tiene aquí dentro.

Cuando regreso, Rhys está sentado en la cama con la espalda pegada a la cabecera y un portátil apoyado en el regazo. Todo el apartamento está a oscuras, excepto por la luz de una lámpara de noche y el brillo que proviene de su portátil. Ha tapado las vistas al Strip con una especie de sistema de persianas. Han sustituido, enderezado y mullido la ropa de cama, y vuelvo a preguntarme si normalmente la hace él o si el servicio de limpieza viene todos los días.

Estoy envuelta en una toalla, porque no se me ha ocurrido llevarme nada conmigo al lavabo. Sigo teniendo el pelo mojado y sujeto uno de los bordes de la toalla con más fuerza de la necesaria, pues Rhys ya me ha visto desnuda.

Lleva pantalones de pijama de algodón, tiene las piernas estiradas y el pecho desnudo. No parece que tenga la intención de llevarme a casa, pero en realidad ese no es su trabajo, ¿no?

—¿Debería pedir un Uber? —le pregunto acercándome despacio a mi bolsa.

—¿Qué?

Levanta la mirada del portátil y la confusión le inunda el rostro.

—Un Uber —repito—. ¿O un taxi?

—Puedes quedarte —dice y señala el lado de la cama vacío.

Vale.

—¿Qué me pongo? —le pregunto. Abro la bolsa y saco el picardías que llevé antes sobre el escenario—. ¿Quieres que me lo ponga?

Me fijo en que han recogido mi ropa del suelo, la han doblado y la han dejado sobre la silla junto a la bolsa.

—No —responde él—. Eso no. —Creo que ahora lo estoy molestando—. ¿Qué te pones normalmente para dormir?

«Pijamas de sábanas», pienso para mí misma. Nada que el quiera ver.

—No he traído nada que me pondría normalmente para dormir —opto por decir, con el picardías todavía colgándome de la mano. Rhys lo recorre con la mirada y después vuelve a mirar el portátil.

—Coge una camiseta del cajón del medio —añade mientras teclea.

El cajón del medio es un nirvana de camisetas de manga corta suaves. Elijo una azul y vuelvo a entrar en el baño para cambiarme, con la torpe necesidad de tener privacidad.

Cuando me deslizo bajo las sábanas ya me pesan los párpados. Creo que es cuestión de minutos que me quede dormida, lo cual es patético, porque estoy en la cama de Rhys y debería estar disfrutando de la experiencia. Pero he hecho muchas cosas hoy y Rhys está trabajando, así que no creo que quiera que durmamos abrazados o algo por el estilo.

Estoy a punto de quedarme dormida con el sonido sorprendentemente tranquilizador de Rhys tecleando en el portátil cuando recuerdo una cosa.

—Siento que hayamos tardado diez veces más de siete minutos —le digo. Después, me duermo.

Capítulo 20

Rhys

Me despierto con una erección tremenda y el culo de Lydia apretado contra la polla. Porque estoy de lado y le rodeo la cintura con el brazo. Porque estamos abrazados. Estamos abrazados. Joder. Me dejo caer de espaldas, indignado conmigo mismo.

Por muchos motivos.

Dios, la cara que puso anoche cuando vio el edredón, como si a mí fuera a importarme una mierda la ropa de cama. Malditas vírgenes.

Nunca me había follado a una virgen. Nunca había sido la primera vez de nadie y me pregunto si ha sido un error. Un error enorme. Me paso las manos por la cara y clavo la mirada en el techo. ¿Ella es la única cosa perfecta que hay en este apartamento y le preocupa haberme arruinado la ropa de cama? Que le den a la ropa de cama. Lo único que se va a arruinar en este apartamento es ella, porque soy un imbécil depravado que ha comprado a una virgen.

Al acordarme de que su sangre me manchó se me pone tan dura que me resulta incómodo. Y el dulce rubor de sus mejillas, por Dios. ¿Se supone que algo así debe excitarme? Porque lo hace. Quitarle la inocencia. Saber que todo es nuevo para ella. Sus dedos vacilantes pidiendo instrucciones. Pidiéndome que la enseñe. Dios mío. Enseñarla. Se me ocurren cientos de cosas que me gustaría enseñarle, porque soy yo el perverso, no ella.

Entonces, ¿por qué se vendió?

Supongo que la gente hace lo que sea por dinero. A lo mejor no lo comprendo porque siempre lo he tenido. Nací con él y he ido ganando más. Nunca he tenido que tomar decisiones difíciles para conseguirlo. Nunca he estado desesperado. ¿Ella está desesperada? Giro la cabeza y la observo mientras duerme. Su pelo huele a mi champú.

¿Cuántas mujeres me han querido por el dinero? Las suficientes para que pagar por el sexo me pareciera la forma más honesta de llevar una relación. Así es como he llegado hasta aquí, ¿no?

¿Qué coño se supone que voy a hacer con ella durante treinta días?

Pensaba que el trato sería solo por una noche. Después Vince me dijo que la devolviera en treinta días, como si fuera un coche de alquiler. ¿Devolverla adónde? Tiene trabajo, un trabajo de verdad, trabaja para mí en el Windsor. ¿Tiene pensado seguir con este trabajo después de mí? ¿Trabjará para otro... cliente? ¿No son suficientes, quinientos mil dólares para lo que sea que necesita? Puto dinero. Necesito que Canon la investigue y descubra qué tipo de deuda tiene. Es imposible que sea insalvable. Si los quinientos mil dólares no son suficientes para saldarla, yo pagaré el resto. Excepto que... es una locura. No me corresponde a mí cuidar de ella. Es temporal. Esto es temporal. Y aun así tengo curiosidad.

Quiero saber cuánto debe.

Quiero saber cuánto más necesita.

Quiero saber si es demasiado pronto para follármela otra vez.

Probablemente es demasiado pronto. Es probable que esté dolorida. Creo. Malditas vírgenes, joder. ¿Por qué le pedí que me dijera cómo se sentía? Me torturaré a mí mismo repitiendo sus palabras en mi mente durante el resto de mi vida. «Como si me estuvieras rompiendo, pero también puede que me guste. Me alegra estar haciéndolo contigo. Lo siento, no se me da bien decir guarradas.»

Dios.

Tengo que alejarme de ella. Aparto las sábanas de golpe con el propósito de ir al gimnasio a desfogarme lo bastante para evitar abalanzarme sobre Lydia como un animal en celo. Me visto, salgo de la habitación y llego a la cinta en menos de siete minutos, una de las ventajas de vivir en un hotel. El gimnasio está vacío cuando entro. Seguramente permanecerá vacío, ya que el hotel no ha abierto todavía y hay menos de veinte empleados viviendo aquí;

no espero encontrarme a ninguno de ellos en el gimnasio del hotel tan temprano un domingo.

Me subo en una cinta y corro hasta que estoy cubierto de sudor. He aumentado la inclinación y la velocidad con el fin de despejar la mente agotando el cuerpo. Treinta días. ¿Cuándo fue la última vez que me follé a la misma mujer durante un mes? Es una pregunta retórica, porque sé exactamente cuándo fue la última vez... y sé que no es reciente. Sé que mi vida sexual se ha convertido en un surtido. Sé que he podido follarme a casi cualquier mujer que he querido, y he querido a muchas.

Anoche Lydia supuso que debía marcharse. No ha habido ni una sola mujer que se haya quedado a dormir desde que me mudé a Las Vegas, así que no iba desencaminada al suponer que querría que se fuera. Aunque también me irritó a más no poder, porque no quería que se marchara..., algo que solo sirvió para irritarme todavía más.

Corro otro kilómetro. Lo único que hago es ver como se actualiza cada décima parte del kilómetro en la pantalla de la cinta mientras repaso la próxima semana en mi mente. Compruebo mi lista de cosas por hacer y pienso en otras cosas que haya podido dejarme. La distribución por zonas, los permisos, el personal, el entretenimiento, la comida, el alcohol. La electricidad. La semana pasada tuve que aguantar una reunión sobre la puñetera electricidad porque tenían que ponerme al día sobre los planes de emergencia en caso de apagón. ¿Teníamos un plan en caso de que fallaran dos planes de emergencia distintos y yo conocía los aspectos básicos del maldito plan en caso de que tuviera que ser implementado?

Ahora sí.

Ve como pasa otro kilómetro, dividido en décimas partes en la pantalla.

Aquí estoy al mando, me recuerdo a mí mismo. No tengo que quedármela durante treinta días. Si quisiera podría terminarlo hoy... Interrumpo ese pensamiento en cuanto se me ocurre. Como si no fuera a follármela otra vez. Venga ya. Hoy lo haré otra vez, probablemente varias veces. Pero la cuestión es que puedo verla tanto como quiera o tan poco como quiera durante el próximo mes. Soy el cliente. Soy yo quien ha pagado. Yo soy el que está a cargo. La mandaré a casa hoy. Más tarde. Cuando vuelva a desearla le pediré que acuda a mi suite después del trabajo... y no debería darle más vueltas porque he pagado por para disfrutar de su tiempo y su cuerpo cuando me

plazca.

Corro dos kilómetros más, hasta que estoy lo bastante exhausto para no pensar en follarme a Lydia otra vez, por lo menos antes de la comida. Después me seco la cara con una toalla mientras vuelvo a la suite. Cuando entro, me la encuentro ya vestida y sentada en el sofá pasando el rato. Literalmente pasando el rato. Está sentada y se retuerce los dedos en el regazo. Nada de móvil. Nada de televisión. Simplemente sentada. Su bolsa está junto a ella en el sofá, cerrada y esperando, como si estuviera lista para marcharse. Es todo muy raro.

—¿Qué haces?

Tengo cocina en el apartamento. Una cocina que prácticamente no utilizo, pero que está equipada al completo y tiene la nevera llena, sobre todo de bebidas. Está abierta a la sala de estar, así que entro y cojo una botella de agua fría. Después me apoyo contra la encimera y la observo mientras me bebo la mitad de la botella de un trago.

Separa las manos y las posa sobre las rodillas antes de hablar.

—No estaba segura de si podía irme o no.

Claro que no. Porque le he pagado para que esté aquí. También porque soy tan cabrón que no he dejado una nota antes de ir al gimnasio.

—¿Llevas esperando mucho rato?

—Eh, un poco. —Mueve la rodilla antes de volver a hablar. ¿Está nerviosa? ¿La pongo nerviosa o está así por la situación? —. Se me ha quedado el móvil sin batería y no tengo el cargador. No he conseguido entender cómo funciona la televisión. Estaba puesta en un partido de baloncesto y no sabía cambiarlo, así que me he puesto a esperar —acaba con otro movimiento de rodilla y restregándose las palmas de las manos por los vaqueros de nuevo.

—¿Qué sueles hacer los domingos? —le pregunto con repentina curiosidad.

Curiosidad por saber qué estaría haciendo ahora mismo si yo no fuera un capullo y de no haber estado sentada en mi apartamento muerta de aburrimiento esperando a que volviera.

—Oh. —Pestañea. Parece que la pregunta le ha sorprendido—. Cosas normales. La colada o tomar el sol en la piscina. Me tomaría un café helado de Del Taco o iría al Goodwill.

—¿Qué es el Goodwill?

—Una tienda.

—Vale. Me voy a dar una ducha doy —le digo con toda tranquilidad mientras tiro la botella vacía a la papelera de reciclaje de la cocina.

A lo mejor si descubro más cosas sobre ella, si descubro en qué se gasta el dinero, la entenderé mejor. A lo mejor tiene una tarjeta de compra del Goodwill con una deuda enorme. A lo mejor puedo descubrir por qué me importa tanto, por qué me produce tanta curiosidad todo lo que tiene que ver con ella.

—De todos modos, tenemos que ir a recoger tus cosas

—añado, porque acabo de tener una idea mejor.

—¿Qué cosas?

Deja de mover las rodillas y deja los dedos sobre las rótulas.

—Las tuyas. La ropa y otras cosas. Todo lo que vayas a necesitar.

—¿Necesitar para qué? ¿Para hoy?

Junta las cejas en un gesto de preocupación o confusión, o ambos.

—Para todo el mes. Te quedarás aquí.

—¿Qué?

Parece un poco aterrada ante la idea de vivir conmigo durante un mes entero y no puedo evitar sentirme algo ofendido. Podría nombrar a por lo menos veinte *strippers* que vivirían aquí con mucho gusto durante un mes. Estoy sopesando la idea cuando vuelve a hablar.

—¿Quedarme? ¿Quieres que viva aquí? Nadie dijo nada sobre...

—Deberías leer la letra pequeña antes de hacer un trato con el diablo, Lydia —la interrumpo con un tono un poco más seco del que pretendía. Sacudo la cabeza, enfadado conmigo mismo y también con ella, aunque sé que no es razonable. Luego recorro la distancia que nos separa y le quito el mando a distancia. Enciendo la televisión, cambio a la emisión por cable. Después se lo paso a Lydia y le digo que volveré en veinte minutos. Podría estar listo en siete, pero necesito el tiempo adicional para hacerme una paja en la ducha, porque después de ver cómo movía las rodillas y se toqueteaba los vaqueros con nerviosismo vuelvo a estar excitado.

Cuando regreso, Lydia está en el sofá hecha un ovillo, con las piernas dobladas debajo de ella mientras ve un programa de decoración de casas.

Cuando me acerco, me recorre de arriba abajo con la mirada de una forma evidente, pero sospecho que es completamente ajena a que me está comiendo con los ojos abiertamente.

—¿Tienes una grabadora de vídeo? —me pregunta y vuelve a centrar la atención en el programa—. Me muero por ver el resultado de la renovación. ¿Podrías grabármelo?

Vuelve a mirarme, con esos grandes ojos verdes tan llenos de optimismo y fe que me encargaré de ese pequeño detalle por ella con mucho gusto. Baja un poco la mandíbula y pestaña, un atisbo de duda le cubre el rostro, como si me hubiera pedido demasiado. Un mechón de pelo rebelde le cae por una de las mejillas y la hace parecer demasiado auténtica para estar cerca de mí.

Cojo el mando a distancia y programo la grabación mientras se pone en pie y se cuelga la bolsa del hombro. Lleva una camiseta con el lema «Amo a Jesús y los tacos». «Jesús, ayúdame con esta chica» es el primer pensamiento que me viene a la mente, y una sonrisa me asoma en la comisura de los labios.

—¿Eso es lo que te has puesto para ir a casa después de una noche de desenfreno?

Me río mientras señalo la camiseta con la cabeza y apago la televisión. Lanzo el mando a distancia sobre el sofá.

Ella baja la mirada hacia la camiseta antes de volver a mirarme, y veo de inmediato que la he hecho sentir incómoda.

—No lo sabía. —Juguetea con las correas de la bolsa mientras habla—. No sabía si iba a quedarme o... no sé. No lo sabía —añade en voz baja.

He hecho que se sienta insegura por una camiseta. Bien hecho, gilipollas.

—Es divertida —la animo cuando le abro la puerta y nos dirigimos a mi coche.

No vuelvo a mencionarlo hasta que nos encontramos en el Strip hacia la avenida Tropicana.

—Así que... ¿tacos? —le pregunto.

—¿Qué?

—Deben de gustarte mucho los tacos.

—Supongo. ¿Pero a quién no le gustan los tacos?

Eso es cierto.

—Y Jesús. También te gusta Jesús —añado e inmediatamente me pregunto

cómo narices he conseguido echar un polvo alguna vez sin pagar por hacerlo. Parezco idiota.

—Supongo —murmura, pero tiene la cabeza enterrada en su móvil, que vuelve a funcionar ahora que está conectado al cargador de mi coche.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le pregunto para poder cambiar de tema.

—¿Cómo me encuentro? —me pregunta y se vuelve para ponerse de cara a mí. Estamos en la esquina de Las Vegas Boulevard con Tropicana, esperando para girar a la izquierda—. ¿Física o emocionalmente? ¿Qué quieres saber?

El intermitente chasquea como una pequeña bomba de relojería en el silencio que se produce mientras intento medir su estado de ánimo. La miro de reojo y decido que no era una pregunta trampa, que me lo pregunta esperando de verdad que se lo aclare.

—Físicamente —le respondo—. ¿Estás bien? —¿Fui demasiado agresivo con ella anoche?—. ¿Te duele?

«Porque si no te duele, te dolerá antes de que termine el día».

—Estoy bien —dice. Pero responde con un pequeño encogimiento de hombros, lo cual me dice que me está ocultando algo.

—¿Estás bien, pero...?

—Pero nada.

Vuelve a su teléfono móvil y responde a un mensaje de texto.

Giro hacia Tropicana y golpeteo el volante con los dedos, molesto. Molesto con ella por ocultarme algo y molesto conmigo por darle importancia. ¿Qué más da?

—No creo que puedas ayudarme —añade—. Me da vergüenza. No he dicho nada. —Se remueve en el asiento del copiloto—. Aunque, en realidad, no he dicho nada. Son solo cosas de chicas. Olvídalo.

Asiento ligeramente con la cabeza y permanezco en silencio. De acuerdo.

—Estoy un poco húmeda —suelta cuando estamos parados en otro semáforo de Tropicana.

Joder.

—No húmeda como si quisiera follar ahora mismo, húmeda como si todavía gotearas de dentro de mí por lo de ayer. Es algo muy raro y que nadie me enseñó en educación sexual en el instituto. Me preocupaba... No sé qué

me preocupaba. Pero lo he buscado y resulta que es algo más o menos normal que puede ocurrir desde un minuto después del sexo hasta un día después, sin razón aparente. Es solo que no lo sabía y me he asustado por un momento, pero ahora ya estoy bien.

Joder, eso es muy *sexy*.

—Se ha puesto verde, Rhys.

Me aclaro la garganta y piso el acelerador.

—Será mejor que te acostumbres, porque voy a follarte todos los días.

—¿De verdad? —Pregunta con un deje de auténtica sorpresa—. ¿No estarás muy ocupado?

—Te haré un hueco.

—Oh. Vale, genial.

Giro a la derecha para entrar en el aparcamiento de un Del Taco y me incorporo en el carril de la ventanilla de comida para llevar.

—¿En verdad vamos a pedir comida en Del Taco?

A Lydia se le ilumina la mirada como si la hubiera llevado a almorzar con champán.

—Es tu domingo —respondo y me pregunto cómo cojones se ha convertido en su domingo. Yo me negué. Me negué rotundamente a enrollarme con una chica de veintidós años en un bar. Una chica de veintidós años que trabaja para mi empresa. Una chica de veintidós años que sabía que me causaría problemas.

Me negué rotundamente.

—¿Qué quieres? —le pregunto mientras avanzo despacio con el coche, pensando en esa pregunta cargada de implicaciones.

¿Cómo he pasado de negarme rotundamente a pagar medio millón por tener el placer de su compañía? ¿Cómo? Joder. Estoy tan distraído por la inminente inauguración que no pienso con claridad.

—Eh... —empieza y tamborilea los dedos contra las rodillas, como si se tratara de una decisión muy emocionante—. Un café helado pequeño y un burrito de huevo y queso.

Se recuesta en el asiento del copiloto durante un momento y se cruza de brazos sin dejar de golpear el suelo del coche con los pies.

—No, espera —añade sacudiendo la cabeza—. Quiero dos burritos de

huevo y queso. Me muero de hambre. Creo que quemé muchas calorías anoche.

Pido lo mismo que ella y le paso la comida cuando me la entregan por la ventanilla de pedidos. Aparco el coche en una plaza vacía del aparcamiento y lo dejo encendido. Lydia me pasa un burrito, después abre las pajitas para los dos y las introduce en los vasos de plástico que hemos colocado en el posavasos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dice mientras saca un burrito para ella de la bolsa.

—Claro.

Le doy un bocado al que ella me ha dado. No está mal.

—Dado que tú me lo preguntaste a mí... —añade, y me preguntó qué le pregunté. Dobla el papel de su burrito hacia atrás antes de continuar—. ¿Qué sentiste? Al acostarte conmigo.

Le pega un mordisco a su burrito y emite un ruidito de felicidad cuando la comida le roza la lengua.

—Fue una puta pasada.

Miro cómo mastica, extrañamente fascinado por esta chica.

—¿De verdad?

—De verdad.

Da otro mordisco, con cuidado de no derramar el contenido del burrito, y me observa en silencio. Yo le doy un sorbo al café helado y hago una mueca, después lo devuelvo al posavasos de mi coche.

—No está muy bueno —le digo y veo que abre mucho los ojos por la sorpresa y después los entrecierra como si me juzgara, antes de arquear la ceja, desafiante—. Es demasiado dulce —protesto.

—Estás loco.

Pone los ojos en blanco y le da otro bocado al burrito con cuidado. Yo me termino el segundo y doy marcha atrás con el coche. Estoy girando a la derecha para volver a Tropicana cuando vuelve a intervenir.

—Yo te di una respuesta más detallada. Cuando preguntaste —remarca, no sin razón.

Estaba girada hacia mí mientras comíamos, pero cuando se termina el primer burrito, se recoloca en el asiento para mirar al frente mientras saca el

segundo de la bolsa.

Me pongo las gafas de sol para bloquear intrusiones. El sol, sus preguntas, mis pensamientos. Solo sirve para uno de los tres.

—¿Es una pregunta rara? —pregunta cuando nos detenemos menos de medio minuto en el semáforo de la calle Spencer después de incorporarnos de nuevo a Tropicana—. ¿La gente no se pregunta esas cosas? Tú me preguntaste, así que pensaba que... —Deja de hablar y suelta un pequeño suspiro—. Da igual. Se me da fatal esto.

—Fue una lección de humildad —digo finalmente cuando el semáforo se pone en verde—. Estar dentro de ti fue una lección de humildad. Húmedo. Resbaladizo y cálido y estrecho. Suave, perfecto. Sentí que todo era perfecto, cada centímetro de ti. Tu coño estrecho, la presión de las yemas de tus dedos en mis brazos cuando todo te parecía muy apretado, tus arañazos en mis costados cuando te sentías bien. Cuando llegaste al orgasmo fue todo todavía más estrecho y húmedo, como si tu sexo me exprimiera, algo que me hizo sentir todavía más grande y duro, como si fuera a perder la circulación, pero habría valido la pena.

Diferente. Había sido diferente de un modo que me confundía, pero que al mismo tiempo me hacía querer más. Había sido real y puro. Primitivo.

—Así que, ¿más bien normal?

—Sí, más bien normal.

Capítulo 21

Rhys

Tras cruzar un par de semáforos y pasar un Wal-Mart, veo un cartel de Goodwill y me incorporo al centro comercial.

—Madre mía, ¿de verdad vamos a ir al Goodwill?

Me hace la pregunta con mucho menos entusiasmo del que me esperaba. Pensaba que reaccionaría con el mismo entusiasmo que con Del Taco, pero ha reaccionado con más inquietud que emoción.

—Me has dicho que esto es lo que haces los domingos —le respondo confundido.

—No creo que el Goodwill sea lo que crees que es, no creo te vaya a gustar. Hoy ni siquiera necesito nada, así que no tenemos por que entrar.

La ignoro y aparco. Ella coge su café helado con un pequeño gruñido y abre la puerta del coche.

—«Venta al por menor y centro de donativos». —Leo el cartel al reunirme con ella junto al parachoques del coche—. ¿Es una tienda de segunda mano?

Titubea y arrastra la punta de sus zapatillas de deporte por el pavimento. Tiene casi todo el cuerpo girado hacia el coche.

—Estás demasiado ocupado para esto, Rhys. De verdad, hay no tengo que entrar, vámonos.

—Ya estamos aquí —señalo las puertas y empiezo a caminar, consciente de que me seguirá, en parte porque ya he cerrado el coche. Cuando llego a la puerta, la mantengo abierta para dejarla pasar y después la sigo al interior de

la tienda.

Venden mierda usada. Es lo primero que me viene a la mente al entrar. Este sitio no es la causa de su deuda. Lydia se ha llevado el vaso de café helado a los labios y está dando un trago largo, apretando la pajita entre los labios. Me pregunto por qué estamos en una tienda de segunda mano en lugar de en el hotel con mi pene entre sus labios. Pero venir aquí ha sido idea mía. Creo. Está de pie sobre un pie y gira la punta del otro en el suelo, esta vez sobre el linóleo en vez del asfalto. Una vez dentro, el temor de su rostro desaparece y da lugar a una mirada de expectación.

—El color de la semana es el azul. Siempre tengo suerte con el azul — dice, y me pregunto si estoy teniendo algún tipo de apoplejía, porque nada, ni una sola cosa de las que ha ocurrido en las últimas veinte horas tiene sentido.

Lydia coge un carrito y lo dirige al fondo de la tienda, pasando por delante de estanterías industriales llenas de montones de mierda. Veo cómo echa un vistazo rápido a las estanterías cuando pasa, pero es evidente que sigue algún tipo de estrategia o que tiene un destino en mente, porque sigue moviéndose incluso cuando una lámpara de cerámica naranja con forma de gato le llama la atención. Le falta la pantalla y es horrorosa. Me quedo mirándola y me pregunto qué mosca le habría picado al que la compró primero, si la fabricaron en serie o si es una lámpara única. Entonces veo que Lydia ha llegado a su destino. Está colocando una sábana usada en el carrito cuando la alcanzo. Una sábana usada que parece provenir de la casa de un artista de Las Vegas de los años cincuenta.

—¿Cuándo te va a pagar Vince? —le pregunto, porque no entiendo qué está ocurriendo ahora mismo. ¿Tan mal va de dinero? Por lo que veo, las sábanas no llevan etiqueta, así que ¿cómo sabe si le servirán para su cama? Creo que ni siquiera ha cogido una sábana ajustable, sino una cualquiera con un pasado turbio y desconocido.

Pero ni siquiera puedo juzgar eso, porque se está acostando conmigo y estoy seguro de que mi pene tendrá un pasado más turbio que esa sábana.

—¿Qué?

Lydia se para y me mira. Sujeta una percha para pantalones, de cuyos ganchos cuelga una funda de almohada, mientras pasa las yemas de los dedos de la otra mano por la tela.

—¿Cuándo te va a pagar Vince? —repito—. ¿Necesitas dinero?

—Oh. —Pestañea y aparta la mirada de la mía. Un destello de dolor o incomodidad le cruza el rostro—. No lo sé. —Tras una pausa, añade—: No, no quiero que me des más dinero. Gracias.

¿Qué quiere decir con que no lo sabe? Ese cabrón hizo que le mandara el dinero antes de que nos fuéramos del club, como si no fuera a cumplir con mi parte. Gilipollas.

—¿Así que no te lo dio anoche?

—No. Primero tenemos que calcular algunas tasas.

¿Calcular algunas tasas? Le doy vueltas. Estoy seguro de que parezco confundido, porque ella se detiene en seco, con la mano suspendida sobre el estante de fundas de almohada, y se gira hacia mí.

—Perdona, ¿no es parte de tu fetiche? ¿No debería haber mencionado las tasas?

—¿Qué fetiche?

—Eh, lo de pagar por el sexo. No sé cómo lo haces normalmente. ¿Es ver el dinero lo que te pone? Porque si quieres dejar un montón de dinero en la mesita de noche todas las mañanas, puedo devolverlo a tu mesita de noche cuando no estés mirando y entonces podrás volverlo a poner en mi mesita después. Lo que necesites.

¿Queréis saber lo que me pareció más extraño de su discurso? Que no parecía que se estuviera quedando conmigo, ni un poquito. No había ni una pizca de reproche en su tono, solo una aceptación rotunda.

—En realidad no es un fetiche, Lydia. Es más bien una cuestión de conveniencia. Como los envíos rápidos.

Joder. ¿De verdad acabo de compararla con la comodidad de que te envíen un desodorante *roll-on* en menos de cuarenta y ocho horas? No estoy preparado emocionalmente para ella. Es una chica que espera un apego emocional profundo, no alguien con expectativas mínimas.

—Ah, vale. —Pestañea un par de veces y deja caer una funda de almohada en el carrito—. Puedo ser conveniente.

—Genial.

Toda esta conversación me molesta y no sé muy bien por qué.

—Genial —responde Lydia, y no tengo la sensación de que esté molesta por nada.

Le pega otro trago al café helado, y me sonrío con la pajita en la boca. Quiero besarla. O follármela. O devolvérsela a Vince y olvidarme de que todo esto ha ocurrido. Es lo que dijo ella ayer, ¿no? «Llévame allí otra vez. Vuelve a llevarme al club, Rhys».

¿Llevarla con Vince? ¿Al Double Diamonds? ¿Cuándo empezó a implicarse con él, de hecho?

¿Cuándo se ha vuelto todo tan complicado?

Tengo responsabilidades. Tengo que abrir un hotel, construir un legado. Ahora mismo estoy demasiado ocupado para lidiar con complicaciones. Por eso pago por *strippers*, por bailes privados, mamadas y sexo. Por eso pagué medio millón por una chica que ahora mismo está poniendo una lámpara naranja en forma de gato en un carrito de la compra.

Me cago en mi vida.

Decido que sufro mucho estrés. Un estrés que Lydia me ayudará a aliviar durante el próximo mes. Sea lo que sea lo que haya entre nosotros, ya habré quedado satisfecho para entonces. Esa idea me alivia un poco la tensión de los hombros. A parto el resto de mi mente.

Parece que Lydia termina las compras al añadir la lámpara, una lámpara que solo puedo asumir que va a comprar en broma. Después de pagar once dólares y setenta y cuatro céntimos por todo, nos marchamos. Menciona algo sobre el gran hallazgo que ha sido la lámpara mientras abro el coche. No respondo porque no tengo ni la menor idea de qué narices habla.

Permanece callada durante todo el trayecto hasta su casa, excepto cuando me pregunta si puede beberse el resto de mi café. Parece bastante conforme con el silencio y, cuando no me da indicaciones para ir a su apartamento, sorbe alegremente su segundo café. Yo ya sé que vive cerca de Hannigan's, pero no digo nada, en lugar de eso sigo sus indicaciones y tomo la salida 515 hacia Hendersonville sin hacer comentarios.

Cuando salimos de la autopista y entramos en Galleria empieza a hablar. Más o menos.

—Lo cierto es que... —empieza y luego se queda callada, moviendo la pajita en el vaso para distribuir el hielo o para retrasar el momento, no sé muy bien cuál de los dos.

—¿Qué? —la animo.

—Lo cierto es que no sabía que iba a ser cosa de un mes —dice—. Sé que

hice un trato con el diablo y que es mi problema, no el tuyo, bla, bla, bla.

Bla, bla, bla. Es una forma de mirarlo.

—Pero no sé qué esperas de mí.

—Espero que estés disponible cuando quiera tener relaciones sexuales.

—Bueno, sí. Hasta ahí lo entendí, es básicamente en lo que consiste el trabajo.

—¿Acabas de burlarte de mí?

—Por supuesto.

—Eres una prostituta terrible.

—¡Lo sé! —Se da una palmadita en la rodilla con la palma de la mano y se gira sobre el asiento para mirarme—. No puedo creerme que pagaras tanto por alguien sin referencias o experiencia. ¡No tiene sentido! Eres tú el que me educas sexualmente y me pagas por tener el privilegio. Deberías practicar tus habilidades de negociación, porque creo que Vince te ha tomado el pelo. — Termina el discurso con una pequeña sacudida de la cabeza. Luego continúa —: No creo que comprarme haya sido una adquisición muy coherente. Apuesto a que tu asesor financiero quedará muy decepcionado cuando se entere.

Le echo un vistazo para evaluar si está hablando en serio. Deduzco que va en serio al cien por cien.

—Seguro que Anthony sabrá controlar su decepción adecuadamente.

—A lo mejor podría encontrar la forma de añadirme a tus impuestos como un gasto más, como un añadido. Podría añadirlo como entretenimiento para la gran inauguración o algo por el estilo. Seguro que Vince te da un recibo, ¿no? Si lo facturara como entretenimiento no sería mentira. El sexo es entretenido de por sí.

Mi seguridad sobre que no me estuviera tomando el pelo ha bajado hasta el ochenta por ciento, así que mantengo la boca cerrada, algo que ella se toma como una invitación para seguir hablando. Echo de menos a la Lydia callada. Me gustó mucho durante los cinco minutos que la conocí.

—Una cosa sería que se te diera fatal el sexo y tuvieras que pagar a alguien para que fingiera estar pasándoselo bien, ¡pero se te da muy bien! No tuve que fingir nada.

—Gracias —le respondo muy serio.

—Oh, mierda. ¿Ha sido de mala educación? Seguro que se te dan bien otras cosas. Seguro que sí, tienes mucho éxito. Seguro que se te da muy bien ser director general.

—Todo menos negociar.

—Sí —responde con un pequeño suspiro—. Todo menos eso. Pero probablemente sea porque no piensas con claridad ahora mismo, ¿sabes? Con la gran inauguración a la vuelta de la esquina. Estoy segura de eres mucho mejor negociador cuando no estás bajo tanta presión. Pero no pasa nada, porque eres bueno en otras muchas cosas, como en hacer ejercicio y hacerte la cama y reciclar. —Cuenta con los dedos mientras recita todos mis logros y se detiene después del tercer dedo—. Y compartir. Se te da muy bien compartir. —Agita el café helado con una mano y levanta un cuarto dedo con la otra—. Y... —Se detiene otra vez, está claro que se ha quedado sin logros con los que elogiarme, algo que me decepciona un poco y que también me hace preguntarme qué tipo de logros la impresionarían lo suficiente para ganarme su respeto—. ¿Por casualidad has tenido algo que ver con la máquina de café de la sala de descanso? Porque es espectacular.

—¿Qué querías decirme, Lydia? Al principio de todo. Recuérdame por qué estamos teniendo esta conversación.

—¡Oh! Es verdad. La cuestión es que no sabía que esto iba a durar un mes, así que solo me compré un conjunto de ropa interior *sexy*. Mi ropa interior habitual son todo bragas de algodón. Nada de tangas, porque prefiero que la ropa interior me cubra el trasero.

La idea de que Lydia tenga un cajón lleno de bragas de algodón aburridas que no espera que nadie más vea hace que me excite otra vez. ¿A lo mejor le pasa algo a mi polla? ¿A lo mejor sufro una especie de semierección permanente provocada por el estrés? No tiene mucho sentido.

—Tampoco tengo pijamas provocativos. Así que no sé qué quieres que meta en la maleta. Eso era lo que intentaba preguntarte sobre lo que esperas de mí. He entendido lo del sexo, es solo que no estoy segura de qué esperas de mí las otras veintitrés horas y media del día.

—Lo de anoche duró mucho más de media hora —refunfuño al detenernos en otro semáforo.

—¡Ya lo sé! ¡Lo siento! Es que no dejabas de darme sexo oral y besarme y hacerme muchas otras que no eran poner tu pene dentro de mí. No creo que el

artículo que leí contara todas esas otras cosas cuando calcularon la media de entre siete y trece minutos, no sabía nada de las otras cosas o durante cuánto tiempo querrías hacerlas.

Voy a necesitar que alguien tome el control del coche si Lydia no se calla pronto.

—Lo que quiero decir es que estoy segura de que podemos ir más rápido. Sé que estás ocupado, así que a lo mejor podemos echar un par de polvos rápidos y eso hará que baje la media. Si nos acostamos un par de veces durante cinco minutos y una vez durante una hora, tendremos una media de unos veinte o veinticinco minutos por polvo. Mierda, ¿sigue siendo mucho? ¿A lo mejor podemos echar tres polvos rápidos y uno largo? Tú eres el que tiene el horario apretado, así que depende de ti.

Jesús. No pierdas el control. Me acomodo el pene mientras ella sigue parloteando.

—En fin, eso no era lo que quería decir —dice respirando hondo—. Lo que quería decir es que no tengo ropa *sexy*, pero puedo ir a comprarme algunas cosas hoy. Solo quiero saber lo que te pone, porque es todo muy caro y no parecías muy impresionado con el picardías, y no sé leer la mente.

El picardías que llevaba en el escenario delante de otros hombres. En eso tiene razón. Lo odiaba.

—Coge lo que te pongas normalmente, Lydia.

—Lo que me pongo normalmente no es lo que te imaginas, Rhys. ¿Estás seguro de que no quieres que vaya a comprarme algunas cosas? O podría pedirle ayuda a mi nueva amiga Staci. Probablemente podría aconsejarme dónde comprar online si te gustan cosas más atrevidas de las que voy a encontrar en el centro comercial. ¿Quieres que me ponga ropa de cuero o mallas o que me vista como un poni o algo así? Dímelo.

Se lleva la pajita a los labios y le da otro trago a la bebida, mirándome con una curiosidad inocente, sin juzgarme ni un poquito.

—Quiero que seas tal y como eres.

—Oh.

Una arruga diminuta le surca la frente, como si lo que le he dicho la hubiera confundido. A lo mejor esperaba que me gustara el sado o alguna mierda así, es difícil saberlo con ella.

—¿Esperabas experimentar algo extremo, Lydia? ¿Querías que te

comprara un estimulador anal con una cola y te pidiera que gatearas por mi apartamento? ¿Que te agujereara los pezones? ¿Que te diera unos azotes?

—No especialmente, no. Solo quiero ser buena para ti. Me gusta que me digas que soy una buena chica. Es lo que me va.

—¿De verdad?

—Ajá —murmura y se remueve en el asiento.

Después de eso le digo que necesito un poco de silencio.

El complejo en el que vive es bonito. Se encuentra en una zona exclusiva a solo veinte minutos del Strip, lo bastante cerca para ser práctico pero lo bastante lejos para tener la sensación de estar en un lugar tranquilo. Vive en un apartamento cerca de la sede de un club que debe de tener gimnasio, ya que un imbécil cubierto de sudor pasa junto a nosotros al salir. Pronuncia un «Hola, Lydia» al pasar, algo que me molesta que te cagas.

—¿Es amigo tuyo? —le pregunto mientras la sigo hasta la puerta, cargando con la lámpara naranja en forma de gato.

—Lo conocí un día en la piscina —dice lanzándome una sonrisa disgustada por encima del hombro—. Pero no me acuerdo de su nombre, así que siempre le respondo «¡Eh, hola!» cuando intenta hablar conmigo.

Le diría que a él no le importaría una mierda tener que recordarle cómo se llama si ella le prestara atención, pero que le den. No he pagado para darle a Lydia consejo sobre cómo ligar con otros hombres.

Abre la puerta del apartamento y llama a su compañera de piso, que parece no estar en casa.

—Qué raro, pensaba que estaría aquí —dice Lydia. Parece triste por no poder verla—. Supongo que la veré mañana —añade, y se encoge de hombros.

—¿Os lleváis bien? —le pregunto a falta de algo más de lo que hablar.

—Es mi mejor amiga.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Un par de años. Nos conocimos en la universidad, después nos contrataron a las dos en el Windsor y decidimos mudarnos aquí juntas y ser compañeras de piso.

—Ah.

No había caído en que su compañera de piso también es una empleada,

pero tiene sentido. Sé que contratamos a mucha gente en las ferias de trabajo universitarias. Joder, odio que me recuerden que Lydia estuvo en la universidad hace muy poco.

—Ya lo cojo yo —dice y me quita la lámpara de las manos.

Me había olvidado de que sujetaba esa cosa espantosa. Desaparece en una de las habitaciones, así que echo un vistazo a su apartamento. Creo que es una propiedad relativamente nueva. El apartamento en sí no es muy grande, pero diáfano y los electrodomésticos parecen nuevos, al igual que el sofá, las mesitas y las lámparas. Veo que son lámparas normales, no con forma de gato ni de unicornio ni de lo que sea que le guste a ella. Hay un aparador antiguo pintado de color verde azulado que utilizan para la televisión y una mesa de cocina con sillas dispares que sospecho que provienen del Goodwill. De un tablón de corcho cerca de la mesa de la cocina cuelga una especie de banda, como la de un concurso de belleza, pero más fea. Me acerco más para examinarla mientras Lydia me grita desde la habitación que está guardando cosas normales en la maleta.

La banda es todavía más ridícula que la lámpara. En ella hay cosido un pedazo de tela que, según pone, es una insignia de bares. También hay una insignia de aplicación de citas. Y una insignia de la confianza. Y, sujeta con un alfiler en el tablón de anuncios, pero no cosida a la banda, hay una insignia de Rhys. Y una insignia de sexo. Y una insignia de cosas anales.

Me palpita el pene ante la idea de practicar sexo anal con Lydia, pero mi mente sigue centrada en la insignia de Rhys. ¿Soy una especie de juego para ella?

Se abre la puerta principal y aparece Payton. Yo me alejo del tablón de anuncios y Lydia sale de la habitación con una exclamación de felicidad por la llegada de su amiga. Nos presenta y luego se detiene y le echa un segundo vistazo a su amiga.

—Payton, ¿por qué sigues llevando la misma ropa que llevabas anoche?

—Eh... —responde Payton y baja la mirada hacia su ropa, confundida—. ¿Ah sí? Ya basta de hablar de mí. ¿Qué tal el sexo anoche?

—¡Payton! —Lydia abre mucho los ojos y me mira avergonzada—. No te voy a decir cómo es Rhys en la cama cuando está justo delante.

—Vale, ¿pues mañana durante la comida? —Payton parece totalmente desconcertada por la negación de Lydia. La mirada de Lydia pasa rápidamente

de Payton a mí.

—Probablemente tampoco, Payton.

—Oooh —alarga la palabra, mirádonos al uno y al otro—. Claro que no. Nunca hablaríamos de algo así. Guiño, guiño.

Dice «guiño, guiño» en voz alta.

—¿Estás lista ya? Tengo muchas cosas que hacer esta tarde. Entre ellas, conseguir que Lydia tenga múltiples orgasmos, para que estén recientes en su mente cuando los resuma durante la comida. Porque, inexplicablemente, impresionar a esta virgen se ha convertido en mi nuevo propósito.

Capítulo 22

Lydia

Rhys desaparece en su despacho casi en cuanto regresamos al hotel. Entre su dormitorio y la estancia que utiliza como despacho hay una habitación de sobra, pero Rhys deja mi maleta en su habitación y me pide que la deshaga. Así que lo hago. En la ducha, alineo mi champú y acondicionador con su champú. Cuelgo mi ropa junto a la suya en el armario y finjo que todo esto es normal y que le gusto. Que le gusto como novia, no como prostituta, lo cual es ridículo, porque nadie hace que su novia se mude con él después de una sola cita.

Abro la nevera y veo que no hay nada excepto una botella de agua, cerveza artesana de Hennigan's, zumo de naranja, un cartón de huevos y un bote de mostaza. Hay una cesta de fruta fresca en la encimera, así que cojo una pera y me la como mientras observo las vistas del Strip de Las Vegas.

Después de eso, me quedo oficialmente sin cosas que hacer. Creo que, como mucho, ha pasado media hora desde que llegado, así que dudo que Rhys vaya a salir pronto de su despacho. Por eso decido recurrir a mis actividades normales de un domingo por la tarde: los pijamas y los programas de reformas que echan en la televisión por cable. Llevo puestos mis pantalones de sábanas favoritos y una camiseta de tirantes y estoy despatarrada en el sofá de Rhys esperando a descubrir qué casa escoge la pareja de Downers Grove, Illinois, cuando se abre la puerta principal y entra Canon.

—Oh, hola, no me he dado cuenta de que estabas aquí —dice al verme, ya

a medio camino de la habitación que Rhys utiliza como despacho. Estoy tumbada en el sofá con los pies sobre la mesita del café y el móvil en la mano, jugando a un juego de formar palabras mientras espero a averiguar si la pareja de Illinois prefiere la cosa con buena ubicación o la que tienen jardín—. ¿Te has mudado? —me pregunta Canon con una sonrisa de oreja a oreja, mirando la forma en que estoy tumbada en el sofá y el pijama.

—Básicamente —le respondo, encogiéndome de hombros como si yo tampoco tuviera ni idea de cómo ha ocurrido.

Desvió la mirada, sobretodo porque ayer me vio con un camisón transparente subastando mi virginidad. Y es algo supervergonzoso.

—Vaya. Esto es mucho mejor de lo que esperaba —responde riendo para sí mientras recorre el pasillo en busca de Rhys.

La pareja de Illinois escoge la casa con el jardín bonito y la cocina anticuada. Gano treinta y cuatro puntos al deletrear la palabra «arrear». Ni siquiera sé lo que significa. En general, lo único que hago es cambiar las letras de posición hasta obtener una palabra que valga una cantidad decente de puntos y luego le doy a enviar.

Rhys y Canon salen del despacho. Canon nos desea que pasemos buena noche y después se va. Rhys echa el cerrojo de seguridad cuando se cierra la puerta, camina hasta donde estoy sentada y se detiene.

—¿Cenamos?

Oh.

—¿Quieres que me vista?

Me quito la manta de encima, apoyo los pies en el suelo y me pongo en pie. Para mí, tener que volver a vestirme un domingo no es mi idea de pasárselo bien.

—No, cenaremos aquí.

—¿Cenar qué? No tienes comida.

Vuelvo a dejarme caer en el sofá con la manta, aliviada por no tener que vestirme de nuevo.

—Pediremos que nos traigan algo de la cocina. ¿Qué te apetece?

—¿Pides que te traigan toda la comida de la cocina?

—Prácticamente —responde como si no fuera algo raro. Me pregunto cómo me las voy a arreglar sin Del Taco. Apuesto a que consigo que Payton

me traiga un café helado de camino al trabajo—. ¿Qué quieres?

Se ha dirigido a la cocina y ha cogido un aparato de pantalla táctil que antes estaba cargándose junto al horno. El horno que todavía tiene el manual de instrucciones dentro.

—No lo sé. ¿Qué tienen? ¿Tienes un menú?

—Tienen lo que quieras.

—¿Todo lo que quiera?

—Sí.

—Así que podría pedir... —Me estrujo el cerebro en busca de algo muy descabellado y me quedo totalmente en blanco. Seguro que podrán preparar una hamburguesa con queso o una pizza de *pepperoni* o una ensalada de pollo o un bocadillo de pavo—. ¿Podría pedirme una tarta de limón para cenar y me la traerían?

—No tengo ni idea de cuánto tardarían en hacerla, pero sí, la traerían. ¿Quieres una tarta de limón?

Teclea en la pantalla y espero que no acabe de pedirme una tarta de limón, porque en realidad no me gusta. Es lo más raro que se me ha ocurrido con tan poca antelación, lo cual es muy muy patético.

—¿Qué vas a pedir tú?

—Pollo a la parrilla, patatas al horno y brócoli.

—¡Oh! Ya sé lo que quiero. —Me emociono bastante, porque es mi comida favorita, pero hacerla en casa requiere comprar tantos ingredientes que no sale rentable. Él arquea la ceja a la espera, así que continúo—. Querría una ensalada con tiras de pollo, maíz, judías negras, aguacate, tomates, queso con vinagreta de cilantro y lima por encima.

—¿No quieres tarta?

Rhys teclea mi pedido.

—Eh, no. Lo de la tarta era una broma —le respondo de forma superinformal, como una chica que nunca pediría una tarta. Pero la idea de tener a mi disposición una cocina mágica en la que puedo pedir lo que quiera es una tentación demasiado grande—. ¿Tienen helado con sabor a tarta de cumpleaños?

—¿De vainilla?

—¡No! No son solo de vainilla —resoplo y sacudo la cabeza—. Has

estado muy sobreprotegido, Rhys. Naciste doce años antes que yo y aun así hay muchísimas cosas que no sabes.

Rhys me mira por encima de la tableta sin decir nada, entonces sacude la cabeza como si quisiera salir del trance de sus pensamientos.

—Si no tienen alguien saldrá y lo conseguirá —concluye mientras termina de teclear nuestro pedido y después lanza el aparato al sofá.

—Menuda vida llevas aquí —le digo—. Servicio de limpieza. Servicio de habitaciones. Unas vistas increíbles.

—No está mal —me responde. Después se deja caer en el sofá junto a mí y coloca mis piernas sobre su regazo. Me quedo inmóvil durante un instante porque es algo típico de las parejas, pero Rhys no parece darse cuenta, porque tiene la atención centrada en el televisor—. ¿Qué estamos viendo?

Estamos.

Nunca había formado parte de una pareja. Siempre he querido hacerlo, incluso durante el instituto, cuando estaba demasiado ocupada y era demasiado tímida para hacer algo al respecto. Recuerdo que durante mi penúltimo año, el lunes siguiente después de un baile al que no había asistido, una chica me miró en el pasillo y dijo: «Oh, mirad, ahí está la chica que no consiguió una cita para el baile».

Era una estudiante de último año, alguien a quien solo conocía de pasada, pero sus palabras me dejaron destrozada durante..., bueno, durante mucho tiempo. Pero aquí estoy, con el hombre más atractivo que he visto en mi vida, tumbada en su sofá con las piernas sobre su regazo mientras esperamos al servicio de habitaciones.

¿Y qué si es una relación de mentira? Podría ser real. Parece bastante real. Rhys comienza a masajearme el puente de los pies y todo me parece bastante real. A menos que tenga un fetiche con los pies y por fin haya descubierto su secreto.

—*House Hunters* —le respondo finalmente.

—¿Qué es *House Hunters*?

Lo miro fijamente, no muy segura de si está de broma o no. No lo está.

—¿No sabes lo que es *House Hunters*?

—No.

—Lo han emitido durante unas cien temporadas.

—¿Cien?

—Por lo menos. Eres la única persona del universo que no ha visto *House Hunters*. De verdad que tienes que vivir un poco, Rhys.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—A ver, cada episodio presenta a una pareja que quiere comprar una casa en distintas ciudades de Estados Unidos. A menos que veas *House Hunters International*, ¡entonces podrían comprarse la casa en cualquier parte! Como en París o Praga o Edimburgo o Heidelberg.

—¿Heidelberg?

—Está en Alemania. Lo sabrías si vieras *House Hunters International*, —respondo con un tono bastante engreído por conocer una ciudad cualquiera de Europa.

—Sé dónde está Heidelberg.

Oh.

—¿Por qué es interesante ver cómo alguien busca casa?

—¿Por qué no iba a serlo? —Rhys se ríe de la expresión de mi cara, pero en realidad no comprendo por qué no lo entiende—. Cada pareja tiene un presupuesto diferente y prioridades distintas en ciudades distintas y ves qué tipo de casa pueden comprar con ese presupuesto en esas determinadas ciudades. Visitan tres casas y más adelante eligen una, pero antes de escoger hacen un resumen de las tres y tú puedes intentar adivinar cuál de ellas van a elegir.

—Ajá.

—Es muy interesante. Ya lo verás.

—¿No podrías buscar algunas casas en una página inmobiliaria y ahorrarte veinticinco minutos?

—Anda ya. No es lo mismo.

—De acuerdo. —Rhys asiente—. ¿Qué ciudad estamos viendo ahora?

Sigue masajeándome la planta de los pies con los pulgares y puede que sea el momento más feliz de mi vida. Bueno, el segundo. Los orgasmos que me provocó anoche están claramente en primer lugar.

—Te vas a llevar una sorpresa, amigo mío.

—¿Ah, sí? —Se le crispan los labios en un gesto de diversión. Puede parecerle todo lo gracioso que quiera, porque no tiene ni idea de la suerte que

está a punto de tener—. Son muy bonitos, por cierto —sigues acariciando la tela de mis pantalones de pijama con el dedo. Sigo sin estar segura sobre si lo de que «me ponga lo que me pongo normalmente» va en serio, así que me guardo para mí misma el dato de que yo misma fabriqué los pantalones con una sábana vieja.

—Sí. A continuación, hay un episodio de *House Hunters Renovation*. Así que podremos ver cómo eligen y reforman la casa. ¡Uf!

Me abanico con la mano como si tuviera que refrescarme. Lo digo solo un poco en broma. Es mi *House Hunters* favorito.

Llevamos visto la mitad del episodio (una pareja de Austin, Texas, ha elegido casa y la reforma acaba de empezar) cuando llega la comida. Rhys se levanta para abrir la puerta y un camarero entra en la habitación con un carrito, igual que en las películas. Probablemente, es igual que en la vida real también, pero nunca había tenido servicio de habitaciones. He ido muchas veces de vacaciones con mis padres, pero nunca lo habíamos probado.

El camarero es un hombre mayor llamado Mitchell. Estuvo en uno de mis grupos de orientación hace un par de semanas y sé que me reconoce, porque mientras sigue las indicaciones de Rhys y lleva las bandejas a la encimera de la isla de la cocina me dice:

Buenas tardes, señorita Clark.

—Hola, Mitch. —Lo saludo con la mano desde el sofá—. ¿Cómo ha ido el día?

—No me puedo quejar. Como el hotel no ha abierto oficialmente todavía, no estamos muy ocupados. Sospecho que eso cambiará dentro de poco.

—Eso espero —coincide Rhys.

Acompaña a Mitchell a la puerta y después me dice que va a poner el helado en el congelador.

—Vale. Espero que haya sitio —bromeo.

—Oh, te crees graciosa, ¿no?

—Tienes una nevera de alta gama enorme llena de agua y ketchup, así que sí.

Coloca nuestra comida en la mesita del café, vuelve a sentarse a mi lado y veo que mira detenidamente la televisión. Nunca lo admitiría, pero apuesto a que tiene la misma curiosidad que yo por saber si pueden derribar sin

problemas la pared de la cocina o si la pareja de Austin va a tener que pagar una viga cara.

—Entonces... ¿cómo lo vamos a hacer con el trabajo? —le pregunto durante la siguiente pausa publicitaria.

—¿A qué te refieres?

Se lleva un trozo de pollo a la boca con el tenedor. Sé que es una locura, pero mastica de una manera muy *sexy*.

—Estaré un tiempo viviendo aquí.

—Durante un mes.

—O hasta que te canses de mí.

Gira la cabeza para mirarme cuando lo digo, y un atisbo de algo le cruza la expresión antes de que vuelva a centrar la mirada en la televisión.

—Sé que Sutton Travel tiene una política de fraternización bastante liberal —le digo, refiriéndome a la empresa matriz propietaria del Windsor para intentar volver a desviar la conversación al asunto del que hablábamos—, pero los trabajadores me verán aquí, igual que acaba de hacer Mitchell. O me verán ir y venir, o utilizar el ascensor para ejecutivos para ir a trabajar por la mañana. Van a dar por sentado que soy tu novia, ¿a menos que quieras que me cuele y salga a escondidas. Podría bajar en ascensor hasta el aparcamiento, entrar por la entrada de empleados y coger el ascensor hasta la cuarta planta. Podría funcionar.

Contengo el aliento y me pregunto si este es el momento en el que se da cuenta de que solo me quería para una noche, no para un mes, y me dice que me vaya.

Y a mí me gusta para un mes.

Como mínimo.

Tal vez incluso para muchos meses.

Sé que el hecho de que me guste tanto parece un poco atrevido, un poco inocente, pero ¿sabéis que algunos hombres tienen algo? ¿Presencia? ¿Algo que deja sin aire una habitación cuando entran y hace que tus ojos graviten hacia ellos incluso antes de que sepas que están allí? Esa atracción no es normal... no puede serlo, porque he conocido a cientos y cientos de hombres a lo largo de mi vida y solo la he sentido con Rhys.

No sé cuánto tiempo dura. Obviamente es la primera vez que siento algo

así, pero no es posible que desaparezca o se extinga en un mes. Ya ha pasado un mes desde la primera vez que la sentí, aquella primera noche en el bar, cuando estaba con su amigo británico borracho (que he descubierto que se trata del director ejecutivo de Sutton Travel y que es el primo de Rhys, así que debería dejar de referirme a él como el amigo británico borracho, por si lo conozco algún día), y esa atracción no ha disminuido. Solo se ha hecho más fuerte. Ahora siento algo por él como persona, además de esa fuerte atracción que proviene claramente de una especie de vudú sexual.

Pero a lo mejor este es el momento en el que Rhys se da cuenta de que él no siente esa atracción. Puede que no sienta nada, o a lo mejor no siente lo suficiente para querer que me quede aquí. A lo mejor ya se ha hartado de mí y se acabó. Debe de haber un motivo por el cual no tiene novia, ¿no? Un motivo por el cual prefiere a las bailarinas, las *strippers* o cualquiera que sea su preferencia habitual. A lo mejor le gusta la variedad.

—No. No quiero que te escondas. Quiero que vayas y vengas a tu antojo. Yo me encargaré de lo de la oficina por la mañana.

Pincho un trozo de pollo en tiras de la ensalada, que está deliciosa, mucho mejor que cuando tengo que hacerla yo misma, y me pregunto a qué se refiere con lo de «encargarse de ello». Quiero preguntárselo, pero ha vuelto a prestar atención a la televisión y su expresión no denota que quiera que le hagan preguntas. Además, confío en él cuando dice que se encargará. Las preguntas que quiero hacerle son solo para satisfacer mi curiosidad, así que decido dejarlo estar hasta mañana.

Vemos el resto del episodio en silencio. Derriban la pared de la cocina, pero necesitan una viga de soporte de tres mil quinientos dólares para que la cocina de sus sueños se haga realidad. Entonces surge una gotera inesperada y se funden el presupuesto para imprevistos. Aun así, todo acaba bien cuando encuentran azulejos en liquidación para el baño reformado y llaman a un amigo para que les ayude a colocarlos ellos mismos, de forma que no se salgan del presupuesto. La reforma termina a tiempo y gastan siete mil dólares más del presupuesto original, que era de ochenta mil.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto cuando termina el episodio.

—Mmm —responde, como si tuviera que sopesarlo. Hemos terminado la cena y, aunque no sabría explicar cómo ha ocurrido, en algún momento de los últimos diez minutos del episodio he acabado con la cabeza apoyada en el

pecho de Rhys, y ahora estamos ambos reclinados en el sofá—. ¿Qué es lo que te gusta del programa?

Me pasa los dedos por el pelo y me gusta tanto como el masaje de pies que me ha dado antes. Decido que a Rhys también se le dan bien las caricias. Es muy reconfortante y tranquilizador pese a no utilizar palabras. Además, es probable que haya un treinta por ciento de posibilidades de que me esté enamorando de él.

—Me gusta ver las posibilidades. A primera vista, la casa era anticuada y oscura, pero era un tesoro escondido, ¿sabes? Solo necesitaba que llegara la persona adecuada y descubriera su potencial. Con solo un poco de esfuerzo, con trasladar el cuarto de la lavadora y reformar la cocina, la casa se ha convertido en un hogar luminoso y espacioso, como siempre había estado destinada a ser.

—Querrás decir con mucho esfuerzo.

—A veces el esfuerzo merece la pena —digo con suavidad, un poco más para mí misma que para él. Estoy jugando con la presilla de la cintura de sus vaqueros, acariciando el material entre el índice y el pulgar, con la mirada fija en el televisor.

—Podrían haberse comprado una casa lista para entrar a vivir y haberse ahorrado las molestias.

—Puede ser, pero a lo mejor querían esa casa en particular y ninguna de las que estaban listas para entrar a vivir les atraía. —Él se queda inmóvil y su mano se detiene sobre mi pelo—. A lo mejor tenían algún fetiche con las propiedades inmobiliarias y les gustaba ese terreno en concreto o algo así. Olvídalo —termino a toda prisa. Creo que mis analogías sobre las propiedades inmobiliarias pueden ser demasiado reveladoras, pero aun así no puedo parar de utilizarlas—. Además, todos los episodios tienen un final feliz.

—¿Una búsqueda de casa con final feliz?

—Sí. Es una experiencia televisiva muy satisfactoria. Sabes que van a elegir una de las tres casas porque siempre eligen una de las tres. Prácticamente te garantizan que al final de cada capítulo una de las casas vivirá la vida que estaba destinada a vivir con una familia nueva.

—¿Y qué pasa con las dos casas que no eligen?

—No me gusta pensar en ellas.

—Claro que no.

—Estoy segura de que las escogieron —añado un minuto después, porque es un tema que me preocupa—. Detrás de las cámaras. Solo porque no ocurriera durante el episodio no significa que esos hogares nunca se vendieran.

—A lo mejor las otras casas estaban demasiado estropeadas para merecer una familia. A lo mejor estaban cubiertas de moho y había que nivelarlas.

Vuelve a acariciarme el pelo mientras habla.

—No. El moho tiene remedio. Solo necesitan que el comprador adecuado vea su potencial.

Empieza un episodio nuevo y Rhys no se mueve para levantarse del sofá. Esta vez es un episodio de *Beach Hunters*, en el que los posibles propietarios buscan la casa de sus sueños en la playa.

Nunca me ha gustado mucho la playa.

—¿Tienes más trabajo que hacer esta noche? —le pregunto, mirándolo por debajo de las pestañas. No sé muy bien cuánto tiempo tengo para estar con él o cómo pedirle lo que quiero.

—¿Quieres que vuelva a ponerme a trabajar?

—No.

Sacudo la cabeza contra su pecho y la tela suave de su camiseta me acaricia la mejilla.

—He terminado de trabajar por esta noche.

—Eso está muy bien.

—¿Por qué?

Le acaricio el pecho con la palma abierta y me pregunto cómo hacer que el sexo ocurra de nuevo.

—A lo mejor podríamos trabajar en nuestra MTS —le ofrezco.

—¿MTS?

—Media de tiempo sexual. Recuerda que tenemos que mejorar nuestra eficiencia porque estás muy ocupado.

Se le cierran los ojos durante un instante y sus labios emiten un pequeño gruñido, pero no puedo descifrarlo. ¿Es interés? ¿Exasperación? ¿Excitación? No lo tengo nada claro. Le echo un vistazo al reloj, preguntándome a qué hora pretende empezar a trabajar por la mañana. A lo mejor es su hora de irse a la

cama, no tengo ni idea.

—Podríamos ir rápido, para bajar la media —añado por si se plantea saltarse una hora de sueño para tener relaciones—. O podría hacerte una felación. Aunque no creo que eso contara para la MTS. Pero creo que leí algo sobre que las felaciones ayudan con el sueño, así que seguiría siendo un uso muy eficiente de tu tiempo, ¿no crees?

Expulsa el aire y abre los ojos, mirándome con perplejidad.

—¿Alguna vez le has hecho una mamada a alguien, Lydia?

—No. —Sacudo la cabeza—. Le hice algunas pajas a un exnovio, pero se corría muy rápido sin que yo hiciera gran cosa. Por eso pensaba que de siete a trece minutos era una media razonable, porque él solo tardaba como dos minutos en terminar.

Rhys deja de jugar con mi pelo y utiliza esa mano para frotarse las arrugas de la frente, así que temo estar perdiendo su interés.

—Aunque sé hacerlo —añado enseguida—. He visto algunos vídeos para captar lo esencial y aprendo rápido. —Siempre me he sentido orgullosa de mi habilidad para asimilarlo todo rápidamente—. No he olvidado que quieres que me atragante con tu pene, pero tendrás que enseñarme esa parte, porque ninguno de los vídeos que vi explicaba si las mujeres sencillamente habían nacido con la capacidad de no sufrir arcadas o, si no era el caso, cómo eran capaces de contenerlas. Además, algunas se metían todo el pene en la boca sin hacer ni un sonido y otras hacían mucho ruido, no sé cuál de las dos reacciones esperas.

—Lydia —espeta con los dientes apretados.

—¿Qué?

—Por favor, deja de hablar.

Mierda.

Me muerdo el labio para esconder mi decepción por haber perdido la oportunidad de follar esta noche y me pregunto por qué ha perdido el interés. Repito la conversación en mi mente intentando precisar qué ha hecho que pierda las ganas, para poder eliminarlo de mi repertorio de técnicas de seducción.

Pero espera.

Sí que está interesado. Sé que lo está porque noto cómo su interés crece

contra mi tripa, y es un interés nuevo, no estaba ahí los últimos diez minutos del programa de reforma de casas, cuando estaba tumbada encima de él y revelaban las encimeras de cuarzo. Así que, ¿a lo mejor el «por favor, deja de hablar» quiere decir «ponte manos a la obra»? Al fin y al cabo, estoy aquí porque tengo un trabajo que hacer. Cuando era exploradora, nuestra líder, la señora Barnes, solía decirnos que «menos hablar y más trabajar» cuando ordenábamos los pedidos de galletas, pero supongo que no es lo mismo.

Aun así...

Podría ser algo similar.

Desvió la mirada hacia la suya, bajo la mano desde su pecho hasta donde crece su interés y aplico un poco de presión. Cuando no me detiene, me deslizo del sofá al suelo, me pongo de rodillas entre sus piernas abiertas y me preparo para desabrocharle la cremallera, pero él vuelve a detenerme.

—Lydia, para. Ponte de pie.

Capítulo 23

Rhys

—¿He hecho algo mal? Si ni siquiera he empezado.

Lydia parece confundida y probablemente esté decepcionada. ¿Está decepcionada porque no la haya animado a hacerme una mamada? Joder. No se pone de pie como le he dicho. En lugar de eso, se sienta sobre los talones y me mira con una punzada de dolor en la mirada.

—No, no has hecho nada mal.

Sacudo la cabeza y me pellizco el puente de la nariz. Dios. Es increíblemente complaciente. Está ansiosa por complacerme y no me lo merezco. No la merezco. Aunque haya pagado para que esté conmigo y para que me complazca.

—¿Te preocupa que se me dé mal? Porque creo que soy bastante buena, pero no puedo confirmarlo si no lo pruebo. Y quiero. Quiero probarlo. Quiero saber qué sentiría al hacértelo.

—Te dejaré probarlo. Pero hoy no.

—Vale, ¿cuándo?

—El miércoles —le suelto, porque he perdido la puta cabeza. Ni siquiera sé de dónde ha salido lo del miércoles, pero Lydia sigue de rodillas delante de mí y no quiero acabar con su entusiasmo natural por el sexo. Y no es que no quiera la mamada. Claro que la quiero, joder.

Se muerde el labio inferior y después sonrío, asintiendo una vez, como si el miércoles le pareciera una respuesta razonable a cuándo podrá hacerme una

mamada. Descansa las palmas de las manos sobre los muslos, encima de esos pantalones de pijama tan adorables que lleva puestos. Se ha apartado el pelo de la cara con una coleta y puedo distinguir sus pezones debajo de la camiseta de tirantes; todo me parece demasiado normal. Me parece muy normal que esté aquí, como si siempre lo hubiera estado, como si siempre hubiera estado destinada a estar aquí.

Apago la televisión con el mando a distancia, me pongo de pie y extendiendo la mano para ayudarla a levantarse del suelo. Me coge de la mano y levanta una de las rodillas para sacar un pie de debajo de ella y eleva. Cuando está de pie, tiro de ella para acercarla y la beso. Es evidente que no esperaba el beso, porque se le escapa un gritito. Se inclina hacia mí y me rodea el cuello con los brazos para acercarme más a ella. Tiene los pezones apretados contra mi pecho, los labios dóciles y suaves bajo los míos, me tira de los mechones cortos de la nuca con los dedos y todo esto..., todo esto hace que se me ponga dura.

Llevo las manos a la parte posterior de sus muslos y la levanto hasta que me rodea la cintura con las piernas. Me invade una rara sensación de tranquilidad mientras recorro la sala de estar apagando las luces con Lydia en brazos, y una seguridad enfermiza al saber que estará aquí toda la noche, al saber que seguirá aquí por la mañana. ¿Por qué no me parece asfixiante? Debería parecérmelo, ¿no? Sin embargo, Lydia depende de mí físicamente y me gusta. Me gusta tenerla en mi casa. Me gusta la compañía. Me gusta ella, sus camisetas de tacos, su amor por la comida rápida barata, sus hábitos de compra extraños y su alegría al ver que alguien a quien ni siquiera conoce elige una casa en una ciudad en la que nunca ha puesto un pie.

Quiero aprender todo lo que todavía no sé sobre ella. Todo.

Solo tengo que llegar al fondo de sus negocios con Vince. Sea lo que sea, puedo arreglarlo. Tiene veintidós años y cree que comprar en tiendas benéficas es divertido, ¿a cuánto puede ascender su deuda? Canon me prometió que para mañana me tendrá preparado un informe. Empezaré por ahí.

—Ahora vamos a acostarnos, ¿verdad?

Me ha ido besando el lateral del cuello y haciendo su movimiento característico de restregar la pelvis contra mí mientras caminaba. Eso también me gusta. Sé que no debería gustarme, sé que su entusiasmo se debe a su falta de experiencia y que esa falta de experiencia se debe en parte a su edad y en

parte a su ignorancia sobre los hombres, pero me encanta que sea así. Todavía no está satisfecha. No tiene ni idea de seducción. Se ruboriza solo con que la mire y sus gestos me dicen demasiado. Como ahora mismo, al brincar en mis brazos y separarse de mí lo bastante para mirarme a los ojos y preguntarme si vamos a acostarnos. Las dudas que tenía antes han desaparecido y han sido reemplazadas por un entusiasmo ardiente.

Me he acostado con muchas mujeres y estoy seguro de que ninguna me ha preguntado alguna vez si estábamos a punto de tener relaciones.

—Los besos y la mano en el culo y que nos dirijamos a la habitación quieren decir que vamos a acostarnos, ¿verdad? ¿Has rechazado la felación porque tienes tiempo para el sexo de verdad?

Al no responder de inmediato, abre mucho los ojos, después pestañea y musita, en un tono de voz mucho más suave que puede que solo vaya dirigido a sí misma:

—Por favor, di que sí.

—Sí, vamos a acostarnos, Lydia.

—¡Bien!

Tampoco me habían dicho eso nunca. He oído toda clase de cumplidos gratuitos mientras follo, pero nunca un «bien». Joder, creo que es el mismo «bien» que reserva para el café helado de Del Taco, así que sé que es sincero.

—Explícame una cosa, Lydia.

—Vale.

Inclina la cabeza hacia un lado, con los ojos muy abiertos y una expectación impaciente.

—Explícame cómo te graduaste de la universidad siendo virgen.

—Lo que pasa es que, Rhys... —empieza, pero hace una pausa como si buscara las palabras adecuadas.

—¿Qué pasa?

—A lo mejor esto te pilla de sorpresa, así que prepárate. El caso es que en el instituto era un poco empollona.

—No me digas.

Pongo cara de póquer.

—Sí. —Asiente—. Es verdad. Y, de algún modo, se extendió hasta la universidad. Quería tener relaciones, de verdad que sí. Pero quería sentirla de

verdad, sentir la conexión. Quería tener ganas de arrancarme la ropa, pero nunca ocurrió. Los besos estaban bastante bien, pero solo como una forma de decir: «estoy bien, puedes dejarte los pantalones puestos».

—¿Así que decidiste que la solución era vender tu virginidad? —le pregunto, confundido.

Desvía la mirada, se muerde el labio y frunce el ceño.

—En cuanto a eso... Es que me estaba convirtiendo en una solterona. — Vuelve a mirarme, como si quisiera ver cómo reacciono.

—Una solterona. ¿Una solterona de veintidós años?

—Sí. ¿Podemos hablar de esto después?

La dejo caer a los pies de la cama y le quito la camiseta de tirantes con un movimiento. Le desato el lazo de satén que le sujeta los pantalones alrededor de la cintura y también se los quito. Después me dejo caer de rodillas y le levanto una de las piernas para colocársela encima de mi hombro.

—¿Cómo es que tú puedes hacerlo y yo tengo que esperar hasta el miércoles para hacértelo a ti?

—Porque mando yo y yo lo digo.

—Mmm, me gusta que me mandes. Tu confianza me hace sentirme segura de mí misma. Y deseada. Además, me pone seguir instrucciones.

El ritmo de su respiración ha aumentado mientras hablaba y se le ha ruborizado el pecho. Tiene los senos pequeños. Son de verdad y son perfectos y me gusta ver cómo suben y bajan desde este ángulo. Me gusta ver cómo inclina la cabeza hacia atrás mientras le succiono el clítoris entre los labios, me encanta sentir que me agarra los hombros para no caerse y la forma en que inclina las caderas para acercarse más a mi boca.

Le sujeto las nalgas con las manos para estabilizarla y deslizo la yema de uno de los dedos por la línea de piel que le va del coño al culo. Eso le llama la atención. Inclina la cabeza hacia adelante y se le escapa un pequeño «oh» de los labios cuando trazo un círculo alrededor del ano con la punta del dedo. Se pone tensa y después se relaja cuando le chupo el clítoris con más fuerza. Me clava el talón en la espalda y se eleva sobre la punta del otro pie cuando trazo otro círculo.

Es perfecta.

Le aparto el pie de mi hombro y la empujo sobre la cama para poder

separarle más las piernas. Me gusta que no haya obstáculos mientras trabajo, aunque esto es más una afición que un trabajo.

—Dime qué te gusta —le indico mientras le acaricio el interior de los muslos de arriba abajo con las manos. Le doy un beso en el estómago, justo debajo del ombligo, y le agarro las pantorrillas para colocarle las rodillas dónde las quiero.

—De momento, todo —exhala con un suspiro de felicidad y yo me echo a reír.

—Me refería a algo en concreto, buena chica, ya que no tienes nada con qué compararlo.

La separo con los pulgares y deslizo la lengua entre los pliegues mientras mantengo la vista clavada en ella. Tiene una mano sobre el estómago y con la otra agarra con fuerza el edredón por encima de su cabeza. Sus pechos suben y bajan y, aunque tiene la cabeza inclinada hacia los ventanales, sus ojos están cerrados.

Joder, es tan preciosa ahí abajo. Húmeda y rosa y suave y me gusta muchísimo. Podría mirarla y probarla toda la noche.

La recorro con la lengua de abajo arriba con suavidad. Después otra vez con más fuerza.

—¿Cuál prefieres?

—Oh. —Abre los ojos y se retuerce—. No lo sé. Me han gustado las dos formas.

Lo hago otra vez. Y otra vez, hasta que arquea los pies y me dice que le ha gustado más el movimiento suave.

Le rodeo el clítoris con los labios y succiono. Primero con suavidad y a continuación con más fuerza. Esta vez le gusta la succión más fuerte.

Lamo, succiono, mordisqueo y añado dedos a la mezcla, pidiéndole todo el tiempo que me diga qué le gusta más. Me hago una idea bastante aproximada de lo que le gusta basándome en las subidas y bajadas de su pecho y en cómo arquea los pies. También en la forma en que tensa y relaja los dedos que descansan sobre su estómago, en la forma en que flexiona los muslos, en cómo abre las piernas o las aprieta contra mis hombros.

Pero me gusta que me lo diga.

—¿Y qué pasa si no siempre me gusta lo mismo? —me pregunta después

de haberse corrido dos veces. Tiene los muslos húmedos por sus fluidos y está casi sin aliento, ya que acabo de pedirle que me diga exactamente cuánta presión le gusta que haga con los dedos en ese punto perfecto dentro de ella —. ¿Qué pasa si te estoy enseñando malos hábitos basándome en lo que me gusta ahora mismo?

Por Dios, es demasiado.

—Se me da mucho mejor adaptarme que negociar —le respondo. Consigo hacerlo sin que se me escape una sonrisa.

—Ah, vale.

Asiente y resopla.

Me pongo en pie y me quito la camiseta con una mano, de un tirón desde la nuca. Me quito los pantalones y tiro de Lydia para que se ponga en pie antes de tumbarme yo en la cama.

—Siéntate sobre mí —le ordeno, masturbándome con una mano. Estoy tan excitado que siento que podría explotar ahora mismo. Recojo el líquido preseminal con la punta del pulgar y lo utilizo para masturbarme. A Lydia le brillan los ojos al oír mis instrucciones. Trepa por la cama y pasa una pierna por encima de las mías, colocando una mano en mi pecho para mantener el equilibrio, y descansa su peso sobre mis muslos con el trasero.

Me toma el relevo y desliza la mano de arriba abajo por mi miembro, pasando la mirada del pene a mi cara. La lengua le asoma entre los labios en un gesto de concentración.

—Sigo sin entender cómo es posible que quepa dentro de mí —dice con los ojos muy abiertos, mientras se levanta un poco sobre las rodillas para guiarme hasta su entrada.

—Anoche cabía perfectamente —le recuerdo; ella se sonroja.

—Mi cuerpo debe de producir una especie de lubricación mágica que hace que sea posible.

Roza el extremo contra su entrada y yo siseo ante el calor y la humedad. Necesito mantener la compostura para no tomar el control e introducirme de golpe en ella. En lugar de eso, le acaricio la parte superior de los muslos y la animo mientras desciende sobre mí.

Es tan estrecho. Puede que tenga razón con lo de la magia.

Se las arregla para hundirse unos centímetros en mí, pero tiene el rostro

tenso y la vagina todavía más. Se levanta y vuelve a hundirse, exhalando mientras yo le pido que se relaje. La acaricio por todas partes. Le recorro los muslos, le acaricio los laterales del cuerpo, le sostengo los pechos y le acaricio los pezones con el pulgar mientras exhala y repite el descenso de unos centímetros antes de sujetarse con las rodillas para evitar que la gravedad haga su papel.

—No puedo, Rhys. No puedo hacerlo así todavía. Lo siento. —Me suelta y pasa la pierna por encima de mí para levantarse, antes de dejar caer el trasero sobre el colchón a mi lado—. Lo siento —repite y yo frunzo el ceño porque ¿qué cojones quiere decir con eso? Que me pida disculpas es lo último que quiero que haga ahora mismo—. Eres demasiado grande y está muy apretado en esa postura. No se me da muy bien esto. Es demasiado pronto, tengo que prepararme antes de hacerlo así. Me va mejor cuando lo haces tú. ¿Le has pagado a Vince ya? Deberías pedirle que te reembolse el dinero o que te reduzca la cuota, ya que no puedo hacerlo de todas las formas que tú quieres hacerlo. Lo siento. ¿Podemos hacerlo de otra forma en la que seas tú quien lo haga? ¿Como la postura del perrito? Entonces tú estarías al mando, a mí se me da mejor cuando tú estás al mando y encima.

Agita las manos mientras habla y yo le sujeto una de ellas y la atraigo para tumbarla encima de mí.

—Lydia.

Me quedo en silencio hasta que sé que he captado su atención.

—¿Qué?

—No quiero que me pidas perdón.

—Vale —coincide, aunque baja la mirada y sigue teniendo los hombros tensos.

—No tenemos que hacerlo en una posición en la que te sientas incómoda. Nunca.

—Vale.

—Aunque te prometo que disfrutarás mucho cabalgándome como una vaquera sucia cuando ganes un poco de confianza.

—Mmm, puede.

Se encoge de hombros, pero me dibuja círculos en el pecho con la punta del dedo y me mira por debajo de las pestañas mientras el rubor vuelve a cubrirle la piel.

—Hasta entonces podemos probar de otras muchas muchas formas.

Eso funciona.

—¿De cuántas?

He despertado su interés y se ha acercado más a mí. Al mirarme, los ojos le brillan de esa forma que hace que me sienta el centro del puto universo.

—Muchísimas. Pero de momento nos vamos a saltar la postura del perrito, por muy encantadora que me haya parecido la oferta y por mucho que me gustaría tenerte a cuatro patas y tirarte del pelo mientras te embisto por detrás.

—Oh. —Hace una mueca. No hace ningún esfuerzo por disimular su expresión, arruga el ceño y las comisuras de los labios se le inclinan hacia abajo—. ¿Y por qué ahora no? Me gusta como suena.

—Porque así no te veo la cara. Quiero verte la cara mientras te follo.

—Oooh, vale. —Alarga el «oh»—. A mí también me gusta verte la cara. —Se le curvan los labios en una sonrisa traviesa—. Aunque siempre me gusta verte la cara. Me apetece especialmente verte la cara el miércoles.

—Eres... —le digo y nos doy la vuelta para que esté debajo de mí— eres muy descarada para ser una chica tan buena.

La beso hasta que se relaja y me clava los talones en el culo para acercarme más a ella. Me arrodillo en la cama y le doblo las rodillas hasta el pecho, le junto las pantorrillas y le coloco ambos tobillos encima de mi hombro izquierdo. Entonces me introduzco en ella. Dios, hace que me sienta tan bien. La veo abrir mucho los ojos y formar una pequeña o con los labios. Pestañea rápidamente y luego sonrío.

—Oh, vaya. No tenía ni idea. —Sacude la cabeza contra la almohada y me aprieta los antebrazos con las manos—. Siempre había asumido que tenía que tener las piernas muy abiertas para tener relaciones sexuales. Siempre se aprende algo nuevo, ¿verdad? —Aprieta los párpados con fuerza y vuelve a sacudir la cabeza—. Qué tontería acabo de decir.

Le muevo uno de los tobillos para darle un beso en la planta del pie y muevo las caderas hasta que estoy tan dentro de ella que se me nubla la vista durante un instante. Que acoja que cada centímetro de mí un éxtasis. Suave, cálido y estrecho.

—No es una tontería. —Su ignorancia me excita y sé que soy un cabrón por pensar de esa manera, pero qué más da. Tiene veintidós años, no

dieciséis, y estoy disfrutando mucho de ser el que le dé a conocer el sexo. El que la vea retorcerse y ruborizarse. El que le responda preguntas y le amplíe horizontes. Está convencida de que tengo un fetiche secreto, pero creo que mi fetiche es ella. Enseñarla.

—Bueno, se me da muy bien solucionar problemas —dice con una sonrisa que parece esconder un secreto. Después se acerca más las rodillas al pecho, con lo cual cambia el ángulo de penetración y se le ponen los ojos como platos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto—. ¿Estás bien?

Empieza a asentir antes de que termine de preguntar.

—Bien. Me gusta. Más, por favor.

Se estremece a mi alrededor y todo se vuelve más estrecho y cálido. Es suave, receptiva, perfecta al deslizarme dentro y fuera de ella. Son golpes largos y suaves, dentro y fuera. Es perfecta. Demasiado perfecta para mí, pero me lo saco de la mente porque ahora mismo ya tengo demasiadas cosas en las que pensar y mi única prioridad en este momento es oír el «Rhys, Rhys, Rhys» que brota de sus labios.

Es lo que dice cuando termina. Siempre lo hace. «Oh, oh, oh» seguido de un «Rhys, Rhys, Rhys».

—Te necesito más cerca —dice a continuación y me rodea el cuello con los brazos. Deja caer las rodillas y separa los muslos para que mis caderas quepan entre ellos. Me acerca a ella hasta que estamos pecho con pecho. Hasta que sus senos perfectos están apretados contra mi pecho, nuestros vientres presionados piel con piel. Le sujeto la cabeza con las manos y la beso.

—Eres muy bueno —susurra, pero no puede ser cierto. No soy bueno. Le pago, por el amor de Dios. Solo está haciendo su trabajo. Un trabajo que probablemente no necesite y que se le da muy mal o genial, dependiendo del punto de vista. Añado eso al montón de mierda en la que pensar más tarde, porque Lydia me está pasando las manos por el culo y moviendo las caderas debajo de mí para que me centre en no mejorar el promedio de tiempo dedicado al sexo con el que está tan obsesionada y en asegurarme de que vaya a sentir lo que estamos haciendo todo el día de mañana.

Después de llegar al «Rhys, Rhys, Rhys», me digo a mí mismo que debería coger el portátil y mandar un último correo a la oficina de Londres

para así tener una respuesta cuando me despierte, pero el culo de Lydia está apretado a uno de los lados de mi cuerpo y su cabello extendido en mi almohada, así que a la mierda. Que le den. Enviaré el correo por la mañana.

Capítulo 24

Lydia

Me pregunto si parezco distinta. Si todo el mundo sabrá que he practicado tanto el sexo este fin de semana solo con mirarme. Me acerco al espejo del baño de Rhys y me sonrojo. Es la idea más vergonzosa que he tenido nunca. La más estúpida. Nadie va a mirarme y saberlo. Además, es probable que ellos hayan estado haciendo exactamente lo mismo todo el fin de semana, porque todo el mundo tiene relaciones sexuales. Incluso yo.

Por ejemplo, hoy no veré a Rhys en la oficina y me imaginaré qué aspecto tiene desnudo. No lo haré. Si me encuentro con él en la sala de descanso de la cuarta planta solo pensaré cosas normales sobre él. Cosas totalmente normales y que se hacen completamente vestidos. Porque soy una mujer adulta y una persona profesional.

Si por casualidad me cruzo con él en el pasillo no imaginaré qué aspecto tiene con una toalla envuelta alrededor de la cintura mientras se afeita delante del espejo. No. Por supuesto que no. De hecho, voy a dejar de mirarlo fijamente ahora mismo y a intentar borrar este recuerdo de mi cerebro para que no surja de improviso más adelante por accidente.

—¿Qué pasa? —me pregunta mientras me remuevo delante del espejo sin mirarlo directamente.

Me acabo de levantar, he entrado dando traspiés para hacer pis y me he topado con que ya ha salido de la ducha y, por lo que parece, ya casi ha terminado de afeitarse. Me habría dado la vuelta y utilizado uno de los otros

cuartos de baño, pero aquí el inodoro está en una habitación pequeña a parte, lo cual es el mejor invento del mundo, ya que no creo que Rhys vaya a gustarme lo bastante para mear delante de él. Lo dudo. A menos que nos casemos, tengamos bebés y me vea dar a luz. A lo mejor después de todo eso no me importaría hacer pis delante de él. Solo a lo mejor.

—Nada.

Me encojo de hombros y cojo mi cepillo de dientes, porque tengo un cepillo de dientes en el baño de Rhys. Una mañana de lunes normal y corriente. Le añado pasta de dientes y me lo meto en la boca para no tener que decir nada. Vuelvo a mirar de reojo a Rhys con esa toalla, pero ya ha terminado de afeitarse, ha lanzado la toalla a un cesto y camina desnudo hacia su armario y, ¿cómo se supone exactamente que voy a evitar acordarme del aspecto que tiene su trasero desnudo? ¿Cómo? No soy maga, por el amor de Dios. No puedo hacer que la imagen desaparezca de mi mente. Además, no quiero hacerlo. Quiero redactar una nota detallando exactamente lo estupendo que tiene el culo para todas las mujeres desafortunadas —y para cualquier hombre interesado, sin distinción— que no haya sido lo bastante afortunado de verlo de primera mano. Lo cual me recuerda que...

—Oye... La oficina. Y esto —le digo, gesticulando con el dedo entre nosotros cuando regresa totalmente vestido y anudándose una corbata alrededor del cuello—. La oficina —repito con otro gesto mientras enjuago el cepillo de dientes.

—Yo me ocupo de eso —concluye y a continuación me guiña el ojo, me desea que tenga una buena comida y desaparece. Madre mía, sí que empieza a trabajar temprano.

Un momento.

¿Comida?

Oh, Dios, se refiere a mi comida con Payton. Se refiere a que oyó que Payton me pedía que le hiciera un resumen de mis actividades sexuales durante nuestra comida.

Qué vergüenza.

Pero parecía que le había hecho gracia, así que no creo que le importe. Además, se aplicó a fondo durante el polvo de anoche, así que a lo mejor me ha recordado lo de la comida porque espera recibir una buena crítica.

Me doy una ducha muy larga y me entretengo mientras me arreglo porque

tengo tiempo. Me he levantado más pronto de lo normal y no tengo que desplazarme para ir a trabajar. Aunque vivir en un hotel sea un poco raro, es muy práctico.

Es raro, pero bastante guay. Al contrario que no tener comida. Eso solo es raro. A pesar de que Rhys opina que el servicio de habitaciones es práctico, no voy a llamar cada vez que quiera comer, así que tendré que solucionar el tema de la comida si voy a sobrevivir aquí durante un mes. Además, tiene cafetera y café, pero no crema de leche ni edulcorante natural y orgánico, así que ¿qué sentido tiene?

Ninguno. Doy gracias a Dios por la máquina de café moderna de la sala de descanso. Con eso me bastará por hoy hasta que resuelva el resto.

Cuando estoy lista salgo del apartamento (o de la suite, no sé muy bien cómo referirme a la vivienda) y cojo el ascensor privado hasta la cuarta planta. Rhys me dio una tarjeta ayer que abre la puerta de su apartamento y el acceso al ascensor privado. También me enseñó en qué parte de la cuarta planta se abre el ascensor privado para que no me perdiera hoy. Supongo que sabía que iba a entrar a trabajar más temprano que yo. Lo cual está bien, no es que esperara que cogiera el mismo ascensor que yo para ir a trabajar. No es que compartamos coche ni nada por el estilo, solo vivimos juntos y nos acostamos. Nos llevamos bien y disfrutamos de la compañía del otro. Eso es todo. Claro que no me estoy enamorando de él. Solo hay a lo mejor un cincuenta por ciento de posibilidades de que me esté pasando.

Cuando llego al trabajo dejo caer el bolso en el escritorio. Lo he traído porque me parecía raro dejarlo arriba, aunque me ha parecido algo innecesario traerlo cuando no necesito las llaves del coche ni el monedero y ya tengo un bálsamo labial de repuesto en el cajón del escritorio. Esto de vivir en un hotel viene con su propia serie de complicaciones. Luego me dirijo a la sala de descanso para recargar las pilas antes de empezar a trabajar. He llegado temprano, como la empleada productiva que soy.

Mi jefa, Bethany, también es productiva, porque ya se encuentra en la sala de descanso utilizando la cafetera de lujo cuando yo llego. Me sonrío, me da los buenos días y comenta lo temprano que he llegado esta mañana, lo cual aprecio, porque el reconocimiento verbal es casi tan bueno como recibir una insignia.

—¿Has tenido un buen fin de semana?

Sí. Lo cierto es que sí.

—Sí, gracias.

Me doy unas palmaditas en la espalda mentalmente, porque estoy segura de que lo he dicho en un tono normal que no revela que he tenido relaciones sexuales.

—Estás diferente —comenta distraídamente mientras coge una barrita de muesli de la pila de tentempiés gratis que hay en botes de cristal sobre la encimera.

Oh, Dios mío. Tengo un resplandor. Un brillo que delata que he mantenido relaciones sexuales. Sabía que lo tenía. Sabía que iba a ser superobvio y ahora todo el mundo va a imaginarme desnuda.

—¿Has tomado el sol?

O a lo mejor solo piensan que me he puesto morena.

—Esto, no, este fin de semana no. Pero he cogido algo de color desde que me mudé. Probablemente sea eso. —Deslizo la taza debajo del dispensador de café cuando Bethany coge la suya y pulso los botones para seleccionar un café con leche—. ¿Y tú? —le pregunto mientras la máquina zumba y expulsa las primeras gotas de café en el interior de la taza—. ¿Has hecho algo divertido este fin de semana?

—Me he cortado el pelo —responde con un encogimiento de hombros—. No es un cambio espectacular, solo las puntas —comenta sosteniendo los extremos de un mechón de pelo.

—Qué divertido —indico por falta de algo mejor que decir.

Bethany espera hasta que mi bebida está lista y luego volvemos juntas a nuestros espacios de trabajo. Tiene un despacho en el otro extremo de la fila de cubículos, así que me deja en el mío y me desea que tenga un buen día mientras se dirige hasta su despacho.

Sí que tengo un buen día. Reviso una lista entera de verificación de antecedentes de un grupo de empleados del restaurante que empezará esta semana y después me sumerjo de lleno en preparar la orientación especializada para el personal del balneario que empezará mañana. Está siendo el mejor día de mi vida hasta que en mi ordenador aparece la alerta de una reunión que no sabía que tenía programada.

Una reunión que empieza en cinco minutos.

En el despacho de Rhys.

Sospecharía que me convoca para una especie de sesión de sexo salvaje encima de su escritorio. Sin embargo, cuando abro el mensaje veo que no somos los únicos asistentes a la reunión. Además, nunca se ha salido de lo estrictamente profesional al relacionarse conmigo en la oficina, ni siquiera después de la propuesta que le hice en la sala de descanso antes de saber quién era.

Algo que, ahora que lo pienso, no fue ni la mitad de malo que prostituirme para él después de saber quién era.

Así que...

Nada más que decir.

Me van a despedir.

Bethany está en la lista de los asistentes a la reunión. Igual que su jefe, Harrison, el vicepresidente de recursos humanos. Y, por último, Lawson McCall, jefe del departamento jurídico del Windsor... y testigo de mi venta en el Double Diamonds.

Dejo escapar un resoplido enorme y me obligo a recordar la cantidad de trabajos que hay disponibles en mi campo en Las Vegas. O podría hacer de camarera, como dijo Payton. Probablemente ganaría más dinero y tendría las piernas supertonificadas de ir corriendo de aquí para allá. Menudo lío. Creía... creía que había conectado con Rhys. También que sentía algunas de las cosas que siento yo.

Tal vez su fetiche es romper corazones. En ese caso, que le jodan. Reúno fuerzas, me pongo en pie y empujo la silla con cuidado debajo del escritorio, porque no hace falta ser desordenado cuando estás bajo presión.

Me estoy preguntando a qué Goodwill debería ir de camino a casa cuando Bethany se planta delante de mi escritorio y me dice que podemos ir juntas. No es mucho mayor que yo y me pregunto si ha tenido que despedir a alguien alguna vez. A lo mejor despedir a alguien es como el sexo y siempre recuerdas tu primera vez. Después me planteo que tal vez no me está acompañando a la reunión, sino que me está escoltando hasta allí, y dejo de preocuparme de lo difícil que podría ser para ella.

Somos las últimas en llegar. Nunca he estado en el despacho de Rhys. Nunca he estado en el despacho de un ejecutivo. Sabía dónde estaban, cerca de mi escritorio en el departamento de recursos humanos, pero al fondo de un

pasillo que nunca he tenido que recorrer. Pasamos por delante del ascensor privado que he cogido para bajar a trabajar esta mañana, situado en un hueco justo en el exterior del pasillo ejecutivo, y lo miro con tristeza.

El despacho de Rhys es tan enorme como me esperaba. Hay un escritorio, una zona de descanso con un sofá y una mesita para el café, y una mesa de conferencias situada delante de los ventanales con vistas al Boulevard de Las Vegas. Lawson y Harrison están sentados a la mesa de conferencias en una postura relajada. Me parece oír algo relacionado con el golf. ¿Un par? No lo sé, pero parece que hablan de golf. Rhys se encuentra detrás de la mesa, ignorándolos a los dos y comprobando algo en un monitor que hay sobre el escritorio. Debe de vernos entrar en la sala, porque echa un vistazo hacia nosotras y nos indica que cerremos la puerta; después se levanta, se dirige a la mesa de conferencias y se sienta en la cabecera.

En realidad, el Rhys del trabajo no es tan impresionante. Está bastante centrado y es distante, así que decido que pensaré en él como en el Rhys del bar. O el Rhys de Del Taco. O el Rhys del Goodwill. El Rhys que vio un programa de reformas de casas conmigo. El Rhys con el que perdí la virginidad y por el que nunca me arrepentiré de haberme tomado tantas molestias.

Bethany se sienta y yo tomo asiento junto a ella. Estamos justo enfrente de Lawson y Harrison, con la vista del Strip a sus espaldas.

Entonces Rhys empieza a hablar.

Capítulo 25

Lydia

—**P**or políticas de la empresa, debo notificaros que la señorita Clark y yo hemos iniciado una relación romántica recientemente. Debido a mi posición, también se lo he comunicado a la junta.

Ay, joder.

Me pongo roja, nadie dice nada y Bethany abre mucho los ojos mientras gira la cabeza un instante para mirarme, con una expresión de sorpresa que intenta disimular rápidamente. Desvía la mirada hacia Rhys y después otra vez hacia mí; seguro que nos está imaginando manteniendo relaciones sexuales. Ahora ya sabe que no brillo por el bronceado, sino por el sexo. Apuesto a que todo el mundo está pensando en nosotros manteniendo relaciones. Todo el mundo excepto Rhys, porque ahora sigue siendo el Rhys del trabajo y no el Rhys al que le gusta comerme el coño.

Ay, Dios. Ahora me estoy imaginando eso. Todo el mundo se está imaginando eso.

—¡No estamos saliendo! —espeto—. Solo estamos...

Rhys arquea una ceja desde el otro lado de la mesa de conferencias con expresión impasible, a excepción del tic de la mandíbula. Cierto, cierto. Es nuestra tapadera y la estoy descubriendo. No quiere decir nada con todo esto, está hablando con el tono del Rhys del trabajo. Esto es a lo que se refería cuando dijo que él se encargaría de todo y lo estoy estropeando.

—Quería decir que solo estamos enamorados. —Ay, Dios. Eso es

corregirme demasiado, pero ahora he abierto la boca y no puedo parar—. Está loco por mí. Es vergonzoso lo mucho que le gusto. Me quiere con demasiado entusiasmo. —Termino encogiéndome de hombros, como si este acontecimiento me sorprendiera tanto como a todos ellos. Centro toda mi energía en no golpearme la frente contra la mesa.

Haber dicho que me quiere con demasiado entusiasmo ha sonado muy sexual, ¿verdad? Nadie dice que alguien lo quiere con mucho entusiasmo porque lo lleven al Goodwill. Un vistazo rápido alrededor de la mesa me confirma que puede que haya hablado en exceso, porque todo el mundo tiene la vista clavada en sus regazos, excepto Rhys, que me mira directamente, sin pestañear, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado y una expresión que no consigo identificar del todo.

—Cualquier ascenso, descenso de categoría, modificación de salario o acción disciplinaria que incluya a la señorita Clark tendrá que ser presentada por escrito junto a una copia a Harrison, Lawson y a la junta —continúa Rhys tras aclararse la garganta como si yo no hubiera dicho ni una palabra—. Así como todas sus evaluaciones, conforme vayan ocurriendo.

¿Conforme vayan ocurriendo? Pero nuestra relación habrá acabado antes de que tengan que hacerme una evaluación. A no ser que él también sienta algo. A no ser que por fin lo haya entendido.

—Obviamente, estos requisitos seguirán vigentes mientras la señorita Clark trabaje con nosotros, independientemente del futuro de su relación conmigo.

Oh.

Así que una vez que nuestra relación termine seguiré estando protegida de cualquier represalia en nuestro lugar de trabajo. De eso trata este discurso. No le está diciendo a todo el mundo que estamos saliendo. Le está diciendo a todo el mundo que nos estamos acostando. Por ahora. Que por ahora solo nos estamos acostando.

Mientras que yo le he dicho a todo el mundo que estamos enamorados.

Madre mía, es muy complicado.

Otro vistazo rápido a la mesa me confirma que todo el mundo sigue con la mirada clavada en sus regazos, salvo Lawson. Estoy casi segura de que acabo de verlo mirar a Rhys con los ojos en blanco.

Se produce un momento de silencio doloroso y después Rhys nos da

permiso para salir de su despacho. No me rezago y él tampoco me pide que lo haga. En lugar de eso, soy la primera en levantarme, empujo la silla debajo de la mesa con educación y salgo a toda prisa.

Empiezo a sospechar que mi gran plan no ha sido tan grandioso después de todo. Cuando por fin llego a mi escritorio tengo otra reunión, pero por suerte es solo una reunión que Payton añadió a mi calendario para que me reuniera con ella en la cafetería y que llega en el momento perfecto, porque necesito relajarme. Además, espero que me haya traído una insignia nueva, porque me vendría muy bien un incentivo para recuperar la confianza.

Capítulo 26

Rhys

—¿Dónde está el informe sobre Lydia que te pedí? —pregunto al entrar en el despacho de Canon.

Paso por delante de su escritorio sin detenerme ni reconocer su presencia más que para espetarle mi petición y me dirijo a la puerta que conecta su despacho directamente con los cubículos del departamento de seguridad. Hay espacio para que trabajen veinte personas y un centro de mando rodeado de cristal en una plataforma elevada desde donde se vigila a los trabajadores. Allí es donde me dirijo.

Me detengo enfrente del monitor más grande. Está colgado de la pared, rodeado de pantallas más pequeñas, todas enfocadas hacia diferentes zonas de la propiedad. Canon se aproxima por detrás mientras miro fijamente los controles e intento descifrar cómo conseguir que en la pantalla más grande aparezca lo que yo quiero.

—Hola a ti también, capullo —bromea Canon.

—Ayúdame con las cámaras.

Ignoro su indirecta a mi falta de habilidades sociales y señalo la pared llena de pantallas con un gesto de la mano.

—Por fin te interesas por la seguridad. —Canon da unos golpecitos al ordenador de la mesa de cristal y aparece un panel de control—. ¿Qué quieres ver? ¿La planta del casino? ¿Los muelles de carga? ¿Uno de los sótanos?

Canon pasa imágenes por la pantalla rápidamente mientras habla. Yo me

dejo caer en una silla y me paso una mano por la mandíbula.

—La cafetería para empleados. Allí hay cámaras, ¿verdad?

—La cafetería —repite Canon—. Claro. ¿Quieres saber qué sirven hoy para comer? Veamos si podemos ver la pizarra del menú desde aquí. Qué forma tan fantástica de desperdiciar mi tiempo —añade con sarcasmo—. Puedo calcular el aforo de la planta del casino o leer la matrícula del vehículo blindado que acaba de llegar, pero no pasa nada, echemos un vistazo a la cafetería.

Canon coge un aparato portátil y toma asiento, la cafetería aparece ante nosotros desde diferentes ángulos en por lo menos seis pantallas. En el monitor principal aparece la identificación de empleada de Lydia. Canon teclea algo en el dispositivo y un momento después la imagen cambia a una transmisión en directo de Lydia. Está sentada a una mesa para cuatro personas de la cafetería con su amiga Payton.

—Supongo que esto es lo que buscabas.

—Joder, ¿cómo la has encontrado tan rápido?

—He sincronizado las identificaciones de los empleados con el *software* de reconocimiento facial y después he creado un programa que sube las fotos a la base de datos de seguridad. Puedo decirte dónde está todo el mundo, a qué hora llegan a la propiedad y a qué hora se van.

—Ajá —murmuro. Toda esta mierda no me interesa, pero solo porque sé que Canon ya lo tiene cubierto y no tengo que preocuparme—. Amplía la imagen.

Canon lo hace y los monitores que hay alrededor se centran en la mesa de Lydia desde distintos ángulos.

—¿Tenemos sonido?

—¿En la cafetería? —Canon me mira como si fuera idiota—. No, no invertimos para que las cámaras de seguridad de la cafetería tuvieran sonido. Si acosar a Lydia mientras come va a ser tu nuevo pasatiempo, puedo hacer que lo instalen.

—No, da igual.

En el monitor que tenemos delante, Payton levanta las manos, con las palmas una enfrente de la otra, y las separa para volver a juntarlas mientras Lydia se ruboriza y se cubre los ojos con una mano.

—Payton es realmente especial —interviene Canon.

—¿De qué conoces a Payton?

—Del Double Diamonds. Estuvo allí el sábado. Es un hueso duro de roer.

—¿Pasó algo aquella noche?

—Qué no pasó. —Canon deja escapar un silbido bajo—. Pero es problema de Vince, gracias a Dios.

—Ya. —Me pregunto si quiero que me dé más detalles sobre eso. Decido que no—. ¿Tienes el informe?

—Te lo he enviado por correo mientras estabas en la reunión.

—¿Qué sabes de la reunión?

—Lawson me ha enviado un mensaje. Dice que ha sido un circo.

—No ha estado mal.

—Me ha dicho que es un milagro que hayas echado un polvo sin tener que pagar por él, que Lydia está enamorada de ti y que tú la estás cagando.

—Primero, sí que estoy pagando. Y segundo, Lydia no está enamorada de mí.

—Claro.

En el monitor de vigilancia se ve cómo Payton saca algo del bolso, lo deja encima de la mesa y lo empuja hacia Lydia.

—Enfócalo —le digo a Canon, pero él ya ha cambiado el ángulo de la cámara a un plano directo desde arriba antes de que termine de hablar.

—Mamada. —Canon lee la palabra escrita en el objeto, que parece un sobre de semillas. Un paquete de semillas de pepino pegado a un pedazo de fieltro con la palabra «mamada» escrita con purpurina en la parte superior.

A continuación, Payton lanza encima de la mesa un círculo de tela de vaquero con las palabras «cosas anales» estampadas en tinta negra y, finalmente, un trozo de tela cortado en forma de escudo con la palabra «sexo» deletreada en la superficie. Con lentejuelas azules.

—¿Son... —Canon parece un poco impresionado e incrédulo a la vez, lo cual es toda una hazaña— ...insignias de las Exploradoras guarras?

—Eso creo.

Veo que Lydia se sonroja en el monitor número dos y que atrapa la insignia del sexo de un manotazo y la atrae hacia ella en el monitor número uno. Sacude la cabeza y vuelve a empujar la insignia de la «mamada» y la de

«cosas anales» hacia Payton.

Canon me lanza una mirada reprobatoria.

En la cafetería, la mano de Lydia se detiene sobre la insignia de la mamada y la desliza de un lado a otro con la punta del dedo. La veo hablar y gesticular con la mano libre en el segundo monitor. Imagino que le pregunta a Payton si puede quedarse la insignia o si tiene que esperar hasta el miércoles. Evidentemente no tengo ni idea de lo que está diciendo en realidad, pero puedo imaginármelo con bastante claridad. Payton sacude la cabeza y se guarda dos de las tres insignias en el bolso.

—Joder. ¿Tienes una especie de fetiche por las recompensas atrasadas? ¿Eras de esos niños que esperan hasta la cena para abrir los regalos de Santa Claus? ¿Guardabas las golosinas de Halloween hasta Pascua?

—¿Por qué todo el mundo cree que tengo algún fetiche? Solo soy un capullo normal. Y Lydia no es una golosina.

En la pantalla, Payton le pregunta algo a Lydia. Lydia vuelve a sonrojarse y juguetea con la insignia del sexo entre los dedos. Después sonríe y hace un gesto como si fuera a desmayarse.

Desbloqueo el teléfono y busco el correo electrónico de Canon. Le echo un vistazo por encima, muy rápido, porque en el archivo no pone casi nada.

—¿Qué se supone que voy a hacer con esto? —le pregunto.

—No lo sé. Eres tú quien me lo ha pedido.

—Pensaba que descubrirías algo de utilidad.

—¿Como qué? ¿Una afiliación secreta a los rusos?

—No lo sé. Deudas en las tarjetas de crédito o algo así.

—No hay nada. Paga unos trescientos dólares al mes del préstamo de estudios. Si asumimos que paga el alquiler a medias con su compañera de piso, paga unos ochocientos dólares al mes de alquiler. Súmale los gastos del coche, el teléfono móvil y los servicios públicos. Le quedan unos mil quinientos dólares de sueldo disponible cada mes.

—Así que no está desesperada.

—No.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué participó en la subasta?

—No puedo imaginarlo. —responde Canon impassible mientras yo vuelvo a leer el correo.

—¿Fue exploradora hasta los diecisiete? —Miro a Canon para comprobar si es algo que ha añadido él para tomarme el pelo—. ¿Quién demonios se queda en las Exploradoras durante tantos años?

—Las vírgenes.

Cierto. Entonces, ¿cómo cojones acabó una buena chica como ella haciendo negocios con Vince?

—¿Sabes si sus padres tienen problemas financieros? ¿O sus hermanos?

—Hija única. Dos padres. Tienen casa propia, no tienen deudas y tienen un plan de pensiones sustancioso.

Canon me ignora mientras habla y configura las cámaras para que en una de las pantallas más pequeñas aparezca la planta del casino. En la pantalla principal siguen apareciendo Lydia y Payton. Payton habla y Lydia ríe. Me pregunto qué le hará tanta gracia. Me pregunto cómo se ha colado en mi vida y me ha hecho sentir cosas por ella. Cosas que no quiero y no tengo tiempo de sentir, un hecho que recuerdo cuando mi teléfono suena con una llamada más que debo coger. Tendré que lidiar con mis malditos pensamientos más tarde. Le doy las gracias a Canon mientras me pongo en pie. Ya tengo el teléfono apretado a la oreja cuando salgo.

Capítulo 27

Rhys

Estoy tan ocupado que ni siquiera puedo pensar con claridad. Así que no lo hago. Simplemente dejo que avance la semana. El lunes no llego a casa hasta después de las nueve. Nunca lo había considerado otra cosa que un sitio en el que dormir hasta que se mudó Lydia, pero ella ha cambiado las cosas.

El miércoles derramé café en la manga de la camisa y, cuando subí al apartamento a cambiármela, olía como si alguien estuviera cocinando. Excepto que era mediodía y nadie utiliza mi cocina. Además, acababa de ver a Lydia en una de las salas de conferencias de la cuarta planta, así que sabía que no era ella. Salvo que sí lo era. Había conseguido una olla de cocción lenta Crock-Pot Dios sabe dónde... No, no, sé exactamente dónde. A juzgar por el estampado de flores marrones, la olla era más vieja que ella y sé de sobra que la encontró en el Goodwill. Tener medio millón de dólares no parece haber influenciado sus hábitos de compra.

Estofado. Me había hecho estofado en una olla de cocción lenta. Cuando le pregunté después del trabajo, me dijo que no le había costado nada, que había pedido la compra al servicio de habitaciones y que, ¿no era más fácil que tuviéramos la cena lista cuando llegáramos a casa? Después me hizo la mamada más torpe que he recibido desde el instituto y me gustó.

Me gustó muchísimo.

Fue la mejor mamada inexperta que he recibido en mi vida.

Empezó preguntándome si me parecía bien que utilizara lubricante. «Es de

arándanos», añadió agitando el bote con la mano y con los ojos abiertos en un gesto interrogante. Como si fuera a marcar la diferencia que me cubriera la polla con una capa de sabor. Entonces me explicó que necesitaba el lubricante porque no quería escupir. Todas las mujeres de los vídeos que había visto (para prepararse) habían escupido, pero que ella creía que debía de haber una forma mejor porque, aunque estaba muy emocionada por chupármela, no quería escupir en ella, siempre y cuando a mí me pareciera bien.

Incluso se detuvo para aclararlo.

—A no ser que lo de escupir sea la mejor parte. Puedo escupir si quieres que lo haga.

Después de confirmar que el lubricante era nuevo y no algo que hubiera comprado a mitad de precio en rebajas, consentí y le dije que me daba igual de una manera u otra. Sonrió y abrió la tapa de golpe. No era una sonrisa seductora, para nada. No intentó mirarme por debajo de las pestañas mientras se lamía los labios. No ronroneó como una gatita traviesa. No. Sonrió como si le hubiera abierto una puerta para dejarla pasar y movió los dedos con expectativa, como si no supiera por dónde empezar. Después se echó el doble de la cantidad necesaria de líquido en la palma de la mano y me rodeó el miembro con ella, aunque arrugó la nariz cuando se dio cuenta de que el uso excesivo de lubricante había hecho que todo estuviera más pringoso de lo que esperaba.

Casi me corro ahí mismo.

—Oh —murmuró—. Vale, dame un segundo. Puedo arreglarlo.

A continuación se puso en pie y después volvió del baño con una toalla de mano. Una vez se hubo limpiado la mano, volvió a dejarse caer de rodillas, esta vez con una expresión seria en el rostro mientras levantaba la mirada hacia mí, arrodillada entre mis piernas abiertas.

—¿Listo? —me preguntó y volvió a rodearme con la mano. Al ver que la cantidad de lubricante era más de su gusto, deslizó la mano hasta la base y después volvió a subirla hasta la punta, antes de inclinarse hacia adelante, rodear el glande con los labios y pasar la lengua ligeramente por la punta.

Entonces se le pegó un mechón de pelo al lubricante.

Volvió a detenerse e intentó despegarlo, antes de que yo me encargara y se lo apartara de la cara recogéndoselo en una coleta con el puño, todo mientras me contenía para no marcar el ritmo por ella. Me lamió, de la base a la punta,

pasando la lengua plana por la parte inferior del pene. Consiguió introducirse unos siete centímetros en la boca, si llegó, succionando y girando la lengua. Entonces se relajó y espetó: «Muy bien, ahora atragántame con ella». Sonrió, como si pedirme que la atragantara con mi polla fuera un favor que le hiciera yo a ella y no al revés.

Le dije que no y tuvimos otra conversación sobre por qué no y cuándo lo haríamos. No creo que un mes vaya a ser suficiente para enseñarle a atragantarse con mi pene. No creo que un mes vaya a ser suficiente, punto.

Entonces preguntó si podía tragarse el semen, por supuesto que preguntó, y después comimos estofado delante de la televisión mientras veíamos un programa en el que reforman casas para venderlas.

Estofado casero. Hecho en una olla de cocción lenta.

Al parecer, había comprado algunas fiambreras viejas a juego con la olla, porque llenó un recipiente con las sobras y las guardó en la nevera. Una nevera que ahora contenía leche y *hummus*, uvas, queso y no sé que más.

El domingo estaba a punto de coger algo del despacho de casa cuando pasé por delante del cuarto de invitados y tuve que mirar dos veces. No sabía que hubiera añadido nada a la habitación, pero lo había hecho. Había montado una máquina de coser en el escritorio. La máquina parecía relativamente nueva, es decir, de algún momento de la década pasada, así que deduje que no se trataba de un hallazgo reciente del Goodwill, sino de algo que había ido a buscar a su apartamento. Había montones de sábanas recortadas encima de la cómoda, bobinas de goma elástica y lazos. Doblados encima del respaldo del sillón había dos pares de pantalones de pijama terminados. Deduje lo obvio, que estaban hechos con sábanas.

Se hace los pantalones de pijama con sábanas viejas.

No estoy seguro de si he contratado a una puta o a una ama de casa.

De lo que sí estoy seguro es de que soy un capullo. Hice que se mudara aquí y la he dejado sola todas las noches de esta semana. Solo he podido cenar con ella dos veces. El resto de noches he llegado tarde a casa, he entrado y hemos hecho el amor... Me la he follado. Me la he follado y después me he ido a dormir, y por la mañana he salido para ir al gimnasio mientras ella seguía dormida. Algunas mañanas me he unido a ella en la ducha; otras estaba ya en mi despacho antes de que se despertara.

Y, aun así, al descubrir esa afición de la cual no sabía nada, me siento

como un imbécil. Pero hace que quiera intentarlo. Intentar ser diferente, intentar ser mejor. Intentar aflojar el ritmo y darle importancia a lo que es real y lo que importa. Y creo que ella es real.

Y me hace reír. Durante la pausa publicitaria de uno de sus programas de búsqueda de casas, dieron un anuncio de lavadoras que promocionaba los ciclos de lavado a fondo. Me pasó la mano por el muslo y me dijo:

—Me gusta que me llenes a fondo, Rhys.

Yo me reí, sin darme cuenta de que intentaba ser seductora, no hacer una broma. Ella pestañeó y esa mirada que pone cuando cree que la están rechazando le cruzó el rostro. Así que la besé y utilicé analogías de lavadoras para decirle guarradas hasta que volvió a sonreír.

Dios mío, creo que es probable que esté enamorado de ella.

Capítulo 28

Lydia

Rhys trabaja mucho, pero tengo la extraña sensación de que intenta sacar tiempo para mí. Como si intentara impresionarme, lo cual creo que significa que le gusto. Tal vez incluso para más de treinta días. No quiero parecer engreída o falta de humildad, pero ya había pensado que podía ocurrir. Había pensado que si me daba una oportunidad podía gustarle durante varios meses en lugar de durante dos días como si fuera un envío rápido.

Al fin y al cabo, ese era el plan.

Más o menos.

Enamorarme de él no era parte del plan. Y también va contra las normas. Me dijo que solo era sexo. Me dijo que esa era la única norma.

Me dijo que para nosotros no había un final feliz, pero no lo escuché y ahora hay un sesenta por ciento de posibilidades de que esté enamorada de él, algo que va a suponer un problema si decide que treinta días conmigo son más que suficientes para él. Bueno, supondrá un problema para mí. Pero no he perdido la esperanza, porque todavía me quedan dos semanas. La gran inauguración oficial del Windsor es esta noche y la ocasión también marca el punto intermedio de nuestro... acuerdo.

Aun así, tengo motivos para tener esperanzas porque, por ejemplo, el domingo pasado me despertó con un café helado de Del Taco y dos burritos de huevo y queso. En la cama. Me trajo Del Taco a la cama. Así que creo que le gusto de verdad, porque es una manera de cortejarme. No coges el ascensor

hasta el aparcamiento, entras en el coche, conduces hasta el otro lado de la calle, esperas a que te sirvan y recuerdas lo que pide una chica para desayunar a menos que sientas algo. ¿Verdad?

Además, por poner otro ejemplo, seguimos acostándonos durante un período más largo que entre siete y trece minutos. Aunque una mañana sí que echamos un polvo rápido en la ducha, pero incluso ese nos llevó por lo menos diez minutos. Dado que internet resultó ser una fuente de información poco fiable sobre ese tema, le pregunté a Payton. Me explicó que la mayoría de los tíos pueden acabar en tres minutos aproximadamente si no les preocupa que la mujer obtenga placer, así que parece lógico pensar que a Rhys le preocupa muchísimo que yo obtenga placer.

El domingo pasado, después de que me trajera el desayuno a la cama, me demostró su intensidad. Varias veces. Nos dimos una ducha juntos y fuimos al Goodwill. Sí, ¡al Goodwill! Dos fines de semana seguidos. Si eso no es cortejarme, no sé lo que es. Seguro que otras mujeres prefieren una cena sofisticada, pero yo no soy de esas. ¡Y ni siquiera le pedí que me llevara! Fue idea suya. Después de nuestra ducha me dijo que me vistiera para que pudiéramos ir de compras. Pensaba que a lo mejor querría ir al supermercado, porque pareció muy perplejo cuando le dije que había pedido al servicio de habitaciones que me trajeran la compra, pero me llevó al Goodwill. Y... ¡Y era uno distinto del que habíamos ido el fin de semana anterior! Lo que significa que tuvo que haber utilizado el buscador de tiendas de la página web. Lo que significa que... Sinceramente, significa que nada de sesenta por ciento de posibilidades. Estoy segura al setenta y cinco por ciento de que estoy enamorada de él.

Después de nuestro viaje al Goodwill (conseguí un juego de sábanas bordadas *vintage*), fuimos al centro comercial del hotel Caesars. Esto me sirvió para confirmar que conducir hasta el Goodwill de la avenida Sahara Se salía del camino previsto y fue otra prueba más de que, de hecho, a Rhys podía gustarle apasionadamente. Encontré un vestido para la gran inauguración y después almorzamos tarde en el Palm. Como una cita de verdad. Incluso habló conmigo en todo momento sin mirar el teléfono ni una sola vez. Me preguntó cuánto tiempo hacía que cosía y no se rio cuando le hablé de los pijamas de sábanas.

Es casi como si Rhys se hubiera olvidado de que me pagó para estar aquí.

Yo por mi parte he hecho todo lo posible por fingir que me he olvidado de cómo llegué aquí.

Sin embargo, a Vince no se le ha olvidado.

No se le ha olvidado ni por asomo.

De hecho, ha estado bastante ocupado.

Ha sido de gran ayuda desde que hemos empezado a colaborar en otra... idea. He estado dándole largas, porque no estoy lista para tomar decisiones sobre el futuro, dado que ahora mismo estoy como en una burbuja. Soy feliz dentro de la burbuja y no quiero que nada la pinche. Por lo que, a decir verdad, he estado ignorando un poco a Vince.

Sobre todo porque no deja de preguntarme cosas raras, como si he hablado con Payton ese día, cosa que no entiendo, porque ya le he explicado que no me tienen secuestrada y que hablo con Payton siempre que quiero. Es muy bonito que se preocupe por mí y me ha hecho un favor grandioso, así que debería ser más amable con él. Ignorar a alguien es bastante grosero y un comportamiento impropio de una exploradora. Me siento mal solo de pensarlo.

Capítulo 29

Lydia

La gran inauguración es un poco estresante porque tengo que ser la novia de Rhys en público. Claro que las últimas dos semanas en el trabajo pueden considerarse públicas, pero no interactuamos en la oficina. Nunca. Lo veo de pasada, pero guardo mi embelesamiento en mi interior, donde pertenece. Pero esta noche en la inauguración todo el mundo nos verá juntos y nos imaginará desnudos. ¿No? O tal vez es cosa mía. A lo mejor soy la única que hace eso.

En fin.

Esta mañana se ha cortado la cinta inaugural. El alcalde de Las Vegas estaba allí para ayudar a cortarla. Se han utilizado un par de tijeras gigantes; me pregunto de dónde han salido y si todos los casinos de Las Vegas tienen unas o si solo hay unas y las hacen circular por toda la ciudad para los eventos especiales. También me pregunto dónde se compran unas tijeras gigantes, porque nunca las he visto en el Goodwill. Si todos en Las Vegas tuvieran unas creo que tarde o temprano habría un exceso de ellas, con la cantidad de grandes inauguraciones y eventos especiales que se celebran aquí con regularidad.

He decidido que buscaré con más detenimiento en mi próxima compra.

Conocí a los padres y a la abuela de Rhys durante la cena de anoche. Me presentó como su novia, aunque, era evidente que iba a hacerlo. No iba a presentarme a su madre como una señorita de compañía. Pero fue difícil, porque su madre me adoró, así que me invadió el enorme sentido de

culpabilidad que me habían enseñado a sentir en las Exploradoras por engañarla. Pero a lo mejor no cuenta como un engaño de verdad, ya que estoy enamorada de su hijo al ochenta por ciento. Así que es un área poco definida.

Habló conmigo con muchísimo entusiasmo, para que conste.

También dijo que le encantaría que fuéramos a Connecticut por Navidad. No tenía ni idea de qué se suponía que tenía que responder, porque claro que quería ir a Connecticut por Navidad, pero no sabía si seguiría con Rhys para entonces, porque Navidad es mucho más tarde de la burbuja de treinta días.

—¿Estás lista?

Rhys sale del vestidor a medio anudarse la segunda corbata del día. Después de la ceremonia del corte de la cinta, a la que he asistido, y del *tour* de prensa, al que no he asistido, los dos hemos vuelto al apartamento para cambiarnos para las actividades de esta noche. También hemos vuelto a mantener relaciones en la ducha. Lo hice aguantándome sobre una pierna, porque Rhys me sujetó contra la pared con una de las piernas levantada y apoyada en su brazo. Tengo que hablar con Payton, porque me da la impresión de que esa maniobra podría ser merecedora de su propia insignia.

—¿Puedes subirme la cremallera? —le pregunto, dándole la espalda. Solo he conseguido subírmela hasta la mitad.

—Preferiría desabrochártela —me susurra al oído mientras me traza con un dedo el recorrido de la cremallera contra la piel—. Pero para mi gusto, ya se te nota bastante bien follada —añade y me cierra la cremallera con suavidad.

Nos miro en el reflejo del espejo, algo alarmada. Sabía que tenía razón. Todo el mundo va a imaginarnos manteniendo relaciones sexuales. Es inevitable. Y al mirarlo, no puedo culparlos. Es lo primero que me imaginé yo también al verle por primera vez.

—¿De verdad tengo aspecto de haber follado? ¿Cómo puedes distinguirlo? —Me acerco más al espejo y me examino los ojos—. Obviamente sé que todo el mundo podría asumir que me acuesto contigo cada vez que puedo, pero ¿cómo pueden saber si fue hace una hora o anoche?

Rhys hace una pausa a medio colocarse unos gemelos en la manga de la camisa y me mira fijamente. Entrecierra los ojos ligeramente, como hace cuando no sabe si hablo en serio o no.

—Vamos a posponer ese tema de momento —concluye, pero yo sigo

mirándome fijamente en el espejo, arrugando la nariz y moviendo la cabeza de un lado a otro, intentando descubrir qué es lo que me delata para dejar de emitir ese resplandor que revela que acabo de tener relaciones.

—No te preocupes por eso —dice Rhys después de abrocharse el segundo gemelo—. Lo decía en broma. Le diré a todo el mundo que sigues siendo virgen.

—Como si me hubiera tomado tantas molestias para no acostarme contigo —me burlo yo.

—¿Qué significa eso?

Rhys vuelve a entrecerrar los ojos.

—Esto... —Mierda—. Pospongamos ese tema también. —Me calzo los tacones y cojo el bolso—. Vamos a llegar tarde.

—El evento dura toda la noche. Técnicamente no podemos llegar tarde.

Vaya.

—¿Te gusta mi bolso? —Lo levanto para que lo vea—. Lo he encontrado en el Goodwill. Es bonito, ¿verdad? ¿Quieres que te lleve los chicles o algo?

Es un bolso negro con un par de cisnes de lentejuelas en la parte delantera.

—No masco chicles. Oye, sé que he estado ocupado, pero no podemos seguir así. Tenemos que hablar.

Un momento, ¿qué?

—Sí, sí que podemos seguir así. Durante dos semanas más podemos seguir así. Exactamente así.

—¿Exactamente así?

Aprieta la mandíbula cuando lo dice.

—¡Sí! —¿Por qué narices intenta robarme las dos semanas que me quedan con él? ¡Es la mitad del tiempo que me asignó! Sé que le gusto, sé que sí. Que le gusto más de lo normal. Solo tiene que asumirlo o algo así.

A Rhys le suena el teléfono y, cuando le echa una ojeada a la pantalla para ponerlo en silencio, paso junto a él para salir del baño y casi hago un sprint hasta la puerta principal.

—Lydia. —Está justo detrás de mí, pero no me detengo—. Espera un momento.

Lo ignoro mientras abro la puerta de golpe y casi me doy de bruces con

Canon.

—¡Hola!

Esbozo una sonrisa enorme, algo que no me resulta difícil porque agradezco muchísimo la interrupción.

—Estaba a punto de llamar —responde Canon con un atisbo de sarcasmo, pero parece ir dirigido a Rhys, no a mí, así que sigo sonriendo y salgo al pasillo.

El ascensor ejecutivo no comunica directamente con la planta del casino, así que tenemos que cogerlo hasta la zona de aparcamiento y después cambiar de ascensor para llegar a las zonas de invitados. Rhys está en silencio. Yo estoy en silencio. Canon es ajeno a todo mientras mira el teléfono, hasta que nota el silencio. Aunque sigue deslizando el pulgar por la pantalla, levanta la mirada y pasa la mirada de uno al otro.

—¿Va todo bien?

—Por supuesto —respondo.

—¿Ah, sí? —contesta Rhys al mismo tiempo.

Canon vuelve a mirarnos, primero a uno y luego al otro, y murmura «De acuerdo» en el momento en que se abren las puertas del ascensor e irrumpimos en la multitud. Rhys me coge de la mano mientras Canon nos guía entre la gente y el corazón me da un vuelco ante el gesto. Me mantiene cerca de él, pero no sé si es por la multitud, por las apariencias o porque simplemente me quiere cerca de él.

Espero que sea porque me quiere cerca.

La hora siguiente es un torrente vertiginoso de presentaciones y momentos para socializar. De sonrisas, apretones de manos y apariencias. Me presentan al primo británico de Rhys, Jennings. Es el director ejecutivo de la empresa propietaria del Windsor, así que supongo que eso lo convierte en el jefe del jefe del jefe de mi jefe. Por suerte no recuerda absolutamente nada de mí, ya que estuvo en el bar la noche en que conocí a Rhys. Estaba borracho y despoticaba sobre amor en aquel momento, así que no esperaba que se acordara. Parece ser que ha solucionado sus problemas amorosos, porque me presenta a su prometida, Violet. Es americana, así que le pregunto cómo conoció a Jennings cuando se los llevan a él y a Rhys para saludar a algún que otro pez gordo y nos dejan solas.

—Bueno, me hacía pasar por mi hermana gemela idéntica, que trabajaba

para la empresa en el departamento de visitas guiadas.

—Oh.

—Jennings estaba de vacaciones con su abuela y acabó en mi visita. Bueno, en la de mi hermana.

—Ajá.

—Entonces todo empezó a parecerse a *El jefe infiltrado* —continúa, agitando la mano libre. Con la otra sujeta una copa de vino—. Porque nunca me dijo que era el dueño de la empresa.

—Ya. —Me pregunto si lo que me está explicando es una historia real o se trata de una especie de prueba extraña. No parece estar borracha para nada, así que no puede ser eso.

—Pero conseguimos que funcionara —termina con una gran sonrisa—. ¿Cómo os conocisteis Rhys y tú?

—Eh, en un bar. —«De la manera normal», pienso para mí. Claro que todo lo de la subasta de vírgenes no me da mucho derecho a juzgarlos. Entonces se me ocurre una cosa—. ¿Le habéis contado la historia a Rhys? — Puede que así lo que hice yo no le parezca tan raro en comparación. No es que yo me haya hecho pasar por otra persona.

—Oh, seguro que sí. Están muy unidos. Oye, ¿esos tacones son el modelo *sledge* de L. K. Bennet?

—Eh... —Me miro los pies y vuelvo a levantar la mirada hacia Violet—. Creo que sí. Me los compré en L. K. Bennet cuando compré el vestido. No sé muy bien qué tipo de zapatos son.

—Son los zapatos favoritos de la princesa Kate —me dice.

—Oh. Vale.

—Perdón, soy un poco anglófila.

—Supongo que entonces ya te pega tener un prometido británico, ¿no?

—Sí, lo cierto es que sí. Además, puedo oírle hablar en ese acento británico tan *sexy* cuando quiero. A veces le pregunto cosas solo para oírle hablar. La semana pasada le pedí que me explicara la historia de la Unión Europea. Tardó media hora en darse cuenta de que solo quería oírle utilizar palabras como «referéndum» y «organización».

No puedo criticar su lógica.

Jennings regresa para recuperar a Violet justo cuando Payton aparece a mi

lado, mirando por encima del hombro.

—¡Hola! —Le doy un abrazo rápido—. Me alegro de verte. Ahora dime a quién estás evitando.

—A Vince.

—¿Está aquí?

—Está en todas partes.

Vaya.

—Creo que es amigo de Canon —menciono—. Seguramente ha sido Canon el que lo ha invitado al evento VIP.

—Claro —responde rápidamente. Demasiado rápido—. Seguro que por eso ha venido.

Una camarera se detiene ante nosotras con una bandeja llena de entremeses. Niego con la cabeza mientras Payton coge una especie de pastel de hojaldre pequeño y se lo mete en la boca. Llenarse la boca de comida es una de sus tácticas de distracción preferidas. Debe de llevar ese pintalabios mágico que dura horas, porque se las arregla para engullir el pastel sin que se le corra ni un poco.

—¿Estás metida en algún lío?

—Por supuesto que no. —Agita la mano y sacude la cabeza al mismo tiempo, pero no me mira—. Ya lo estoy resolviendo.

—¿Resolviendo qué?

Entrecierro los ojos con sospecha. Ahora que lo pienso, actúa de una forma muy sospechosa desde la subasta. Me ha sido fácil pasarlo por alto hasta ahora porque he estado viviendo con Rhys y he estado distraída con todo el sexo, pero aquí pasa algo raro.

—Una cosa. Voy a arreglarlo. Solo está resultando ser un poco más difícil de lo que esperaba. No me había dado cuenta de que iba a estar aquí esta noche. Pensaba que en el trabajo estaría a salvo, pero ha venido.

Sujeta una copa de champán y le da un trago antes de volver a observar la habitación y retorcer el vaso con los dedos. Lleva el pelo recogido recatadamente y un vestido rosáceo de mangas tres cuartos modesto (para ella), que le llega a la mitad del muslo. Hace que parezca un ángel inocente, aunque sea mentira.

—¿Qué cosa, Payton? ¿Qué pasa?

—Nada. Luego te lo cuento —añade cuando le lanzo una mirada que implica que no me creo nada de lo que me ha dicho. Mira detrás de mí y abre mucho los ojos—. Oye, tengo que irme. ¡Te quiero! Hablamos más tarde.

Comienza a alejarse sin esperar una respuesta, pero está atrapada entre un camarero que sujeta una bandeja llena de copas de champán y una actriz que se está haciendo un *selfie* con alguien que no conozco. Se está dando la vuelta para buscar otra vía de escape cuando Vince se detiene justo delante de nosotras.

Lleva puesto un traje negro con una camisa blanca planchada perfectamente que le sienta de maravilla. Acentúa más su lado alto, moreno e italiano que su lado de pseudochulo y dueño de un club de *striptease* confirmado. También parece cabreado.

Con Payton.

Esa parte está clara, porque no me mira a mí, la mira a ella. Payton, por su parte, sigue buscando un hueco por el que escabullirse.

—Señora Rossi —dice Vince—. No. Se. Mueva.

Oh. Creo que no está mirando a Payton, porque Rossi es el apellido de Vince. No sabía que estuviera casado. Giro la cabeza para echar un vistazo a su mujer, pero no hay nadie. La actriz y la mujer de los *selfies* se han ido. Solo están Payton y el camarero, que ya se está alejando. Payton agarra un vaso de champán nuevo de la bandeja en el último segundo y se lo bebe de un trago largo y continuo.

Paso la mirada de Vince a Payton y de vuelta.

Vince sigue mirándola.

Payton me observa y se encoge de hombros antes de mirar a Vince y apartar la mirada rápidamente.

—¿Te has casado con él? —Casi lo digo gritando. De hecho, creo que lo he gritado, pero en el casino hay ruido suficiente para ocultar mi arrebató.

—Viva Las Vegas, ¿verdad?

Payton levanta la mano libre con la palma hacia arriba y arquea las cejas, como diciendo que la ciudad de Las Vegas es culpable íntegramente de su estado civil. Como si fuera lo mismo que quejarse del tráfico del Boulevard o de la temperatura en verano.

Lo dice demasiado despreocupada.

—¿Cuándo? —le exijo saber—. ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Cómo ha pasado? ¡Lo conociste hace solo dos semanas! ¡Payton! Y... —La señalo con el dedo y después me señalo el pecho—. ¿Y ni siquiera me has invitado?

—Lo habría hecho —responde Payton despacio, como si yo estuviera actuando de manera irracional—. Si hubiera sabido que iba a ocurrir, por supuesto que te habría invitado. Habrías sido una dama de honor mucho mejor que Canon, eso seguro. Tenía el pelo hecho un desastre y ni siquiera me lo dijo. Las fotos de la boda son horribles.

—¿Hay fotos?

—Sí. Creo que iban incluidas en el paquete. ¿Venían con el paquete, Vince? —Recorre a él como si hace unos segundos no hubiera estado intentando huir y como si él no estuviera intentando asesinarla con la mirada—. Estoy casi segura —interviene otra vez—. Pero tienes razón. A lo mejor Canon hizo algunas fotos con el móvil que son mejores que las profesionales.

—Es evidente que no me refería a eso.

—Oh.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Eh, en algún momento después de la subasta y antes de la mañana siguiente. —Traza un arco en el aire con la mano—. Por ahí. Las cosas... —hace una pausa— ... se nos fueron un poco de las manos. No quiero seguir machacándote con que no estuvieras allí, pero nos lo pasamos muy bien esa noche.

Paso la mirada de ella y Vince otra vez. Estoy confundida.

—¿Y por qué evitas a Vince ahora? —pregunto—. Vince, también conocido como tu marido.

—Relájate. Todo el mundo sabe que lo que pasa en Las Vegas no es legalmente vinculante.

—Eso no es cierto —le respondo.

Vince exhala con fuerza, recorre la distancia que lo separa de Payton y le coloca la mano en la parte baja de la espalda, en un claro intento de evitar que se escape.

—Ya basta. Tenemos que hablar —le dice Vince.

—Uf. Hablar es lo peor —gruñe Payton, alargando la el «uf» e inclinando la cabeza hacia atrás con exasperación. Como protesta adicional, da una

patada al suelo con uno de los tacones.

Por una vez tengo que darle la razón a Payton. Además, me pregunto si se han acostado ya.

Capítulo 30

Rhys

Lydia está hablando con Vince y parece alterada. Nerviosa. Todo mientras yo estoy atrapado conversando con el gobernador de Nevada, un miembro de la junta de Reino Unido y un pez gordo de Hollywood de cuyo nombre no me acuerdo a pesar de que nos han presentado hace menos de cinco minutos. Porque estoy distraído. Lo único que quería evitar durante la inauguración eran las distracciones y he acabado conociendo a la mayor distracción de mi vida.

Estoy enfadado por haber permitido que ocurriera. Por haber permitido que Lydia se colara en mi vida y lo alterara todo.

Me molesta no poder oír de qué hablan. No saber por qué está disgustada o qué ha causado que abra mucho los ojos y haga una mueca con los labios.

Maldito Vince. Esta noche voy a ponerle fin a esta situación. ¿Por qué me relaciono con gente así? ¿Qué hago? Mi acuerdo con Lydia no puede seguir de esta manera. Ni un día más.

Aunque tendrá que seguir así, porque Vince desaparece poco después de que lo localice hablando con Lydia. No tengo la oportunidad de hablar con ella sobre lo que la ha disgustado, porque durante el resto de la velada permanecemos en lados distintos o estamos rodeados por la multitud.

Todos la adoran. Lo entiendo, de verdad que sí, pero no quiero compartirla. Como el capullo egoísta que soy, la quiero para mí solo. Quiero arrastrarla al apartamento y descubrir qué quería Vince, y después hacerle el

amor hasta obtener los «Oh, oh, oh» y los «Rhys, Rhys, Rhys».

Pero no ocurre. Cuando por fin nos dirigimos al apartamento para dar por finalizada la noche, me arrastran a hablar con la presidenta de una importante empresa de licor, una mujer que ha volado desde Francia para asistir a la gran inauguración, así que debo hablar con ella. Lydia se dirige al piso de arriba sin mí y, cuando por fin me uno a ella treinta minutos después, está profundamente dormida.

El domingo por la mañana me despierto y descubro que Lydia se ha levantado antes que yo, algo que nunca ocurre. «Tenemos que hablar», le digo en cuanto entro en el salón. Acabo de salir de la ducha y todavía llevo la toalla enrollada alrededor de la cintura. Huele a panadería y Lydia está cortando plátanos en rodajas en la isla de la cocina. Está despierta y vestida; de alguna manera siento que hoy voy tres pasos por detrás de ella. He comprobado mis mensajes antes de entrar en la ducha, así que sé que no se me han pegado las sábanas. También sé que tengo más de una docena de mensajes de voz que requieren una respuesta y que Jennings quiere que nos veamos a las diez para revisar los informes de previsión del próximo trimestre.

Además, es domingo. Estoy cansadísimo. Lo único que quiero hacer es desayunar con Lydia en el sofá y ver cualquier programa que den a las nueve de la mañana.

—¿Qué pasó entre Vince y tú?

—¿Qué? —Lydia levanta la vista para mirarme y parece confundida—. Oh, eso. Una locura. He preparado una bandeja de tostadas francesas con Nutella y plátanos caramelizados. En la olla del otro día. ¿Has visto lo práctica que es? Solo tengo que saltar los plátanos para la parte de arriba y estará todo listo.

La olla. Por eso la cocina huele como si alguien le importara algo.

—¿Cuánto más necesitas?

—¿Qué?

—Quiero que te quedes. Así que, ¿cuánto más necesitas? Hablaré con Vince y me encargaré de todo.

Parpadea despacio durante varios segundos mientras en mi teléfono suena otro maldito mensaje.

—Tengo muchas llamadas que hacer, pero quiero ocuparme de esto. Hoy. Así que, ¿cuánto vales?

Lydia se da la vuelta y coloca en el fogón una sartén que yo ni siquiera sabía que tenía. Olvídalo, estoy seguro de que no tengo sartenes. Debe de haberla conseguido en alguna parte. ¿La habrá pedido al servicio de habitaciones junto con la compra? Me pregunto si alguna vez dejará de parecerme tan fascinante.

Lydia está ocupada con el fogón y me ignora, así que vuelvo a la habitación a coger el teléfono y tecleo un mensaje de regreso a la cocina.

—Dime algo, Rhys. Dime algo que no sea lo que me acabas de decir.

—No sé qué quieres que te diga. —Quiero saber de qué coño hablaba anoche con Vince. Quiero saber qué siente por mí. Quiero resolver toda esta incertidumbre. El teléfono vuelve a sonar y yo le echo una ojeada antes de dejar que la llamada vaya al contestador.

—¿Sabes qué, Rhys? Creo que tienes tanto miedo de sentir algo verdadero que te escondes detrás del trabajo y los clubs de *striptease* y la estupidez en general.

¿Qué? De acuerdo. Suspiro. Vale, puede que me haya equivocado.

—Espera, entonces...

—No, no quiero esperar. No se me da bien esperar, Rhys. Por si no te habías dado cuenta, soy más de actuar y lo he intentado todo. Eres una década mayor que yo. Tú eres el que tiene la experiencia, la confianza, los conocimientos básicos y aun así yo soy la que lo hace todo. Todo, joder.

Dice la última parte muy despacio, como si enfatizara las palabras.

—Vale. Vamos a tranquilizarnos. Si todo esto es por el desayuno, siempre podemos pedirlo al servicio de habitaciones.

—Madre mía. —Apaga el fogón de golpe y deja caer una cuchara de madera. Tampoco sabía que tuviera una de esas—. Sí, Rhys. Todo esto es por quién hace el desayuno. ¿Te estás oyendo? Tienes treinta y cuatro años. Despierta. ¿Qué tal si prestas atención a lo que ocurre en tu vida durante medio segundo?

—Ya lo hago —le replico—. Presté atención a tu reunión con Vince anoche. Por eso es por lo que...

—¿Crees que tengo encuentros secretos con Vince, Rhys? —vuelve a interrumpirme—. ¿En mitad de la gran inauguración y delante de todo el mundo? Sí. Por supuesto. Estaba programando mi próximo trabajo antes de volver aquí a buscar recetas para desayunos en Google.

—No quiero verte con nadie más, Lydia.

—Pero tampoco quieres que esté contigo, ¿no? No de verdad. —Sacude la cabeza y aprieta los labios antes de respirar hondo—. Pregúntame cómo me siento, Rhys.

Empiezo a sentirme como si hubiera hecho algo mal esta mañana.

—No importa. Ya te lo digo yo. Me siento... como si estuviera vacía. — Se encoge de hombros al decirlo, pero es un gesto triste, tal vez hasta algo agresivo—. Me siento como cuando llegas a un parque de atracciones y descubres que está hasta los topes y no puedes entrar. Me siento como si alguien me hubiera dicho que Santa Claus no existe antes de estar preparada para saberlo. Como si estuviera lloviendo dentro de mi corazón.

Me doy cuenta demasiado tarde de que ha cogido su bolsa de mano, se ha pasado la cuerda por la cabeza y se dirige a la puerta.

—Solo para que quede claro, estaba enamorada de ti al noventa y tres por ciento. Le he restado un cinco por ciento por ser un irresponsable económicamente, porque podrías haberme tenido sin pagar nada si no tuvieras tanto miedo de tus dichosos sentimientos. Y un dos por ciento por ser idiota. Es probable que esté contando el porcentaje de idiotez dos veces, pero ¿sabes qué? Me da igual.

—Lydia, espera.

Intento empujar la puerta con la mano para evitar que la abra, un gesto que sé que es horrible y que ella me confirma al lanzarme una mirada de desdén. Entonces se va.

Joder. ¿Qué demonios acaba de pasar?

Capítulo 31

Rhys

La he cagado. La he cagado y no tengo ni idea de adónde ha ido. He llamado a Canon mientras me vestía, con el teléfono en una mano mientras me metía una camiseta por la cabeza con la otra. Le he pedido que le siga la pista desde la puerta de mi suite, esperando que ella estuviera en alguna parte del hotel. Sabiendo que no lo estaría.

Y no estaba. Cogió el ascensor hasta el aparcamiento, se subió al coche y salió de la propiedad menos de dos minutos después. No va a contestarme si la llamo porque su móvil descansa sobre la mesilla de noche junto a mí cama, cargándose.

Joder.

Seguramente tampoco habría contestado, pero detesto que no lleve el teléfono. ¿Qué pasa si se le estropea el coche o si se queda sin gasolina o si quiere llamar a alguien que no sea yo?

Ni siquiera conozco a sus amigos, aparte de a Payton, ni sé si ha hecho amigos desde que se mudó a Las Vegas. Le digo a Canon que se ponga en contacto con Payton y le pida que me llame si Lydia vuelve a su apartamento. Después abro la aplicación del Goodwill en mi teléfono mientras llego al coche. ¿Iría al que hay entre el Windsor y su apartamento? No creo que su coche tenga GPS, así que no podrá buscar tiendas en las que no haya estado todavía, pero eso no descarta ninguna maldita tienda, porque probablemente ha estado en todas.

¿Por qué hay tantas puñeteras tiendas Goodwill en Las Vegas? Entro en el coche y me dirijo a la que hay en Tropicana. Es la primera a la que fuimos juntos, hace dos semanas, y se encuentra entre mi apartamento y el suyo. El aparcamiento está demasiado abarrotado para echar un vistazo rápido en busca de su coche, así que entro. No está aquí. Por supuesto que no está aquí, ¿por qué iba a ser fácil encontrarla? No me merezco que sea fácil. Llamo a Canon y le pregunto si puede piratear las cámaras de vigilancia de la ciudad para seguirle la pista desde el momento en que salió del aparcamiento.

Se ríe de mí y me cuelga.

Vuelvo a llamarlo y le pido que me cubra, porque me voy a tomar el día libre. Porque Lydia tenía razón. Porque no he estado prestando atención a mi propia vida y ahora la mejor parte de ella se ha ido. Lanzo el teléfono al asiento del copiloto al entrar de nuevo en el coche y me planteo si habrá ido a la tienda de Maryland o a la de Sahara a la que la llevé la semana pasada. ¿Se habrá dirigido a uno de los muchos locales que hay en Henderson, mucho más cerca de su apartamento? Dios. Decido probar suerte en la de Maryland. Está más cerca del hotel que la de Tropicana, así que a lo mejor ha ido a esa primero. O a lo mejor me voy a pasar el resto del día persiguiéndola de un centro de donaciones a otro.

La perseguiré tanto como sea necesario. Siempre y cuando ella me deje hacerlo.

No está en la tienda de Maryland. No está en su apartamento. No ha regresado al hotel.

Es hora de hacerle una visita a Vince.

Capítulo 32

Rhys

—¿Dónde está Lydia?

He localizado a Vince en su despacho en el Double Diamonds y me he saltado las formalidades. Ya no estoy de humor para ser educado con este cabrón.

—La he mandado a ver algunas propiedades —responde Vince haciendo caso omiso a mi llegada y mi actitud. Ni siquiera me mira, está demasiado ocupado con el portátil para molestarse. Probablemente está contando los ingresos de anoche o haciendo un pedido de líquido desinfectante para las barras, maldito hijo de puta—. ¿Quieres que vuelva?

Me recuerdo a mí mismo que matarlo solo retrasaría mi encuentro con Lydia.

—Sí, quiero que vuelva, imbécil. ¿Qué tienes contra ella, Vince? ¿Cuánto te debe? Dime el precio para que podamos acabar con esta tontería.

—Otro millón cambiaría las cosas —dice despacio, reclinándose en su silla mientras me observa con interés.

—Muy bien. Te haré una transferencia hoy mismo y no volverás a dirigirle la palabra. Ahora dime dónde puedo encontrarla.

—Eres idiota. —Vuelve a inclinarse en su silla y la mirada que me lanza me deja clavado en el sitio—. Lo de no volver a hablar con Lydia me va a resultar complicado.

—¿Y eso por qué?

—Para empezar, estoy casado con su mejor amiga.

Lo miro fijamente, esperando a que las palabras cobren sentido.

—¿Te has casado con Payton?

Siento que se me escapa algo. Me dejo caer en la silla que hay delante de Vince y reduzco la severidad de mi mirada. Solo un poco. Todavía no estoy preparado para admitir que me haya equivocado con Vince. Además, seguirá siendo un capullo de todas formas.

—Sí. Me casé con Payton, que Dios se apiade de mí. Pero por lo que respecta a Lydia, eres la única persona que no la ha calado todavía, si a estas alturas aún no te has dado cuenta.

—¿Qué significa eso?

—Que es transparente que te cagas. Ni siquiera sabes la suerte que tienes. Ya me gustaría que Payton fuera tan transparente. No tengo ni idea de qué cojones piensa ni de dónde está la mayoría de las veces.

—¿Qué me quieres decir exactamente?

—La subasta era para ti. La prostitución ni siquiera es legal en el condado de Clark, Rhys. Fue todo un montaje. ¿De verdad crees que iba a ingresar medio millón a mis cuentas por la venta de una virgen? Esto es un club de caballeros, no un prostíbulo, idiota.

—Sí, como si en Las Vegas no hubiera prostitución —contraargumento—. Ambos sabemos que no es así.

—Seguro, pero no a través de mí. Yo llevo un negocio completamente legal.

Joder. Nos miramos fijamente por encima del escritorio y sé que me está diciendo la verdad, estoy casi seguro de ello. Pero, joder. ¿De verdad he estado prestando tan poca atención?

—¿Y qué hay del tío contra el que pujaba? ¿Stan?

—Stan trabaja en mantenimiento y ese traje me costó mil dólares. Voy a enviarte la factura, por cierto.

—Había un correo electrónico —respondo—. Un boletín informativo.

—Un boletín informativo —replica como si yo fuera idiota—. Claro, vendo sexo a través de un boletín informativo, Rhys. Consigo suscriptores intercambiando boletines con el resto de burdeles del estado —contesta en tono sarcástico y sí, ya lo entiendo. Soy idiota—. Nos reunimos en el

Starbucks y proponemos ideas para promovernos unos a otros —continúa—. Nos has descubierto, bien hecho.

—Ya lo pillo. El boletín era falso —concluyo, pero es inútil porque Vince no me está escuchando.

—Fue idea de Canon. Le dije que era un plan demasiado estúpido para que te lo creyeras, pero él dijo...

—Sí, que soy idiota. Ya lo he entendido —lo interrumpo, ansioso por llegar a la parte en la que encuentro a Lydia y arreglo todo esto.

Le hago un gesto con la mano para que continúe.

—Dijo que estabas muy distraído —prosigue Vince—, y que las imágenes lograrían convencerte.

A Canon siempre le han gustado las imágenes.

—Espera un momento. ¿Cómo conseguiste que Canon formara parte de todo esto? Sigo sin entender de dónde surgió el plan, para empezar.

—De Lydia —me responde Vince como si fuera especialmente corto—. Todo fue idea de Lydia. Por lo que ella me dijo, los dos habíais tenido algo en un bar, pero ella creía que tenías un fetiche de pagar por tener relaciones, porque no querías acostarte con ella.

Vince no podría parecer menos impresionado conmigo ahora mismo. Levanta dos dedos y los dobla en el gesto universal de comillas al decir «fetiche de pagar por tener relaciones».

—No tengo...

—No quiero saberlo —me interrumpe Vince con una sacudida de la cabeza—. Llamé a Canon para descubrir si algo de lo que decía Lydia era verdad o si tenía que llamar a la policía para denunciar que una chiflada te estaba acosando. Canon me confirmó que habíais tenido algo. —Vuelve a trazar unas comillas en el aire al decir «algo», como si le pareciera ridículo—. Parecía estar a favor del gran plan de Lydia de seducirte organizando una subasta para que admitieras que estabas interesado en ella. Yo me sentía especialmente caritativo ese día, por así decirlo, así que colaboramos para idear la mejor manera de que vinieras.

Nota mental: reducirle el personal a Canon. Tiene demasiado tiempo libre.

—¿Y para qué era el dinero? ¿Por qué narices me incitaste a pagar medio

millón si todo era mentira? —le pregunto, pero lo único que me pasa por la mente es lo mucho que he estropeado las cosas con Lydia.

—Me gusta hacer donaciones benéficas, Rhys. Lo mínimo que podías hacer es financiar una causa benéfica para reembolsarme la pérdida de tiempo.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

Vince se encoge de hombros.

—Fue por una buena causa.

—¿Y cuál era la causa? —le pregunto—. ¿Conseguir cubrepezones bañados en oro para todos?

—Lydia no quería el dinero —responde Vince, ignorando mi comentario sarcástico mientras desliza la punta del dedo por el ratón de su portátil—. Te tomé el pelo por diversión propia. Y la causa, por supuesto... —añade lanzándome una mirada sarcástica.

—Claro. ¿Y la causa es...?

—Un campamento nuevo —replica Vince dándole la vuelta a su portátil para enseñármelo—. Para las Exploradoras de Greater Las Vegas. Hemos encontrado una buena propiedad en Red Rock, pero le falta una cabaña adecuada. Tiene una, pero la abandonaron hace una década y la agente inmobiliaria dijo que era inhabitable. Además, ya sabes el calor que llega a hacer aquí —dice arqueando la ceja de forma significativa—. Estaría bien añadir una piscina para las campistas.

—¿Para eso necesitas un millón?

—Sí, asumiendo que a Lydia le guste la propiedad. Pondré el dinero del terreno en un depósito y ficharé a un contratista para derribar la cabaña y construir algo que cumpla con la normativa. Añadiremos una piscina, y a lo mejor una pista de tenis. Después lo donaremos a las Exploradoras.

—Ella querrá restaurarla. —Suspiro—. Querrá salvar la estructura ruinoso y darle una imagen romántica que refleje su encanto histórico. Incluso aunque se trate de un montón de mierda de los años ochenta. Tendremos que contratar a alguien que pueda reformarla o utilizar lo que quede de ella para construir un columpio para el porche o alguna tontería así. Se pondrá muy contenta.

—Por mí vale. —Se encoge de hombros. Saca un pósito del cajón de su escritorio y garabatea la dirección del campamento antes de pasármelo—.

¿Hemos acabado? Te mandaré el recibo de tu donación caritativa. Ya estás tardando en irte, a lo mejor todavía la encuentras allí.

—Gracias, Vince.

—Es demasiado buena para ti.

—Lo sé, pero de todo modos quiero estar con ella.

Si no es demasiado tarde. No puede ser demasiado tarde, porque no puedo volver a crear una vida si Lydia no va a formar parte de ella.

Capítulo 33

Rhys

Red Rock se encuentra justo a las afueras de Las Vegas y, gracias al GPS del coche, debería llegar al campamento al que me envía Vince en poco más de media hora. Lo que significa que tengo media hora para estar sentado en el coche y reflexionar sobre lo capullo que soy. Conduzco dieciséis kilómetros en línea recta por Charleston antes de llegar a las carreteras con curvas y empezar a serpentear por el camino que lleva al campamento.

Tardo otros diez minutos y casi me paso una salida para poder llegar a mi destino; me alivia ver dos coches aparcados delante de una cabaña vieja que sin duda deberían declarar en ruinas. Aparco junto al coche de Lydia y escudriño la zona, no muy seguro de si están dentro o caminando por los terrenos. La cabaña no tiene puerta y le falta gran parte del techo. No veo a nadie, así que me dirijo a la puerta. O a la entrada, por así decirlo.

Oigo su voz en cuanto cruzo el umbral. Está junto a la agente inmobiliaria, de cara a una ventana que hay en el lateral de la cabaña, cuyo cristal desapareció hace probablemente mucho tiempo. Tiene vistas al Cañón Red Rock, pero nada se puede comparar con ver a Lydia.

—He elegido a un mal cisne —le está diciendo a la mujer—. Elegí a un mal cisne para aparearme con él y ahora no puede librarme de él porque estoy enamorada al noventa y tres por ciento, a pesar de que es idiota. —Sacude la cabeza y después se para de golpe, y se inclina hacia la agente inmobiliaria—. No el apareamiento que tiene como objetivo quedarse embarazada, sino

del que se hace por diversión. ¿Puedo decir eso? Fui exploradora durante trece años, ¿sabes? Gané todas las insignias de salud, así que sé cómo funciona el apareamiento reproductivo y he tomado todas las precauciones. Probablemente voy a ganarme la insignia de «no quedarse embarazada por accidente».

—Eh... —La agente se queda en silencio e inclina la cabeza hacia un lado, claramente no muy segura de cómo responder a nada de lo que acaba de salir de la boca de Lydia. Entonces me ve y una expresión de alivio le recorre la cara—. Vaya, mira por dónde. Parece que tu cisne ha venido a buscarte.

Lydia se da la vuelta y la sorpresa le cruza la mirada, seguida de una expresión de confusión.

—Rhys. —Suspira un poco cuando lo dice y la palabra suena como una pregunta.

—Os dejaré solos.

La agente inmobiliaria sonríe y, tras mirarnos, se gira para marcharse. El suelo cruje bajo sus tacones mientras se dirige al porche; Lydia y yo nos quedamos en silencio hasta que se va. Recorro la distancia que nos separa, caminando despacio hacia ella mientras escudriño el interior de la cabaña.

—Es bonita —señalo para romper el hielo.

—Sí. —Asiente—. Lo es. Tiene muchísimo potencial. —Levanta un poco la barbilla—. Con un plan adecuado puede llegar a ser un sitio muy especial.

—Lo siento. —Parpadea rápidamente e inspira hondo, pero continuo antes de que pueda decir nada—. Siento todo lo que he hecho. Excepto el primer beso en el bar. Esa fue la mejor decisión que he tomado nunca. Siento mucho todo lo que ha ocurrido después.

—¿Lo sientes? —Vuelve a pestañear—. ¿Quieres decir que lo sientes en el sentido de que «desearías que no hubiera pasado»?

—Dios, claro que no. —Sacudo la cabeza—. Quiero decir que lo siento en el sentido de «estoy enamorado de ti». De «espero no haberla cagado demasiado». De «espero que me des otra oportunidad».

—Oh.

—Siento haberte mandado señales contradictorias. Siento haberte dejado sola en el bar y siento haberte obligado a recurrir a un plan tan descabellado para llamar mi atención.

—Yo también lo siento. Lo hice en mal un momento. Debería haber esperado hasta después de la gran inauguración, pero tenía miedo de que te enamoraras de una prostituta de verdad, no de mí.

—Imposible.

Sacudo la cabeza.

—Claro que no. Todo es posible.

—Eres la única mujer para mí, Lydia. No sé qué puedo ofrecerte —le digo con suavidad, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja y llevándome su mano a los labios—. Pero estoy enamorado de ti y quiero intentarlo.

—¿Qué haces? —Parece alarmada y retrocede un paso, lo que provoca que su mano se separa de la mía—. ¿Me estás proponiendo matrimonio ahora mismo?

—Lo cierto es que no. Pero puedo hacerlo. Me casaré contigo hoy si es lo que quieres.

—¡No!

—Vale, vaya. Ese «no» ha sido muy rotundo. ¿Así que no quieres casarte conmigo?

—Nos conocimos hace menos de dos meses, Rhys. Quiero que me cortejen. Que me seduzcan. Que luchen por obtenerme. Que traten de conquistarme de manera romántica. En algún sitio que no sea Del Taco. No, eso no es cierto. En realidad, con Del Taco me vale.

—¿Quieres que te seduzcan con el café helado de un menú económico?

—Está muy bueno, Rhys. Me da igual lo que digas.

—Me parece justo.

—Voy a contarte un *spoiler*, Rhys: me casaré contigo. Algún día. Pero esto... —hace un gesto entre los dos con el dedo— no es mi propuesta de matrimonio. Algún día me lo propondrás, cuando los dos estemos preparados, y será una buena propuesta. ¿Me oyes? Bien. Las palabras «lo cierto es que no, pero puedo hacerlo» no saldrán de tu boca en ese momento. ¿Entendido?

—Sí, señora.

—Bien.

Entrecierra los ojos, como si no estuviera segura de si mi afirmación ha sido sincera o no.

—¿Puedo decir algo?

—¿Qué? —espeta.

—Eso de que me mandes me pone bastante.

Una sonrisa lenta y un leve rubor aparecen en su rostro al oír eso.

—¿Puedo decir otra cosa?

—Vale —consiente, esta vez sonriendo.

—Tenías razón cuando dijiste que has estado haciendo todo el trabajo y quiero compensártelo. ¿Me dejarás? Porque tengo que volver a ganarme ese siete por ciento.

—Mmm. —Duda mientras piensa—. Lo cierto es que todavía me quedan algunas insignias por ganar. A lo mejor podrías ayudarme a obtenerlas.

—Me encantaría.

Epílogo

Rhys

Varios años más tarde...

—Érase una vez una chica que entró en un bar y me robó el corazón, pero yo era demasiado estúpido para entender lo que ocurría. Por suerte para mí, era una chica muy persistente que decidió contra toda lógica que yo valía la pena. No era cierto, pero eso no la detuvo. Gracias a Dios que no la detuvo.

—¡Rhys! —exclama Lydia—. ¡No le digas eso! No es una adaptación fiel del cuento de hadas. Ni tampoco una versión apropiada.

—Calla. Es nuestro cuento para dormir preferido. Además, es un perro, así que no creo que le importe qué versión escojo.

Los dos nos giramos para mirar a nuestro nuevo perro, Explorador. El animal golpea el suelo con la cola e inclina la cabeza hacia un lado, como si intentara distinguir si Lydia está a punto de rascarle la barriga una vez más antes de irse a la cama. Es un cruce de labrador que adoptamos en una protectora, pero no creo que eso vaya a sorprender a nadie. A Lydia le encanta rescatar cosas. Gente, sábanas viejas, turistas perdidos, un par de cisnes que necesitaban ayuda... Sinceramente, no pregunté los detalles de esto último. Explorador es un perro adulto que se comporta fatal. Igual que yo cuando Lydia me encontró. Ella dice que tiene potencial.

—¿De verdad tiene que dormir en la caseta?

Explorador menea la cola a modo de respuesta. Sabe cómo manejarme.

—Sí. Claro que sí. Hasta que se haya ganado la insignia del buen comportamiento tendrá que dormir en su caseta.

—Solo se ha comido dos de tus zapatos —señalo. Explorador gira la cabeza y emite un gruñido dramático—. Y uno era una chancleta. Eso casi no cuenta.

—Sí que cuenta, Rhys. Igual que comerse medio quilo de carne picada de la encimera después de distraerme volcando el cuenco de agua.

Explorador se tumba de espaldas y vuelve a sacudir la cola.

—¿Qué pasa si el mejor perro que puede llegar a ser sigue siendo terrible?

Estiro el brazo y le acaricio la barriga.

—Entonces me compraré zapatos nuevos.

—O a lo mejor podrías ir de un lado a otro descalza y embarazada, así podrías prescindir de los zapatos.

—¿Te gustaría que fuera por ahí descalza y embarazada? Suena terriblemente incómodo.

—¿Cuál de los dos? ¿Ir descalza o estar embarazada?

—Ir descalza mientras estás embarazada. Imagina que te haces un corte en el pie, pero estás de tantos meses que no llegas a tu propio pie para curártelo.

—Lydia.

Me pongo en pie y hago señas a Explorador para que se meta en la caseta. Lo hace sin protestar, girando en círculos antes de apoyar la cabeza sobre las patas delanteras.

—¿Qué?

—Creo que deberíamos hablar de aparearnos de forma reproductiva. Tener nuestros propios pollitos.

Lydia esboza una sonrisa radiante.

—¿Sabías que las crías de cisne también se llaman pollos?

—Claro que lo sabía.

Vale. Sí que presté algo de atención cuando quiso ayudar a los cisnes.

—Cariño, eso es muy *sexy*.

Lydia me mira de arriba abajo y se lame los labios como cuando vuelvo del gimnasio con la camiseta colgada del hombro.

Sigue siendo muy fácil de complacer.

—Podríamos comprarnos una casa. Explorador necesita un patio y los niños también lo necesitarán. A lo mejor me equivoco, pero estoy casi seguro de que ningún autobús escolar va a pasar a recoger pasajeros por el Strip.

—¡Podríamos comprarnos una casa y reformarla! —exclama Lydia.

Se ha trasladado a la cama y se ha sentado sobre ella con las piernas cruzadas. Lleva unos pantalones de sábanas y una camiseta de tirantes.

—O podríamos construir una —le ofrezco—. Podríamos buscar el terreno perfecto con vistas al Strip en un lado y a las montañas en el otro, y diseñarla a nuestro gusto.

—¡O podríamos comprarnos una y reformarla!

—O podríamos comprarnos una y reformarla —cedo. Porque cuando dejo de pensar en mí mismo no soy tan idiota.

—Será como un episodio de *House Hunters* —dice Lydia con ojos soñadores—. Solo que podré ver todas las casas en lugar de solo tres.

—Será justo así —coincido—. Solo que mejor.

He dedicado todos los días desde que pensé que lo había echado todo a perder a apreciarla. Apreciar lo que tenemos. Hemos pasado fines de semana explorando Las Vegas. Fines de semana viajando. Noches sin hacer nada y días haciendo de todo. Hemos estado en Austin para comprar tacos en los camiones de comida y en San Antonio para probar los tacos inflados. Cuando fuimos a París durante nuestra luna de miel comimos crepes y ella los llamó tacos franceses. Se rio tanto de sí misma que casi se cae. Me enamoré de ella otra vez.

Lydia hace que todas las experiencias sean mejores. Estar con ella es como tener suerte, recibir un regalo del destino y ganar la lotería. Es tener confianza, amistad y un hogar. Sentir su amor es como recibir una sorpresa tan buena que nunca te la hubieras atrevido a esperar, pero cuando te encuentra, te aferras a ella con fuerza.

Y yo lo haré. Me aferraré a mi buena chica para siempre.

Agradecimientos

Para que este libro saliera adelante, necesité el apoyo de muchas personas.

Liv Morris:

Gracias por contarme la adorable historia de cuando tu hija besó a un hombre en un bar y decirme que podía utilizarla porque sería raro que tú utilizaras las experiencias de tu propia hija. Lectores, tened en cuenta que la Lydia de verdad besó al camarero. No hizo ninguna de las locuras que hizo la Lydia ficticia.

Kayti McGee:

Gracias por creer que este libro es el más divertido que has leído nunca y por enviarme mensajes de voz que a veces eran indescifrables por las risas pero que siempre fueron un estímulo enorme para mi frágil confianza. ¡Eres la mejor y tu apoyo no tuvo precio!

Staci Hart: gracias por los mensajes nocturnos en los que intercambiábamos sin parar las siguientes palabras:

«¡Mi libro es malísimo...! ¡Mi libro es buenísimo...! Es oficialmente lo peor que he escrito nunca... ¡Lo he cambiado todo y creo que va a quedar bien...! ¡Mi libro es una porquería...! Creo que tengo que buscarme un trabajo nuevo... ¡Este es mi libro favorito!».

Raine Miller, Amy Daws, Sierra Simone, Laurelin Paige, CD Reiss, Jade

West: gracias por vuestra amistad.

Lauren Lascola-Lesczynski: gracias por tu amistad y apoyo, por hacerme reír tanto que me hice pis encima. ¡Te aprecio muchísimo y aprecio muchísimo tu amistad!

Candi Kane, Sarah Piechuta: gracias por toda vuestra ayuda y apoyo con esta publicación. No puedo agradecerlos lo suficiente que me facilitarais tanto el trabajo.

Letitia Hasser, Kari March: ¡gracias por la portada y las ilustraciones!

Jean Siska, Melissa Gaston, Beverly Gardner Tubb, Mila Tracey, Melissa Panio-Peterson: gracias por ser las primeras en leer el libro, por leerlo cuando estaba incompleto y desorganizado y aun así querer más. No sabéis cuánto significa para mí.

Lectores: gracias por esperar pacientemente y por estar a mi lado. Gracias, gracias, gracias.

Sobre la autora



Jana Aston es de Nueva York y renunció a su aburrido trabajo como teleoperadora para dedicarse a escribir. Tiene la esperanza de que no haya sido una idea del todo estúpida. En su defensa, hay que decir que era realmente muy aburrido.

Quien la animó a escribir la serie *Los chicos* fue la autora J.A. Huss, de quien Jana fue asistente durante más de un año.

Con la publicación de las cuatro entregas de la serie *Los chicos*, Jana Aston llegó a las listas de más vendidos de *The New York Times*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

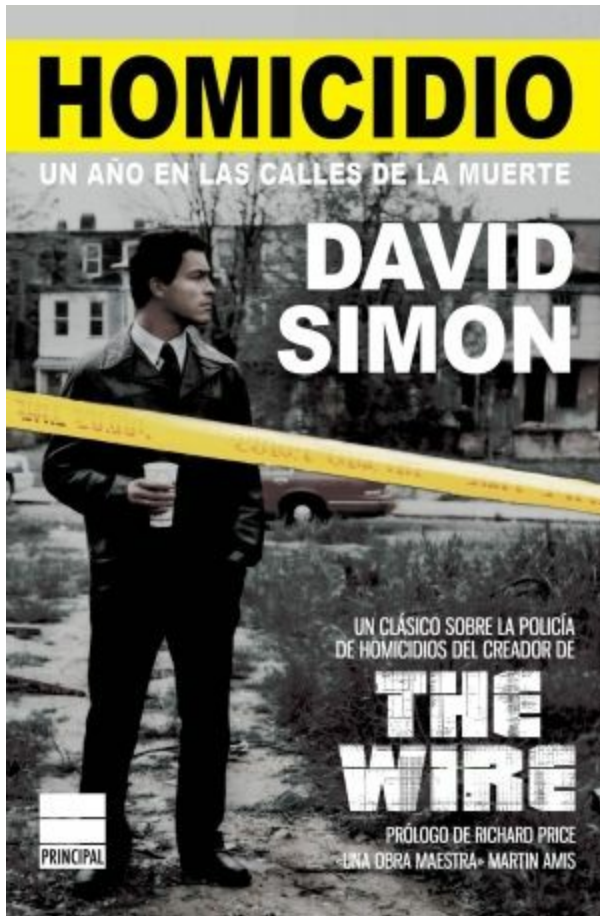
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

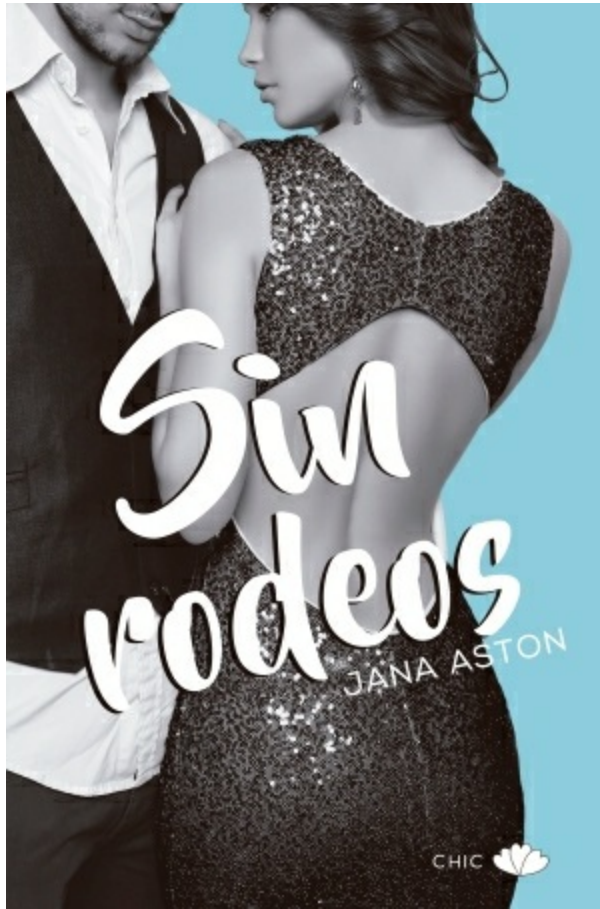
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Sin rodeos

Aston, Jana

9788417333348

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hacerte pasar por tu hermana gemela puede ser divertido... y peligroso. En tan solo una semana, Violet ha perdido a su novio, su trabajo y su casa. Así que su hermana gemela, Daisy, le ofrece alojamiento, pero, a cambio, le pide que se haga pasar por ella en su trabajo. La noche antes de su primer día, Violet conoce a Jennings, un británico muy atractivo con el que tendrá una aventura. Pero ambos se llevarán una gran sorpresa al descubrir que ninguno de los dos era quien afirmaba ser... "Sin rodeos demuestra que todo lo británico es muy sexy... ¡Y me refiero a absolutamente todo!" Audrey Carlan, autora de Calendar Girl

[Cómpralo y empieza a leer](#)